

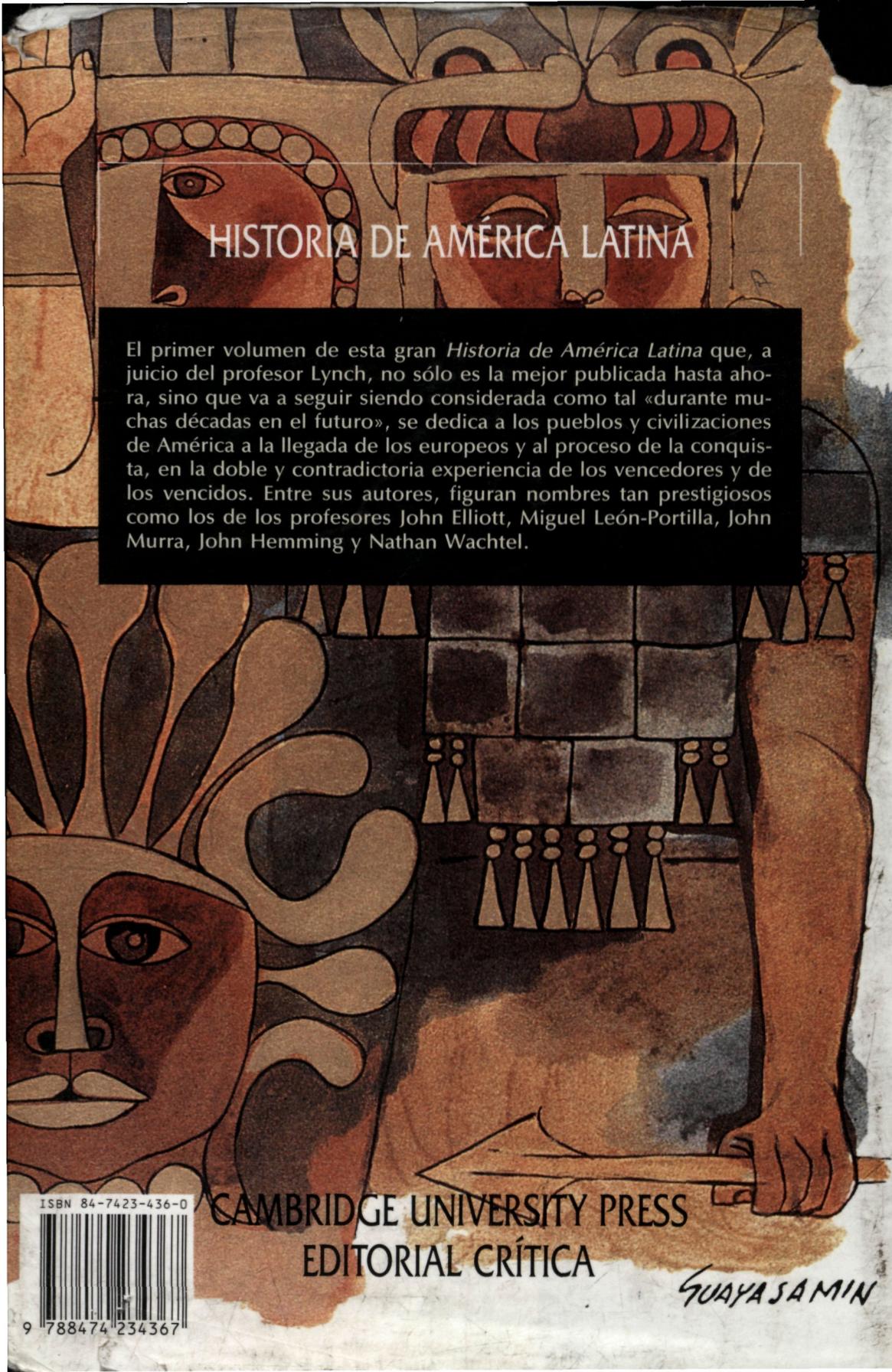
Leslie Bethell, ed.

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

1. América Latina colonial: La América
precolombina y la conquista

CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS
EDITORIAL CRÍTICA

GUAYASAMIN



HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

El primer volumen de esta gran *Historia de América Latina* que, a juicio del profesor Lynch, no sólo es la mejor publicada hasta ahora, sino que va a seguir siendo considerada como tal «durante muchas décadas en el futuro», se dedica a los pueblos y civilizaciones de América a la llegada de los europeos y al proceso de la conquista, en la doble y contradictoria experiencia de los vencedores y de los vencidos. Entre sus autores, figuran nombres tan prestigiosos como los de los profesores John Elliott, Miguel León-Portilla, John Murra, John Hemming y Nathan Wachtel.

ISBN 84-7423-436-0

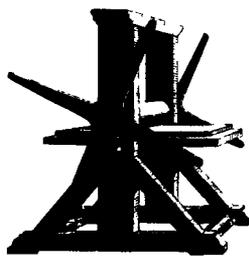


9 788474 234367

CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS
EDITORIAL CRÍTICA

GUAYASAMIN

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA



SERIE MAYOR

Directores:

JOSEP FONTANA y GONZALO PONTÓN

Por

LESLIE BETHELL, catedrático de historia de América Latina,
Universidad de Londres

J.H. ELLIOTT, *Regius Professor* en historia moderna, Universidad de Oxford

MARY W. HELMS, catedrática de arqueología,
Universidad de Carolina del Norte en Greensboro

JOHN HEMMING, director y secretario de la Royal Geographical Society,
Londres

JORGE HIDALGO, profesor de la Universidad de Tarapacá, Chile

H.B. JOHNSON, profesor de historia, Universidad de Virginia

MIGUEL LEÓN-PORTILLA, profesor de historia,
Universidad Nacional de México (UNAM)

JOHN MURRA, catedrático de antropología, Cornell University e Institute
of Andean Research, Nueva York

NATHAN WACHTEL, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París

LESLIE BETHELL, ed.

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

1. AMÉRICA LATINA COLONIAL:
LA AMÉRICA PRECOLOMBINA
Y LA CONQUISTA

EDITORIAL CRÍTICA
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original:
THE CAMBRIDGE HISTORY OF LATIN AMERICA
I. Colonial Latin America

Traducción castellana de
ANTONIO ACOSTA

Coordinación y revisión de
CÉSAR YÁÑEZ

Diseño de la colección y cubierta: Enric Satué
© 1984: Cambridge University Press, Cambridge
© 1990 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.A., Aragón, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-435-2 obra completa
ISBN: 84-7423-436-0 tomo 1
Depósito legal: B. 788-1990
Impreso en España
1990. — HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

PREFACIO

Estos cuatro primeros volúmenes de la Historia de América Latina de Cambridge forman un conjunto muy integrado y se ocupan de los tres siglos de dominación colonial española y portuguesa, desde los primeros contactos entre los amerindios nativos y los europeos, a finales del siglo xv y principios del xvi, hasta la víspera de la independencia, en las postrimerías del xviii y comienzos del xix.

El hombre entró por primera vez en el continente americano por el estrecho de Bering, quizá ya en el año 35.000 a. C. Hay algunos indicios de la posible presencia del hombre en lo que actualmente es México ya en el año 20.000 a. C., pero entre los vestigios humanos seguros, los más antiguos —por ejemplo, en Tepexpan, al nordeste de la Ciudad de México, y en Lagoa Santa, en el estado brasileño de Minas Gerais— no datan de antes de 9000-8000 a. C. La agricultura en Mesoamérica data de alrededor de 5000 a. C., y la producción de alfarería, de alrededor de 2300 a. C. Los indicios más antiguos de sociedades poseedoras de estructuras políticas y religiosas se encuentran en los yacimientos olmecas de México, sobre todo en La Venta, y en Chavín, distrito de los Andes, y ambos datan de antes de 1000 a. C. En el año 1500 d. C. ya existían estados con economías y sociedades muy estructuradas, así como con culturas y religiones muy avanzadas: el imperio azteca en México y el imperio inca en los Andes Centrales, además de dominios de caciques más o menos estables y con diversos grados de complejidad en, por ejemplo, todo el Caribe y sus alrededores, y, asimismo, cientos de tribus nómadas o seminómadas en la América del Norte, las regiones meridionales de la América del Sur y en el Brasil. Las investigaciones de la América precolombina han avanzado rápidamente durante los últimos veinte o treinta años, sobre todo en Mesoamérica, pero también en otras partes y sobre todo en los Andes. Los arqueólogos han hecho aportaciones considerables a nuestro conocimiento, pero lo mismo cabe decir de los lingüistas y los paleógrafos, de los geógrafos y los botánicos, incluso de los matemáticos y los astrónomos, y, en especial, de los antropólogos, los etnólogos y los etnohistoriadores. En la Historia de América Latina de Cambridge no se intenta presentar una crónica completa de la evolución de las diversas sociedades indígenas de América —aisladas del resto del mundo— durante los dos mil o tres mil años anteriores a la llegada de los europeos. El lugar que correspondería a dicha crónica es otra «Historia de Cambridge». Sin embargo, los cinco capítulos que forman la primera par-

te del primer volumen, América Latina colonial: la América precolombina y la conquista, estudian los pueblos y las civilizaciones de América en vísperas de la invasión europea.

La expansión de Europa en los siglos xv y xvi y el «descubrimiento» de América por los europeos, aunque no se han omitido, no han recibido atención prioritaria en esta historia de la América Latina colonial. Son temas que tienen un lugar más apropiado en la historia de Europa y, en todo caso, existen muchísimas obras que se ocupan de ellos. Los tres capítulos que constituyen la segunda parte del primer volumen examinan la invasión, el sometimiento y la colonización por los europeos de parte del Nuevo Mundo durante el período que va de 1492 a 1570-1580. Con todo, la perspectiva no es exclusivamente europea, sino que se ha concedido igual importancia al «punto de vista de los sometidos». Asimismo, se presta atención especial a las relaciones de los españoles y los portugueses con los nativos americanos después de la conquista.

El segundo volumen, América Latina colonial: Europa y América en los siglos xvi, xvii, xviii, examina en cinco capítulos las estructuras políticas y económicas de los imperios español y portugués en América desde mediados del siglo xvi hasta finales del xviii. Se examinan las rivalidades entre los imperios y se estudia la integración de la América española y el Brasil en el nuevo sistema económico mundial. El volumen concluye con dos capítulos sobre la Iglesia católica en la América Latina colonial. Para una crónica más completa de este aspecto, el lector puede consultar la Historia general de la Iglesia en América Latina que CEHILA (Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica) está publicando en once volúmenes bajo la dirección general de Enrique Dussel.

El tercer volumen, América Latina colonial: economía, y el cuarto, América Latina colonial: población, sociedad y cultura, tratan de aspectos de la historia económica y social interna de la América española colonial y del Brasil colonial que han despertado el máximo interés de los investigadores durante los últimos veinte años: por ejemplo, la evolución demográfica, el desarrollo urbano, la minería, la tenencia y la explotación de la tierra, las haciendas y las plantaciones, la organización del trabajo, incluyendo la esclavitud africana, las economías locales y el comercio intercolonial, la estructura social y sus cambios, el papel de las mujeres, la condición de la población indígena. En su mayor parte, la América española y el Brasil se estudian con independencia la una del otro. Tienen historias distintas y, por tanto, historiografías diferentes. El cuarto volumen concluye con un estudio de la vida intelectual y cultural —la literatura y las ideas, la arquitectura y el arte, la música— en la América Latina colonial.

Tal como ha escrito John F. Fairbank, uno de los editores generales de The Cambridge History of China, una «Historia de Cambridge» está en deuda con todos los que han colaborado en su preparación. Este es, sobre todo, el caso de estos cuatro volúmenes sobre la América Latina colonial. Muchos de los historiadores que han aportado capítulos —nueve norteamericanos, ocho europeos continentales (dos de ellos residentes en los Estados Unidos, uno en el Brasil), siete británicos (cuatro residentes en los Estados Unidos) y siete latinoamericanos (uno residente en los Estados Unidos, otro en Francia)— también leyeron y comentaron los capítulos de sus colegas. En este sentido, quiero dejar constancia de mi agradecimiento especial a Dauril Alden, J. H. Elliott, Charles Gibson, Murdo J. Macleod, Richard M. Morse

y *Stuart B. Schwartz*. Asimismo, *Woodrow Borah*, *J. S. Cummins*, *Valerie Fraser*, *Olivia Harris* y *Enrique Tandeter* hicieron valoraciones críticas de varios capítulos. Lo más importante fueron los consejos y el aliento que durante la planificación y preparación de estos volúmenes me ofreció mi colega *John Lynch*.

A *Patricia Williams*, de la *Cambridge University Press*, le corresponde gran parte del mérito de haber puesto en marcha este proyecto y de haber continuado apoyándolo incluso después de dejar la editorial. Varios editores de la *Cambridge University Press* han participado en la preparación de la presente obra. Me siento especialmente agradecido a *Elizabeth Wetton*.

Vaya mi agradecimiento también al profesor *Josep Fontana*, quien me dio valiosas sugerencias sobre la edición española, a *César Yáñez*, que ha cuidado de la revisión de las traducciones, y, finalmente, a *Gonzalo Pontón*, director de *Crítica*, editorial que ha asumido con entusiasmo el reto de publicar en lengua castellana una obra de estas características.

LESLIE BETHELL

NOTA SOBRE MONEDAS Y MEDIDAS

Varias unidades de valor y medida referidas en el texto de los capítulos del libro no tienen una equivalencia exacta en términos actuales, especialmente cuando existían muchas variaciones locales. Las explicaciones siguientes pueden ser de utilidad.

Peso	El peso de plata mexicano a fines del siglo XVIII era igual al dólar norteamericano.
Real	El peso estaba dividido en 8 reales de plata o 20 reales de cobre (reales de vellón).
Maravedí	El valor del maravedí variaba notoriamente y con frecuencia no era más que una división imaginaria de unidades mayores, ya que durante largos períodos no existió como moneda. Los últimos que circularon, probablemente a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, eran monedas de cobre, generalmente alterados en su valor. Cada maravedí equivalía a 1/34 de real de vellón.
Réis (sing. real)	La menor unidad monetaria portuguesa; existía únicamente como unidad de cuenta.
Milréis	Equivalía a 1.000 réis. Generalmente se escribía así: 1\$000.
Cruzado	El cruzado portugués era igual a 400 réis (480 réis en la primera mitad del siglo XVII). Inicialmente era de oro, después de plata.
Conto	Equivalía a 1.000\$000 réis (1.000 milréis).
Fanega	Medida de capacidad para áridos como el cacao, trigo, maíz, etc. Generalmente correspondía a 55 litros, aunque había variaciones locales tanto en la Península como en América; por ejemplo, en México la fanega de maíz oscilaba entre los 55 y 90,8 litros.
Quintal	Generalmente correspondía a 50,8 kilos y estaba compuesto de 4 arrobas españolas o 100 libras.
Arroba	La arroba española pesaba unos 11,5 kilos. La arroba portuguesa pesaba 14,5 kilos.

ABREVIATURAS

<i>AESC</i>	<i>Annales, Économies, Sociétés, Civilizations</i>
<i>HALC</i>	<i>Historia de América Latina de Cambridge</i>
<i>HAHR</i>	<i>Hispanic American Historical Review</i>
<i>JGSWGL</i>	<i>Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas</i>

Primera parte

**AMÉRICA EN VÍSPERAS
DE LA CONQUISTA**

Capítulo 1

MESOAMÉRICA ANTES DE 1519

Los primeros capítulos de la historia de América Latina corresponden a quienes la habitaban antes de sus primeros contactos con los europeos. Esto se cumple especialmente en Mesoamérica.¹ México, Guatemala, El Salvador, Honduras y, en menor grado, Nicaragua y Costa Rica, así como Ecuador, Perú y Bolivia en los Andes Centrales, tienen raíces profundamente arraigadas en el subsuelo de sus civilizaciones precolombinas. Los objetivos de este capítulo son, en primer lugar, esbozar sucintamente el desarrollo de los pueblos y las altas culturas de Mesoamérica antes del establecimiento de los mexicas (aztecas) en el valle de México (1325); en segundo lugar, examinar los rasgos principales de la organización política y socioeconómica, y las realizaciones artísticas e intelectuales conseguidas durante el período de dominación de los mexicas (aztecas) en los siglos XIV y XV; y, por último, presentar una visión de la situación predominante en Mesoamérica, en vísperas de la invasión europea (1519).

Situada entre las sólidas masas continentales de América del Norte y del Sur, Mesoamérica (es decir, la zona donde se desarrolló con altibajos la alta cultura y que, al tiempo del contacto con los españoles, alcanzó una superficie de cerca de 900.000 km²), tiene un variado carácter ístmico, con diversos rasgos geográficos, como los golfos de Tehuantepec y Fonseca, en la costa del Océano Pacífico, la península de Yucatán y el golfo de Honduras, en la costa del Caribe. Esta área, en la que se

1. Algunos especialistas alemanes, en particular Eduard Seler (1849-1922), introdujeron hace más de 70 años la expresión *Mittel Amerika* para connotar el área donde florecieron las altas culturas indígenas en México central y meridional. Muchos años después, en 1943, Paul Kirchhoff en su «Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales», *Acta Anthropologica*, I, Escuela Nacional de Antropología, México, 1943, pp. 92-107, concentró la atención sobre los límites geográficos de lo que él llamó mesoamérica. Mesoamérica es más que un concepto geográfico. Hace relación también al área donde altas culturas y civilizaciones indígenas se desarrollaron y desplegaron en varias formas y diferentes períodos. En la época de la invasión europea, en 1519, sus fronteras septentrionales eran el río Sinaloa por el noroeste y el Panuco por el noreste, al mismo tiempo en la parte centro-norte ésta se extendía más allá de la cuenca del río Lerma. Sus límites meridionales eran el río Motagua que desembocaba en el golfo de Honduras en el Caribe, la ribera sur del lago Nicaragua, y la península Nicoya en Costa Rica.

desarrollaron las altas culturas, muestra probablemente una mayor diversificación geográfica y ecológica, que cualquier otra región de parecida extensión en todo el planeta. La región tiene una historia geológica compleja. En especial, las montañas de reciente formación y actividad volcánica, que incluyen dos ejes volcánicos (uno que recorre en dirección este-oeste a lo largo de los límites meridionales del valle de México y el otro que sigue la dirección noroeste-sudeste, a través de México y América Central) han jugado un papel importante en la formación de diversas regiones naturales. Aunque Mesoamérica está situada dentro de los trópicos, la complejidad de su relieve y la variedad de sus formaciones en suelos, los sistemas fluviales, junto con los efectos de las corrientes oceánicas y los vientos, tienen como resultado una diversificación de climas, vegetación y vida animal. Tal diversificación está mucho más marcada en las cuencas de los ríos, tales como el Pánuco, Coatzacoalcos, Grijalva, Usumacinta, Hondo, Motagua, Lerma-Santiago y Balsas, y en las zonas de los lagos del Valle de México o Patzcuaro, en Michoacán; y ello sin restar importancia al hecho de que los cambios culturales más importantes de Mesoamérica se hayan producido en estas regiones. Las verdaderas zonas tropicales de Mesoamérica comprenden las tierras bajas, bien regadas, de Veracruz y Tabasco; la península de Yucatán, cubierta por el monte bajo; la región caribeña de bosque lluvioso en América Central; las llanuras costeras del Pacífico y las regiones centrales y meridionales de México (Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Colima) y Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, junto con la península de Nicoya y la provincia de Huanacazte, en Costa Rica. Las principales regiones de las tierras altas, es decir de las sierras (las tierras altas de América Central, la Sierra Madre del sur, así como algunas zonas de las Sierras Madre occidental y oriental, y los ejes volcánicos transversales) y las dos grandes mesas o mesetas meridionales y centrales, aunque caen dentro de los trópicos, son templadas en cuanto al clima y la vegetación. La amplia región al norte de Mesoamérica, entre la meseta central y la actual frontera de México con Estados Unidos es, desde el punto de vista ecológico, muy diferente, y en muchos aspectos parecida a los grandes desiertos de América del Norte. La vegetación se reduce, por lo general, a una variedad de cactus y algunos grupos de arbustos, yucas o palmitos y, cercanos a arroyos intermitentes, los árboles que se conocen con el nombre de *mesquites*. En una época la alta cultura se difundió de forma atenuada hacia algunas regiones de la meseta norte (como en La Quemada y Calchichuites, en Zacatecas). Sin embargo, en general, el árido norte siguió siendo el hogar permanente de los fieros chichimecas, los que en distintas ocasiones amenazaron la existencia de los asentamientos septentrionales de Mesoamérica.

LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES DE MESOAMÉRICA

La prehistoria remota, en el caso de las Américas, comienza en torno a 35.000 a.C., cuando aparentemente el hombre alcanzó el continente a través del estrecho de Bering. Existen pruebas que indican una probable presencia del hombre en lo que actualmente es México, alrededor de 20.000 a.C. No obstante, los restos humanos más antiguos que se han descubierto en el yacimiento de Tepexpan, a unos 40 km al nordeste de Ciudad de México, se han fechado no antes de 9000 a.C. Durante un

largo período, habitaron únicamente la región grupos de recolectores y cazadores. Tendrían que transcurrir todavía tres o cuatro milenios para que el hombre iniciase en Mesoamérica el proceso que culminaría en la agricultura, en torno a 5000 a.C. Hallazgos hechos en algunas cuevas, en el interior de la Sierra de Tamaulipas y en Cozcatlán, Puebla, muestran cómo, poco a poco, los primeros recolectores iniciaron el cultivo de la calabaza, el chile, las judías (fríjoles) y el maíz. La producción de cerámica comenzó mucho más tarde, alrededor de 2300 a.C. En varias zonas de México meridional y central, y en América Central empezaron a proliferar aldeas de agricultores y ceramistas. Algunas de estas aldeas, probablemente las que se asentaron en los mejores hábitats, como en las riberas de los arroyos o cerca del mar, experimentaron un temprano crecimiento de la población. Los habitantes de las aldeas se dispersaron en un amplio territorio, diferenciándose con frecuencia desde los puntos de vista étnico y lingüístico. Entre todos ellos, se destacó muy pronto un grupo en particular. Los indicios arqueológicos demuestran que empezaron a producirse una serie de cambios extraordinarios, en torno a 1300 a.C., en un área próxima al golfo de México, al sur de Veracruz y el estado vecino de Tabasco. Esta área se ha conocido desde la época precolombina como «La Tierra del Caucho», *Olman*, tierra de los olmecas.

Las excavaciones hechas en centros olmecas, como Tres Zapotes, La Venta, San Lorenzo y otros han revelado grandes transformaciones culturales. El mayor centro, La Venta, se construyó en un islote, pocos metros sobre el nivel del mar, en una zona pantanosa, cerca del río Tonalá, a 16 km de su desembocadura en el golfo de México. Aunque no se dispone de canteras en más de 60 km de distancia, se han descubierto numerosas esculturas colosales (algunas de unos tres metros de altura) y otros monumentos.

En La Venta, como en otros yacimientos olmecas, empezó a desarrollarse una clase de protourbanismo. Los agricultores que se asentaron en las cercanías de La Venta habrían experimentado probablemente, junto con un aumento de población, diversos estímulos que les inclinarían a abandonar sus antiguos modos de subsistencia. Sus realizaciones hacen presuponer asimismo la existencia de cambios en sus organizaciones socioeconómicas, políticas y religiosas.

Por lo que sabemos, dentro de Mesoamérica, los olmecas fueron los primeros en erigir grandes complejos de edificios, principalmente con fines religiosos. Así, el centro de La Venta, hábilmente proyectado, incluía pirámides de barro, túmulos largos y circulares, altares tallados en piedra, grandes cajas de piedra, hileras de columnas basálticas, tumbas, sarcófagos, estelas, colosales cabezas de basalto y otras esculturas más pequeñas. La existencia de amplias plazas parece indicar que las ceremonias religiosas se realizaban al aire libre. Máscaras de jaguar, formadas de mosaico verde, concebidas probablemente como ofrendas y luego cubiertas de arcilla y adobe, se han encontrado bajo el suelo, a modo de antiguo pavimento, en algunos de esos espacios abiertos situados frente a los edificios religiosos. Lo que se podría denominar creaciones artísticas incluía también muchas piezas hechas en jade, figurillas, collares y otros objetos en cuarzo tallado y pulido, obsidiana, cristal de roca y serpentina. De todo ello cabe inferir una división del trabajo. Mientras muchos individuos continuaban con la agricultura y otras actividades de subsistencia, otros se especializaron en distintas artes y artesanías, proporcionaron la defensa del grupo, realizaron empresas comerciales, se dedicaron al culto a los dioses o inter-

vinieron en el gobierno, que estaba probablemente en manos de los jerarcas religiosos.

Los olmecas adoraban a un dios-jaguar omnipotente. Elementos relacionados con el simbolismo de lo que más adelante sería el dios de la lluvia en Mesoamérica, provendrían probablemente de la máscara de ese dios-jaguar. Las estelas y otros monumentos muestran distintas representaciones de pájaros fantásticos, frecuentemente relacionados con los jaguares, las serpientes o los seres humanos. Las ofrendas encontradas en tumbas son una clara evidencia de un culto a la muerte, junto con creencias en el más allá. Los comienzos del calendario y de la escritura en Mesoamérica debieron estar vinculados probablemente a los olmecas que vivieron a lo largo de la costa del Golfo, aunque sea Oaxaca (en el interior, en sitios de influencia olmeca) donde se han descubierto los primeros vestigios de estas realizaciones.

Todo esto, unido al hecho de la temprana difusión de elementos olmecas en diferentes lugares, algunos alejados de los centros de origen, parece confirmar el carácter de una alta cultura madre. La influencia de los olmecas —probablemente a través del comercio y quizá también por una suerte de impulso religioso «misionero»— se manifiesta en muchos yacimientos en el área cercana al golfo de México, y también en la Meseta Central, en Oaxaca, en la tierra de los mayas y en la parte occidental de México (Guerrero y Michoacán). Allí estaban los antecedentes del período Clásico de Mesoamérica.

Las extraordinarias innovaciones culturales de los olmecas no significaron la desaparición de ciertas limitaciones notables que continuaron afectando el desarrollo de los distintos pueblos de Mesoamérica. Éstas incluían, en primer lugar, la permanente ausencia de cualquier aplicación utilitaria de la rueda, con sus múltiples consecuencias, como por ejemplo, en el transporte y la alfarería; en segundo lugar, la ausencia (hasta 950 a.C., aproximadamente) de cualquier forma elemental de metalurgia. Ésta se recibió de los Andes, a través de América Central. Por último, la ausencia de animales susceptibles de domesticación: no había ni caballos, ni gatos y, excepto los pavos (utilizados para comer), únicamente los perros pelones mexicanos eran la compañía del hombre en su vida cotidiana, y en la ultraterrena, cuando se sacrificaban para acompañar a sus dueños a la Región de los Muertos.

Sin embargo, estas y otras limitaciones no fueron obstáculos insalvables para un desarrollo ulterior en los grupos de Mesoamérica. La influencia de los olmecas empezó a sentirse hacia 600 a.C., en lugares como Tlatilco, Zacatenco y otros, cerca de lo que siglos más tarde sería la Ciudad de México. Procesos paralelos tuvieron lugar en otras regiones de Mesoamérica central y meridional. La agricultura se extendió y se diversificó; entre otras cosas, se cultivó algodón con éxito. Las aldeas crecieron y surgieron núcleos más grandes.

Teotihuacan, la «metrópoli de los dioses», es el mejor ejemplo de la culminación de la civilización clásica en la Meseta Central. Las investigaciones arqueológicas que se han realizado allí han revelado no sólo la existencia de un gran centro ceremonial, sino todo lo que supone la idea de una ciudad. Y esto no ocurrió de la noche a la mañana. Se necesitaron varios siglos, con generaciones de sacerdotes y arquitectos, para proyectar, realizar, modificar, ampliar y enriquecer lo que quizá se concibió originalmente como una metrópoli que existiera para siempre. Junto a las dos grandes pirámides y el Templo de Quetzalcóatl se han descubierto otros recintos, palacios, escuelas y distintos tipos de edificaciones. Los extensos barrios, donde te-

nían sus hogares los miembros de la comunidad, rodeaban el centro religioso y administrativo, que era más compacto. Las avenidas y calles estaban empedradas y había también un sistema de alcantarillado de buen trazado. Las pirámides, los templos, los palacios y la mayoría de las casas de los gobernantes o miembros de la nobleza estaban ornamentadas con pinturas murales, en las que se representaban dioses, pájaros fantásticos, serpientes, jaguares y diversas plantas.

La metrópoli de Teotihuacan que, en su cenit, hacia el siglo V o VI d.C. se extendió alrededor de veinte kilómetros cuadrados, tenía una población de, al menos, 50.000 habitantes. Las diferencias de status relacionadas con la división del trabajo, la existencia de un ejército eficaz, una agricultura extensiva y un comercio bien organizado, que se efectuaba con lugares distantes, son algunas de las realizaciones que se pueden atribuir a la estructura socioeconómica de Teotihuacan. Muchos vestigios de esta influencia, localizados en varios yacimientos distantes, como en Oaxaca, Chiapas e incluso en las tierras altas de Guatemala, parecen indicar que Teotihuacan era el centro de un gran reino o de una confederación de diferentes pueblos. Muchos de los componentes de la clase dirigente hablaban probablemente la lengua náhuatl, una forma arcaica del náhuatl, que sería, siglos más tarde, la lengua oficial de los mexicas o aztecas.

En Teotihuacan se adoraba a varios dioses que serían después invocados por otros pueblos de lengua náhuatl: Tláloc y Chalchiuhtlicue, dios de la lluvia y diosa de las aguas terrestres, respectivamente; Quetzalcóatl, la serpiente emplumada; Xiuhtecuhtli, el señor del fuego; Xochipilli, príncipe de las flores. Como en el caso de otras instituciones, el arte que floreció en Teotihuacan iba a influir, en varias formas, sobre otros pueblos de Mesoamérica.

Paralelamente al desarrollo de Teotihuacan, aparecieron civilizaciones en otras regiones de Mesoamérica. Uno de los primeros ejemplos se ofrece en el yacimiento de Monte Albán, en la región central de Oaxaca, cuyos orígenes pueden remontarse hacia 600 d.C. Allí, junto al centro religioso construido en la cima de una colina, numerosas estructuras, que son visibles desde las laderas, indican la existencia de un asentamiento urbano bastante grande. Formas de escritura más complejas, con fechas, topónimos y signos jeroglíficos, son elementos que aparecen en varias inscripciones y constituyen asimismo una prueba del alto nivel cultural alcanzado por los zapotecas, quienes construyeron Monte Albán y gobernaron a muchos otros grupos en lo que actualmente es Oaxaca.

Los mayas habitaban la península de Yucatán, las tierras bajas y las tierras altas de los estados de Tabasco, Chiapas, de Guatemala, Belice y regiones de El Salvador y Honduras. Gracias a la arqueología, tenemos noticia de más de cincuenta centros mayas de una importancia considerable, que fueron habitados durante todo el período Clásico. Algunos de los más célebres son Tikal, Uaxactún, Piedras Negras y Quiriguá en Guatemala; Copán en Honduras; Nakum en Belice; Yaxchilán, Palenque y Bonampak en Chiapas; Dzibilchaltún, Cobá, Labná, Kabah y las primeras fases de Uxmal y Chichén-Itzá en la península de Yucatán.

Se han expuesto argumentos a favor y en contra de la naturaleza urbana de los centros mayas. Hoy en día, se reconoce generalmente que los asentamientos establecidos en las riberas de los ríos, como los que se encuentran cerca del Usumacinta o, en general, en un área de denso bosque tropical, comprendían no sólo santuarios para el culto de los dioses y palacios para los jefes religiosos, sino también barrios donde residía la gente.

Desde el punto de vista político, parece que algunos de estos centros urbanos estaban asociados según varios tipos de «confederaciones» o «reinos». En la sociedad clásica maya coexistieron dos estratos claramente diferenciados: el pueblo llano o plebeyos (en su mayoría, dedicados a la agricultura y a realizar diversos servicios personales) y el grupo dominante, compuesto por los gobernantes, los sacerdotes y los guerreros de alto grado. Hay que atribuir a los sacerdotes y sabios las extraordinarias creaciones artísticas. En este sentido, hay que destacar la arquitectura, representada por la bóveda falsa, la escultura, especialmente los bajorrelieves, y las pinturas murales, como las célebres de Bonampak, en Chiapas. Miles de textos jeroglíficos, inscritos sobre las estelas de piedra, escalinatas, dinteles, pinturas, cerámica, y libros o códices confirman que los sacerdotes mayas poseían una cultura sumamente compleja. Sabemos además que los mayas clásicos tenían varios tipos de calendarios de gran precisión. Asimismo, tenían un concepto y un símbolo para el cero, quizá heredados de los olmecas, varios miles de años antes de que los hindúes hubieran desarrollado la idea. Cualquiera que logre descifrar completamente la escritura maya, descubrirá un universo de ideas y símbolos, el meollo del universo maya. Por ahora, podemos afirmar, al menos, que la civilización en la Mesoamérica clásica, de la que parte cualquier desarrollo posterior, alcanzó su apogeo con los mayas.

Los intentos de explicar lo que ocurrió a los mayas, zapotecas, teotihuacanos y, en general, a los que dieron origen y promovieron la civilización durante el período Clásico, son todavía meras hipótesis. La decadencia y el abandono final de las magníficas metrópolis antiguas, entre los siglos VII y X, se produjeron probablemente de formas distintas. Las evidencias arqueológicas parecen indicar un derrumbamiento repentino en el caso de Teotihuacan. ¿Se incendió la ciudad, como indican algunos restos existentes de muros, vigas y otros fragmentos de madera? ¿O bien, esta destrucción fue efectuada por fuerzas exteriores que, quizás, comprendiendo que la decadencia ya había comenzado, decidieran tomar posesión de las fértiles tierras del valle? ¿O tal vez, la ruina de la ciudad fue una consecuencia de las luchas internas, tanto políticas como religiosas? ¿O simplemente, como algunos autores han reiterado, el abandono de la metrópoli fue un efecto de los cambios climáticos relacionados con la deforestación y la desecación de los lagos, consecuencia de los procesos naturales o de la propia acción humana?

Mientras parece que Teotihuacan llegó a un rápido final, hacia 650 d.C., se sabe que la ciudad zapoteca construida en Monte Albán, Oaxaca, entró en un período de prolongada decadencia antes de que también fuera abandonada. En el caso de los centros mayas, parece como si hubiese llegado un momento irrevocable, cuando los sacerdotes dejaron de erigir más estelas. Entonces, quizá durante un cierto período, las ciudades antiguas empezaron a quedar desiertas gradualmente. No existen señales de ataques exteriores o de una posible destrucción por incendios. Los centros fueron abandonados, y sus habitantes buscaron otros lugares para establecerse. Sería difícil probar que esto se debió a un cambio climático brusco y generalizado, a un colapso de la agricultura o a epidemias universales.

Conjeturas aparte, queda el hecho de que el período comprendido entre 650 y 950 d.C. marcó la caída de las civilizaciones clásicas en Mesoamérica. No obstante, la desolación no significó la muerte de las altas culturas en esta parte del Nuevo Mundo.

Hoy en día, sabemos que otros pueblos heredaron y desarrollaron muchas de las realizaciones clásicas, algunas dignas de particular mención ya que iban a influir en la siguiente evolución cultural de los habitantes de Mesoamérica. No pocas de esas realizaciones sobrevivieron a la conquista española, y todavía constituyen ingredientes de la cultura de muchos pueblos en México y América Central.

Unos de los rasgos principales del legado clásico fue el urbanismo. Ninguna ciudad se construyó sin la existencia de un núcleo en el que destacaban los elementos jerárquicos religiosos. Los templos y palacios estaban circundados por espacios abiertos. Como las tradiciones y la enseñanza formal correspondían a los jefes religiosos, las escuelas comunales tenían que erigirse en los distintos barrios de la ciudad. Otro establecimiento importante era el mercado, lugar que servía no sólo para comerciar, sino para reunir a la gente. Las viviendas del pueblo llano, que estaban muy dispersas, formaban amplios barrios alrededor de la parte central de la ciudad. La mayoría de los habitantes poseían, además de una casa con un solo piso, un pequeño terreno donde cultivaban algunos vegetales. Los mesoamericanos amaban todo tipo de plantas. Así pues, muchas de sus ciudades, vistas de lejos, parecían como una combinación de bosquecillos y jardines, salpicados con techos de paja aquí y allá, los templos pintados y los palacios elevados entre la capa verde del paisaje circundante. Esta forma de urbanismo sigue siendo típica de Mesoamérica. Un ejemplo extraordinario recibió a los conquistadores en la metrópoli azteca de México-Tenochtitlan.

Como en los modelos de la vida urbana, asimismo en la esfera del arte encontramos más tarde la fuerte influencia del período Clásico, y lo mismo sucede con las creencias fundamentales y las formas de culto. Una explicación satisfactoria de la aparición, a veces idéntica, de mitos, ritos y dioses en grupos diferentes que vivieron en el período Postclásico, puede tal vez darse pensando en un posible origen común, como parte del legado clásico. Otros elementos culturales pertenecientes a la misma herencia fueron el calendario, la escritura jeroglífica, los conocimientos astronómicos y astrológicos, una visión del mundo, formas elementales de organización socioeconómica, política y religiosa, la institución del mercado y un tipo de comercio que llegaba a apartadas regiones.

Entre los pueblos que se beneficiaron de este legado cultural, algunos ejercieron un poder considerable hasta la llegada de los españoles. En cambio, existían muchos otros grupos en el norte, más allá de los territorios dominados por Teotihuacan. Algunos ya practicaban la agricultura en un grado limitado, como los actuales coras, huicholes, tepehuanos, cahitas y pimas del noroeste de México. Más allá del área que habitaban había otros grupos, algunos de desarrollo especialmente escaso, como los que pertenecían a la familia lingüística de los hokan, y otros que habían alcanzado niveles más avanzados, como los denominados indios pueblos del actual Nuevo México y parte de Arizona.

La arqueología muestra que los teotihuacanos ejercieron, al menos indirectamente, cierta influencia sobre algunos de estos grupos. Esto parece ser cierto en el caso de los indios pueblos, los más adelantados en los inmensos territorios del norte de México. Asimismo, existen pruebas de la presencia de algunos grupos relacionados culturalmente, y quizá también políticamente, con Teotihuacan, los cuales se establecieron en el norte, como puestos avanzados, para proteger la frontera de las incursiones de los denominados generalmente chichimecas, «bárbaros» seminómadas, recolectores y cazadores.

Los que más tarde se llamarían toltecas estuvieron tal vez entre los colonizadores de los puestos avanzados. Cuando llegaron a conocer la caída de Teotihuacan, parece que decidieron «regresar», como indican los textos nativos, a la tierra de su origen cultural, es decir, México Central. Varios testimonios relatan su deambular antes de que alcanzasen las pequeñas ciudades todavía habitadas por gentes de origen teotihuacano. Los toltecas se instalaron finalmente en Tula, un lugar situado a unos 80 km al norte de la actual Ciudad de México. *Tula* o *Tollan* significa, en realidad, «metrópoli», y esto era lo que precisamente los toltecas estaban a punto de construir.

La figura principal en la historia de los toltecas es el célebre Quetzalcóatl, una especie de héroe cultural, cuyo nombre procede de un dios (la serpiente emplumada), a quien se había rendido culto desde los tiempos de Teotihuacan. Varios antiguos libros y textos indígenas, escritos en náhuatl, relatan su presagiado nacimiento, su vida y hazañas. Se dice que, cuando Quetzalcóatl era todavía joven, se retiró a Huapalcalco, un antiguo asentamiento de los teotihuacanos, para dedicarse a la meditación. Allí fue escogido por los toltecas para que fuese su gobernante y sumo sacerdote. Se construyeron palacios y templos, y muchos pueblos aceptaron el gobierno de Quetzalcóatl (el dios y el sacerdote). La causa que condujo al final de la edad dorada de los toltecas y el derrumbamiento final de Tula hacia el 1150 no está del todo clara. Sin embargo, la decadencia de los toltecas significó la difusión de su cultura y su penetración en varios pueblos alejados. La presencia de los toltecas se recogió en anales como los de los mixtecas de Oaxaca y los mayas de Yucatán y Guatemala.

Los mixtecas sucedieron a los zapotecas en el valle de Oaxaca tras su decadencia cultural y política. Podemos atribuirles la fundación de nuevas ciudades, como Tilantongo y Teozacualco, así como la reconstrucción parcial de las famosas ciudades y fortalezas zapotecas. También sobresalieron en las artes, especialmente como joyeros. El trabajo realizado con metales como el oro, la plata, el cobre y, en menor grado, el estaño, se introdujo en Mesoamérica en torno a 950 d.C. Los mixtecas son asimismo conocidos por sus libros de contenido histórico. Algunos de éstos nos han llegado con antecedentes que nos trasladan hasta 692 d.C.²

Los mayas no habían recobrado su antiguo esplendor. No obstante, algunos pequeños reinos —quiché y cakchiquel en las tierras altas de Guatemala, Uxmal y Chichén-Itzá, Mayapán y Tulum en la península de Yucatán— manifestaron ciertos signos de prosperidad. La llegada de grupos de origen tolteca a Yucatán y Guatemala contribuyó a este renacimiento. Los que penetraron en Guatemala eran seguidores de Gucumatz, la traducción al quiché y cakchiquel del nombre de Quetzalcóatl. En Yucatán el jefe que guiaba a los invasores se llamaba Kulkucán, palabra que tiene la misma connotación. Estos nuevos Quetzalcóatl estaban más inclinados hacia lo militar que lo religioso. En Guatemala —según el libro sagrado de los quichés, el *Po-pol Vuh*—, Gucumatz y sus partidarios se impusieron a los mayas. De este modo, se produjo una nueva mezcla de pueblos y culturas. Los guatemaltecos se convirtieron en gentes toltequizadas en varios grados. En Yucatán sucedió algo parecido. Se creó una llamada «Liga de Mayapán», que comprendía esta ciudad y las de Chichén-

2. En una publicación póstuma del estudioso mexicano, Alfonso Caso, se ofrece un análisis de los contenidos de diversos libros originales mixtecas que contenían un buen número de biografías de gobernantes y miembros de la nobleza desde el año 692 d.C. hasta el 1515 d.C. *Reyes y Reinos de la Mixteca*, 2 vols., México, 1977-1978, II.

Itzá y Uxmal. La influencia tolteca fue tan intensa allí, que en el postclásico de Chichén-Itzá se construyeron pirámides y otros templos y palacios que imitaban a los de la metrópoli de Tula. Sin embargo, ni la nueva sangre ni los elementos culturales que habían llegado a la Meseta Central de México produjeron un renacimiento en el mundo maya. Su destino era sobrevivir, pero sin esplendor, hasta los días de la conquista española, que en Guatemala se consumó en 1525 y en Yucatán en 1546.

El abandono final de Tula, como había sucedido antes con el derrumbamiento de Teotihuacan, facilitó la entrada en el valle de México de grupos procedentes del otro lado de la frontera norte de Mesoamérica. En este tiempo, los «bárbaros» chichimecas fueron los primeros que penetraron en los que habían sido dominios de los toltecas. Diversos textos nativos describen lo sucedido. Los chichimecas, cuando intentaron tomar posesión de los ricos territorios abandonados, se enfrentaron a algunos grupos y familias toltecas que todavía permanecían allí. Aunque los primeros contactos no fueron nada amistosos, poco a poco las cosas fueron mejorando. Varias fuentes documentales indican la existencia de procesos de aculturación.³ Los recolectores y cazadores empezaron a establecerse en las cercanías de las antiguas ciudades toltecas. Los chichimecas dominaron desde el punto de vista político y militar. Sin embargo, la alta cultura tolteca influyó sobre ellos profundamente. Al principio de mala gana y con complacencia más tarde, los chichimecas aceptaron la agricultura, la vida urbana, la religión tolteca, el calendario y el arte de escribir.

A finales del siglo XIII, existían nuevos estados o señoríos en México Central. Algunos eran resultado de una especie de renacimiento de las ciudades toltecas, o incluso de origen teotihuacano. Otros eran estrictamente nuevas entidades en las que las culturas de chichimecas y toltecas se habían mezclado. Esta era la situación en el interior del valle de México y en sus inmediaciones, cuando llegaron otros grupos procedentes del norte. Por entonces, los recién venidos no hablaban la lengua de los chichimecas, sino el náhuatl, que habían hablado los toltecas y buen número de teotihuacanos. Los distintos grupos nahuas —las llamadas «Siete Tribus»— recordaban, en algunos aspectos culturales, a los toltecas que habían vivido anteriormente en los puestos de avanzada, en la frontera septentrional de Mesoamérica. Los textos que algunos de ellos nos han legado, como los tlaxcalnos y los mexicas (aztecas), repiten frecuentemente: «[Nosotros] estamos regresando del norte, volvemos a donde solíamos vivir».

La penetración azteca, o, como se suele calificar, su «peregrinaje», tuvo que superar numerosos obstáculos. Muchos fueron los apuros, las persecuciones, los ataques y demás adversidades a las que tuvieron que hacer frente antes de instalarse finalmente en la isla de Tenochtitlan, en la región de lagos que cubrían gran parte del valle de México. Esto sucedía, de acuerdo con varias fuentes, en 1325.

LOS MEXICAS (AZTECAS)

Una de las realizaciones más notables de los mexicas, en el cenit de su evolución política y cultural (unos 60 años antes del contacto con los europeos), fue for-

3. Véase Miguel León-Portilla, «La aculturación de los Chichimecas de Xótotl», *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional de México, vol. VII, 1968, pp. 59-86.

jarse una imagen de sus propios orígenes, su desarrollo e identidad. Alrededor del 1430, su soberano, el rey Itzcóatl, ordenó que se quemaran todos los libros antiguos, tanto los anales como los libros de contenido religioso, debido a que: «No es necesario que el pueblo conozca estos escritos: el gobierno sería difamado, y sólo servirían para difundir la hechicería porque contienen muchas falsedades». ⁴ En su lugar se desarrolló e impuso una nueva tradición que transmitía una imagen del pasado que se ajustaba a las necesidades e ideales del grupo, cuyo dominio estaba en proceso de rápida expansión. Consultando las fuentes de origen mexica, podemos reconstruir la nueva imagen que presentaba su élite.

Los mexicas son explícitos acerca de la clase de existencia que tenían que soportar en Aztlan Chicomóztoc, el lugar de donde decían ser originarios. Sus descripciones revelan que, en Aztlan (o de cualquier forma, antes de su entrada en el valle de México), poseían numerosos rasgos de la cultura mesoamericana (una afirmación que confirman los datos arqueológicos). Un factor importante es que, en su lugar de origen, estaban sometidos a un grupo dominante. Describen ellos a dicho grupo como el de los *tlatoque* (gobernantes) y *pipiltin* (nobles) de Aztlan Chicomóztoc. Los mexicas se refieren a ellos mismos como *macehualtin* (plebeyos, con la connotación de siervos). Estaban ellos obligados a trabajar para los tlatoque y a pagarles tributos.

Los mexicas abandonaron Aztlan Chicomóztoc y a sus antiguos gobernantes porque ya estaban cansados de ellos. El sacerdote Huitzilopochtli tuvo que comunicarle que su dios Tetzahuitl Teotl (una manifestación de Tezcatlipoca, el Espejo Humeante) les había buscado un lugar privilegiado. La intención era liberar a «su pueblo» de la opresión y darles la prosperidad. El dios había anunciado que «allí [en el lugar prometido] os convertiré en pipiltin y tlatoque de todos los que habitan la tierra ... Vuestros macehualtin os pagarán tributos». ⁵ Tan simple como parece, los relatos y pinturas mexicas describen cómo, poco a poco, la profecía se cumplió. El sacerdote a través del cual el dios habló, se deificó a sí mismo. Los atributos que Huitzilopochtli y Tezcatlipoca muestran una sorprendente similitud iconográfica como, por ejemplo, en las representaciones halladas en los códices Borbónico y Matritense. Se desarrolló un ciclo completo de cantos y mitos, que evocaban las proezas de Huitzilopochtli, desde el anuncio de su nacimiento, su victoria sobre los Cuatrocientos Guerreros del Sur, haberse apropiado de los destinos de ellos en favor de su pueblo, su identificación con el Sol, entendido como el «Dador de la Vida». ⁶ Las realidades hicieron verdaderas las profecías. Y ya que el destino de los mexicas estaba intrínsecamente vinculado al de su dios, anunciaban lo que sería el futuro del «pueblo escogido».

Los mexicas cuentan cómo en Aztlan Chicomóztoc, y durante su deambular en busca de la tierra prometida, eran en extremo pobres. En Aztlan se dedicaban a la agricultura para beneficio de otros. Más tarde, vivieron como recolectores y caza-

4. A. M. Garibay y M. León-Portilla, eds., *Codex Matritensis*, México, 1958-1969, 4 vols., fol. 192 v.

5. Cristóbal del Castillo, *Fragmentos de la obra general sobre historia de los mexicanos*, Florencia, 1908.

6. Véase *Florentine Codex* (en adelante citado como FC), 12 vols., Santa Fe, N.M., 1950-1982, Libro III, cap. I. (Hay traducción castellana: fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Madrid, 1988, p. 202).

dores. Sólo ocasionalmente interrumpían su peregrinaje para cultivar algunas tierras. Los mexicas siguieron a sus guías (sacerdotes y jefes). Formaban grupos que recibían el nombre de *calpulli* (*calli*: casa; *calpulli*: gran casa, en el sentido de «la gente que pertenecía a la misma casa»). Quizá —aunque esto no se haya demostrado— se trataba de grupos de familias relacionadas por vínculos de parentesco. Una de las crónicas indígenas dice que, al principio, había siete calpulli mexicas.⁷ Otras aseguran que todas sumaban unas 10.000 personas.⁸ Sus leyendas refieren que el dios Huitzilopochtli, al hacerles promesas, dio su palabra de proteger a los que pertenecían a las «casas» (calpulli), los que tenían vínculos de sangre: «vuestró hijos, vuestró nietos, vuestró biznietos, vuestró hermanos, vuestró descendientes».⁹ En contra de las dudas expresadas por algunos estudiosos, la tradición persiste en la idea que, tanto en aquel pasado remoto como en el presente (inmediatamente después de la conquista española), los miembros de un calpulli tenían una ascendencia común.¹⁰ La tradición oral y los libros indígenas coinciden ampliamente en numerosas anécdotas sobre las muchas penalidades que los calpulli de los mexicas tuvieron que superar, guiados por sus sacerdotes y guerreros. De vez en cuando, algunos mexicas desobedecían los mandatos de Huitzilopochtli, con consecuencias desastrosas. Seguir el consejo divino tenía como resultado el cumplimiento de sus promesas.

Los mexicas (según su propia versión del pasado) parecen disfrutar describiéndose a sí mismos como un pueblo que, en esa época, no era estimado por otro alguno. Por su parte, ya creían tener un destino único. Entre otras cosas, ellos mismos se representaban aceptando con veneración esas formas de gobierno que tenían un origen divino, vinculado directamente con el sumo sacerdote de los toltecas, Quetzalcóatl. Otros grupos anteriores o contemporáneos de los mexicas se habían dado cuenta de la importancia (religiosa y política) de recibir la investidura del poder de una fuente común de origen tolteca. Así, varios pueblos del México Central y de lugares situados en regiones tan distantes como Oaxaca, Guatemala y Yucatán, habían recibido las insignias del gobierno de manos del «Señor del Oriente», uno de los títulos de Quetzalcóatl.¹¹ Naturalmente, los mexicas ya establecidos en su isla prometida, decidieron seguir el consejo de sus antiguos guías y relacionarse ellos mismos con Quetzalcóatl y la nobleza tolteca. La nobleza mexica comenzó a través de un descendiente de los toltecas-culhuacanos, el señor Acamapichtli. Él y otros pipiltin de Culhuacán se casaron con las hijas de antiguos sacerdotes y guerreros mexicas. Otros miembros de las familias que habían conducido a los mexicas se incorporaron también al grupo escogido. Cuando los padres de familia del estrato de los nobles (pipiltin) aconsejaban a sus hijos con sus discursos (*huehuetlatolli*), les recordaban su origen insistentemente: descendían de los toltecas y, en último término, de Quetzalcóatl.

De este modo, las tradiciones y los libros de los mexicas propagaron esta su «ver-

7. Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicáyotl*, México, 1972, pp. 22-27.

8. Diego Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin *Segunda Relación*, reproducción facsímil en *Corpus Codicum Americanum Medii Aevi*, Ernst Mengin, ed., Copenhague, 1949, III, fol. 28 r.

9. C. del Castillo, *Fragmentos*, pp. 66-67.

10. Alonso de Zorita, *Breve y Sumaria Relación*, México, 1942, p. 36.

11. Véanse, entre otros, los casos registrados en *Anales de Cuauhtitlan* en el *Codice Chimalpopoca*, México, 1975, fol. 10-11; *Popol Vuh*, trad. de A. Recinos, México, 1953, pp. 218-219; *Anales de los Cakchiqueles*, trad. de A. Recinos, México, 1950, pp. 67-68; Caso, *Reyes y Reinos de la Mixteca*, I, pp. 81-82.

dadera imagen». En esa época, la vida de la nación azteca estaba transformándose; muchos pueblos pagaban tributo a los tlatoque y pipiltin de Tenochtitlan; la profecía de Huitzilopochtli se había cumplido; entre los descendientes de quienes habían sido «plebeyos y siervos» en Aztlan Chicomóztoc, salieron después los tlatoque y pipiltin mexicas. Todo esto lo refieren la tradición oral, los libros, poemas y discursos de los ancianos.

Ahora veremos cómo cabe comparar esta «verdadera imagen» con lo que podemos descubrir acerca de la historia, la política, la economía, la sociedad y la cultura de los mexicas (aztecas) durante el último capítulo de su existencia autónoma, a partir de las fuentes arqueológicas, etnohistóricas, lingüísticas y otros documentos disponibles.

Hacia 1390 murió Acamapichtli, el primer soberano (*huey tlatoni*) de linaje tolteca y fundador de la casa real de los *tlazo-pipiltin*, los «preciados nobles». Acamapichtli y sus sucesores inmediatos, Huitzililuitl (1390-1415) y Chimalpopoca (1415-1426), todavía estuvieron sometidos a los tepanecas de Azcapotzalco, un señorío en el que gentes de Teotihuacan, descendientes de toltecas y chichimecas, se habían mezclado y que, en esa época, ejercían su hegemonía en la meseta central. La isla de Tenochtitlan, donde los mexicas se habían establecido, había pertenecido a los tepanecas. De hecho, durante más de un siglo —desde su llegada en 1325—, los mexicas habían pagado tributo y realizado servicios personales para Azcapotzalco.

En 1426 murió Chimalpopoca, probablemente asesinado por los tepanecas. Algún tiempo más tarde, estalló la guerra entre tepanecas y mexicas. Estos últimos triunfaron gracias a la ayuda de varios pueblos que también estaban sometidos a Azcapotzalco. La «verdadera imagen» subraya, en este aspecto, un episodio extraordinariamente significativo. Cuando los tepanecas habían iniciado las hostilidades, la mayor parte del pueblo mexica, sobre todo los macehualtin o plebeyos, insistían en que era mejor rendirse. Como respuesta, los pipiltin hicieron un trato. Si no eran capaces de vencer a Azcapotzalco, obedecerían a los macehualtin eternamente. Pero, si los pipiltin lograban vencer a los tepanecas, los macehualtin les obedecerían ciegamente.¹² La victoria sobre los tepanecas hacia 1430 hizo que se sentaran las bases para realzar el *status* político y socioeconómico de los pipiltin mexicas.

La victoria significó además la total independencia del señorío mexica y el punto de partida de sus realizaciones futuras. Itzcóatl (1426-1440), ayudado por su sagaz consejero, Tlacaélel, inició una era de cambios y conquistas. Moctezuma Ilhuicamina, «el viejo» (1440-1469), consolidó el poder y dio renombre al pueblo de Huitzilopochtli. Bajo el reinado de Axayácatl (1469-1484), Tízoc (1481-1485), Ahuitzotl (1486-1502) y Moctezuma II (1502-1520) el dominio azteca se extendió todavía más lejos. El extraordinario fortalecimiento de su poder militar, junto con la convicción de su propio destino, tuvo como resultado una continua expansión política y económica. Numerosos señoríos habitados por pueblos de diferentes lenguas, entre otros los totonacas y huastecas, en los actuales estados de Puebla y Veracruz, y los mixtecas y zapotecas en Oaxaca, fueron sometidos en varias maneras por los

12. Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, A. M. Garibay, ed., 2 vols., México, 1967, vol. I, pp. 65-75.

aztecas. De sus formas organizadas de comercio se derivó la creciente prosperidad del «imperio» de los mexicas.

La sólida estructura económica de la política de los mexicas, que se había formado esencialmente a fines del gobierno de Moctezuma I (hacia 1460), ha sido objeto de varias interpretaciones divergentes. La mayoría de los cronistas españoles (e historiadores del siglo XIX, como Prescott, Bancroft, Ramírez, y Orozco y Berra) han aceptado que la sociedad mexica era en muchos sentidos similar a la de los reinos de la Europa feudal. Así, para describirla, no dudaron en usar términos como los de reyes y príncipes; corte real, hidalgos y cortesanos; magistrados, senadores, cónsules, sacerdotes y pontífices; miembros de la aristocracia, nobles de alto y bajo rango, terratenientes, plebeyos, siervos y esclavos. Lewis H. Morgan inició un revisionismo crítico, a partir de las ideas expresadas en su conocida obra *Ancient Society* (1877).

La organización azteca —escribió— era claramente una confederación de tribus indias, antes de la llegada de los españoles. Nada, excepto la más tosca alteración de los hechos, pudo permitir a los escritores españoles la invención de la monarquía azteca, a partir de lo que era una organización democrática ...

[Los cronistas españoles] inventaron descaradamente una monarquía para los aztecas, con características intensamente feudales... Esta equivocación ha permanecido, a través de la indolencia americana, tanto tiempo como se lo merecía.¹³

Las ideas de Morgan, aceptadas y difundidas por Adolph F. Bandelier (1878-1880), ejercieron una profunda influencia. La mayoría de los investigadores aceptaron que los mexicas y otros pueblos que habitaron el sur de México y América Central no tenían clases sociales diferenciadas y no habían desarrollado formas de organización política, como reinos u otras variedades de estado. Se aceptó así que los pueblos mesoamericanos eran simplemente grupos relacionados por vínculos sanguíneos (varios tipos de «tribus» o «clanes»), algunas veces unidos en confederaciones.

Medio siglo más tarde, un estudio más serio de las fuentes indígenas, con frecuencia desconocidas antes, llevó a un nuevo revisionismo. Manuel M. Moreno, Arturo Monzón, Paul Kirchhoff, Alfonso Caso, Friedrich Katz y otros llegaron a unas conclusiones que coinciden en los siguientes puntos: los macehualtin, agrupados en calpulli, constituyeron organizaciones sociales con vínculos de parentesco; su *status* socioeconómico difería tan radicalmente del de los pipiltin que hay que aceptar la existencia de clases sociales; entre las muchas distinciones que prevalecían entre los macehualtin y los pipiltin, una, muy importante, se refiere a la posesión de la tierra. Tan sólo los pipiltin podían ser propietarios de ella. Además hubo de reconocerse la existencia de un auténtico estado (especie de reino) en la organización política de los mexicas.

La aceptación general de estas conclusiones hizo que se consideraran durante algún tiempo como si se hubiera tocado suelo firme, en lo que concierne al carácter de las estructuras sociales y económicas de los mexicas. Sin embargo, las recientes investigaciones de Pedro Carrasco y otros, realizadas en un marco teórico marxista y utilizando el concepto de «modo de producción asiático» como clave analítica,

13. Lewis H. Morgan, «Montezuma's Dinner», *American Review* (abril, 1876), p. 308.

han cuestionado muchas de las conclusiones generalmente aceptadas. En definitiva, se sostiene que esas sociedades se basaban en primitivas aldeas comunales que poseían y trabajaban la tierra de un modo colectivo. Periódicamente, esas entidades se organizaban bajo el gobierno de un grupo dominante y despótico que se apropiaba del valor excedente y distribuía arbitrariamente el usufructo de la tierra entre sus propios miembros, de acuerdo con su cargo. Y como se postula que no existía una propiedad privada de la tierra, surge la duda, en cuanto al uso del concepto de clase. Se prefieren así los términos de «estratos» o «sectores». El pueblo, o los estratos dominados, continuaron integrándose en los organismos comunales, trabajando la tierra para subsistir, y sosteniendo las demandas crecientes del grupo dominante. Estos justificaban su existencia rigiendo al pueblo, y dirigiendo la realización de trabajos públicos que eran impuestos, principalmente la construcción de centros urbanos, caminos y obras de regadío.

El punto central en el debate sobre la naturaleza y la estructura de la sociedad y la economía mexicas es el status y las realizaciones del grupo gobernante, los pipiltin, una vez que se impusieron, no sólo en Tenochtitlan, sino en una amplia zona de Mesoamérica. Los pipiltin consideraban que estaban predestinados por su dios para liberar a su pueblo (las antiguas entidades comunales de aldeanos antes sometidos a los tlatoque y a otros pipiltin en Aztlan Chichomóztoc). Un ejemplo de esto se puede derivar de los textos del *Huehuetlatolli* («la palabra antigua»). Estas son las palabras de un anciano dignatario que, dirigiéndose a los habitantes de la ciudad, respondía a un discurso del soberano:

¡Oh, serenísimo y humanísimo señor nuestro! Aquí ya ha oído vuestro pueblo y vuestros vasallos aquí ya han notado las palabras muy preciosas y muy dignas de ser encomendadas a la memoria, que por vuestra boca han salido y nuestro señor Dios os ha dado. ...Aquí yam recibido todos los principales y nobles y generosos que aquí están, preciosos como piedras preciosas y hijos y descendientes de señores y reyes y senadores, y hijos y criados de nuestro señor y hijo Quetzalcóatl, los cuales los tiempos pasados regieron y gobernaron el imperio y señoríos, y para esto nacieron señalados y elegidos de nuestro señor y hijo Quetzalcóatl...¹⁴

Dentro del grupo dominante, existían varios rangos, posiciones y títulos: los tlazo-pipiltin, «preciados nobles», eran los descendientes de los que habían sido los gobernantes supremos. De entre este grupo selecto eran escogidos los huey tlatoani. Los pipiltin (no en sentido genérico, como se utilizó antes, sino como una designación específica) eran los relacionados en otros sentidos (no como descendientes directos) con el mismo grupo gobernante. También pretendían ellos un linaje de origen tolteca. Los *cuauh-pipiltin*, «nobles águilas», eran individuos asimilados de alguna manera por el grupo dominante (un indicio de «movilidad social»), a causa de sus actos, principalmente en las batallas. Los *tequihuaque* (traducido por Alonso de Zorita como «hidalgos»), eran los hijos de los que desempeñaban importantes funciones administrativas, como los *teteuctin* (señores), algunos de ellos pipiltin y otros, miembros distinguidos de un calpulli.

Los pipiltin eran sumamente conscientes de estas diferencias de rango entre ellos

14. FC, Libro VI, cap. 16. (Trad. cast. cit., vol. I, pp. 361-362.)

mismos, y de los posibles cargos que se les podían conceder en la administración política y económica del estado mexica. Esto se refleja en el siguiente fragmento de un discurso dirigido por un noble a su hijo:

Ya sabes, hijo mío, bien tienes en la memoria que el señor es como corazón del pueblo. A éste le ayudaban dos senadores para lo que toca al regimiento del pueblo: uno de ellos era *pilli* y otro era criado en las guerras. El uno dellos se llamaba *tlacotecuhtli* y el otro *tlacochtecuhtli*. Otros dos capitanes ayudaban al señor para en las cosas de la milicia: el uno dellos era *pilli* [y el otro] criado en la guerra, aunque no era *pilli*; el uno dellos se llamaba *tlacatéccatl*, y el otro se llamaba *tlacocheácatl*. Desta manera, hijo mío, va el regimiento de la república. Y estos cuatro ya dichos, *tlacatecuhtli* y *tlacochtecuhtli* y *tlacatéccatl* y *tlacocheácatl*, no tenían estos nombres y estos oficios por heredad o propiedad, sino que eran electos por la inspiración de nuestro señor, porque eran más hábiles para ellos.¹⁵

Cuando Moctezuma I comenzó su reinado, los mexicas y sus aliados ya eran los señores en un amplio territorio que abarcaba la mayor parte de la Meseta Central. Para hacer frente a la nueva situación se amplió la organización política para que fuese más efectiva. Mucho más que en el pasado, los *huey tlatoani* (gobernantes supremos) llegaron a posesionarse del poder absoluto y supremo. Aunque a Moctezuma se le consideraba como la representación divina sobre la tierra, no era tenido como una reencarnación o descendiente de un dios. Era el jefe del ejército y pontífice religioso, así como el supremo juez y señor, a quien nadie osaba contradecir. Desempeñaba su supremo papel por elección, no por sucesión hereditaria. La elección del *huey tlatoani* era la obligación y el privilegio de un número limitado de *pipiltin*. Estos representaban a la antigua nobleza que había recibido la solemne promesa de obediencia por parte de los plebeyos cuando estuvieron en peligro de ser aniquilados por los tepanecas. La elección del señor supremo era obligación y privilegio de un número limitado de *pipiltin*. Los electores examinaban cuidadosamente los atributos personales del candidato. No hacían una verdadera votación, ya que tenían por objeto lograr una decisión unánime, para lo cual dedicaban varios días consultando a distintas personas y deliberando entre ellos mismos. Finalmente, llegaban al momento en que aceptaban a quien, incluso aunque pudiera ser superado por otros en algunos aspectos, satisfacía mejor los distintos intereses, y podía considerarse además suficientemente dotado para ser el jefe de toda la nación.¹⁶ Desde Moctezuma I hasta la invasión española todos los *huey tlatoani* se elegían por este procedimiento, cuyos vestigios —en la opinión de algunos investigadores— persisten todavía en las elecciones presidenciales del México actual.

Posiblemente, como una imagen de la creencia en un supremo dios dual, *Ometeotl*, la función del soberano se complementaba con la de un ayudante y consejero, el *cihuacóatl*. Aunque el significado más claro del término es «la mujer serpiente», también puede entenderse como «la mujer gemela». Las obligaciones más importantes del *cihuacóatl* eran sustituir al soberano durante su ausencia o muerte y presidir el consejo de electores y el tribunal supremo.

15. *FC*, libro VI, cap. 20. (Trad. cast. cit., vol. I, p. 377.)

16. Véase la descripción detallada de este «proceso electoral» en *FC*, libro VIII, cap. 18. (Trad. cast. cit., vol. II, pp. 493-534.)

Otros destacados dignatarios eran el *tlacochcalcatl* («señor de la casa de las lanzas») y el *tlacatécatl* («jefe de los guerreros»). El dualismo aparecía asimismo en los dos jueces principales, los dos sumos sacerdotes y los dos guardianes del tesoro de la nación. Todos estos dignatarios presidían sus correspondientes altos consejos y participaban en el consejo supremo presidido por el huey tlatoani o su sustituto, el cihuacóatl.

En todas las ciudades, tanto en las de los mexicas y sus aliados (Tezcoco y Tlacopan), como en las conquistadas, había gobernadores nombrados por el soberano. Eran los tlatoque (plural de tlatoani). En algunos casos, el soberano enviaba a uno de los pipiltin desde la metrópoli azteca para ejercer de gobernador de un señorío sometido. En otros casos, se autorizaba al anterior gobernante de las ciudades conquistadas, a continuar después de haber hecho solemne promesa de obediencia.

Para administrar algunos calpulli, el tlatoani supremo nombraba a unos oficiales conocidos como teteuctin. Como ya se ha dicho, frecuentemente eran pipiltin. En otra época, no siendo nobles, estaban al servicio de las familias de pipiltin. El grupo de unidades de producción administradas por un *teuctli* se conocía como un *teccalli* («la casa de los de palacio»), es decir, quienes eran nombrados por el huey tlatoani. Los deberes de los teteuctin eran muy importantes. Eran responsables de la producción en cada unidad socioeconómica que se les «confiaba». Su producción, además de mantener a los macehualtin que trabajaban la tierra, tenía que proporcionar los tributos para los pipiltin y, por último, también al huey tlatoani.

Los cargos administrativos más importantes estaban reservados a los pipiltin, a quienes se les otorgaban títulos y la posesión y el usufructo de las tierras. Los pipiltin no pagaban tributo. Podían alquilar tantos *mayeques* («trabajadores») para cultivar la tierra, como fueran necesarios. A algunos de los pipiltin se confiaban también las *teccalli*, que incluían la tierra y los macehualtin que la trabajaban. Los miembros del grupo dominante podían tener tantas esposas como pudieran mantener, y otros privilegios, como insignias y vestuarios especiales, formas de diversión e incluso algunas variedades de comidas y bebidas más variadas y finas. Por último, estaban sujetos únicamente a la jurisdicción de tribunales especiales.

Los hijos de los pipiltin asistían a los *calmécac* o «centros de enseñanza superior». Allí, se conservaba, aumentaba y transmitía el saber antiguo. Ingresaban y pasaban varios años preparándose para los cargos que se consideraban como una parte obligada de su destino. Los textos indígenas nos relatan lo que se enseñaba en los *calmécac*. Los jóvenes pipiltin aprendían formas elegantes de lenguaje, himnos antiguos, poemas y relatos históricos, doctrinas religiosas, el calendario, astronomía, astrología, preceptos legales y el arte de gobernar. Cuando los jóvenes nobles dejaban el *calmécac*, estaban preparados para desempeñar un papel activo en la administración pública.

La educación recibida en la casa y en los *calmécac*, junto con la experiencia adquirida como miembros del grupo dominante, inculcaba en los pipiltin un gran sentido de responsabilidad y dignidad. Algunos fragmentos del *Huelhuetlatolli* nos indican lo conscientes que eran los pipiltin de su status. El padre dice a su hijo:

Mira a tus parientes y a tus afines, que no tienen ser ninguno en la república ...
Y aunque tú seas noble y generoso y de claro linaje, conviene que tengas delante tus

ojos como has de vivir. Nota, hijo, que la humildad y el abraxamiento de cuerpo y del alma, y el lloro y las lágrimas, y el suspirar. Esta es la nobleza y el valer y la honra ...¹⁷

La actitud de los pipiltin hacia los macehualtin aparece con frecuencia en estos discursos. En una anécdota sobre uno que abusaba de la bebida, encontramos lo siguiente: «O por ventura dirán: “Gran bellaquería ha hecho éste.” Y aunque seas noble y del palacio, ¿dexarán de decir de ti? ¿Aunque seas generoso y ilustre? No, por cierto». O bien, aconsejando a una noble hija, solían decirse palabras como éstas: «Nota, hija mía, quiérote declarar lo que digo: sábetete que eres noble y generosa...; mira que no avergüences y afrendes a nuestros antepasados, señores y senadores; mira que no hagas alguna vileza; mira que no te hagas persona vil, pues que eres noble y generosa». Prácticamente en todos los aspectos de la conducta que se esperaba de los que tenían noble linaje se insiste en la misma comparación: «Conviene que hables con mucho asosiego; ni hables apresoradamente ni con desasosiego, ni alces la voz, porque no se diga de ti que eres vocinclero y desentonado, o bobo o alocado o rústico ... ».¹⁸

El tema de los pipiltin y la propiedad de la tierra es particularmente complejo y controvertido. La primera distribución de la tierra que los mexicas hicieron fue inmediatamente después de su victoria sobre los tepanecas de Azcapotzalco alrededor del 1430. El registro histórico de ella resulta de especial interés:

Los primeros a quienes se asignaron las tierras fueron los de la casa real; las tierras que pertenecían a los caciques, destinadas al mantenimiento del soberano ... Once parcelas de tierra se daban al consejero del soberano, Tlacaelel; y también dos o tres parcelas eran concedidas a los distintos pipiltin, en proporción a sus méritos y cargos ...¹⁹

A través de otras fuentes conocemos la designación náhuatl de las diversas tierras repartidas: *tlatocatalli*, «tierras del soberano»; *pil + tlalli* (*pilalli*), «tierra de los pipiltin». Estrechamente relacionadas con las *tlatocatalli*, había otras tierras específicamente reservadas para cubrir los gastos de palacio (*tecpantlalli*), de los templos (*teopantlalli*) y de las guerras (*yaotlalli*). Las tierras que se poseían de una forma comunal por los *calpulli*, comprendidos los macehualtin, se conocían como *calpul + tlalli* (*calpullalli*).

¿Había tierras que el soberano y los pipiltin tenían en propiedad privada, o simplemente las poseían como privilegios que estaban asociados a sus cargos particulares? Quienes sigan a Morgan y Bandelier sostienen que todas las tierras sencillamente pertenecían a la «tribu» o «confederación de tribus». Otros, como Alfonso Caso, Paul Kirchoff y Friedrich Katz, admiten abiertamente que, en el caso del huey tlatoni y los pipiltin, poseían las tierras como una propiedad privada.

Las fuentes existentes, aunque no siempre son precisas en este punto, parecen apoyar la idea de que la posesión de la tierra estaba en relación directa con el car-

17. FC, libro VI, cap. 20. (Trad. cast. cit., vol. I, pp. 376-377.)

18. FC, libro VI, cap. 14. (Trad. cast. cit., vol. I, pp. 351, 366-367, 383.)

19. Durán, *Historia de las Indias*, I, p. 101.

go y el puesto administrativo de los individuos favorecidos: «... el señor (tlatoani) tiene tierras en varios territorios anexionados a su reino, y los macehualtin las cultivan para él, y lo veneran como señor, y esas tierras las poseerá el que le suceda como soberano ...».²⁰

Como en algunos casos el sucesor de un tlatoani no era descendiente directo, el significado del texto parece ser que la tierra se poseía y transmitía en función del cargo. Por otra parte, es cierto que había familias de pipiltin, algunos de cuyos miembros ocupaban el mismo puesto administrativo durante varias generaciones. De este modo, disfrutaban de una forma de posesión continua de las tierras asignadas. En este contexto, tiene interés un episodio que sucedió en tiempos del soberano mexicana Ahuizotl. Los mexicas habían conquistado el señorío de Chalco, y Ahuizotl había instalado allí un nuevo gobernante local. Éste privó a muchos pipiltin locales de sus puestos administrativos. Como consecuencia, se apropió él de las tierras que habían pertenecido a aquellos. Los pipiltin despojados, se quejaron ante el huey tlatoani. La reacción de Ahuizotl fue ambivalente. Dijo a los pipiltin desposeídos: «Tornad vuestras tierras». Y cuando el señor que había nombrado para gobernar en Chalco explicó su punto de vista, Ahuizotl le dijo: «Ya sabes lo que debes hacer. Máталos, cuélgalos ... a todos los que quieren ser como los pipiltin ...».²¹

En cuanto a las empresas y realizaciones del grupo dominante, en el contexto de la sociedad que gobernaba, Angel Palerm ha argumentado, dentro del marco teórico desarrollado por Karl A. Wittfogel, que «la relación causal entre el apoyo ofrecido a [una] sociedad asiática y el despotismo a través de una agricultura de regadío, está bastante clara ...».²² Buscando la existencia de obras de regadío, económicamente significativas en Mesoamérica, Palerm ha catalogado numerosos yacimientos en donde existen evidencias de esta clase de empresas.

Sin embargo, en el caso concreto de los mexicas, Palerm reconoce que «la vida económica de los tenochcas bajo sus tres primeros soberanos no indica la existencia de cultivos agrícolas».²³ Esto se debió —según él— entre otras razones, al reducido tamaño de la isla que habitaban los mexicas y a las inundaciones de agua salobre a la que estaba expuesta. En su opinión, la situación cambió tras la victoria sobre Azcapotzalco. Entonces, los soberanos mexicas (con el consejo de Nezahualcoyotl, el sabio señor de Tetzcooco) introdujeron importantes obras hidráulicas. Se construyeron diques para separar las aguas dulces de las salobres, y acueductos para conducir el agua potable a la ciudad. Las *chinampas*, pequeñas islas artificiales, construidas en un proceso de recuperación de tierras, donde se cultivaban diferentes tipos de vegetales y flores, recibían los beneficios del sistema de riego.

Aceptando todo esto, se puede pensar todavía en la importancia de las irrigadas chinampas en comparación con la cantidad de recursos (maíz, fríjoles, calabazas, le-

20. Sebastián Ramírez de Fuenleal, «Carta al Emperador, de fecha 1 de noviembre de 1532», *Colección de Documentos Inéditos*, 42 vols., vol. XIII, Madrid, 1864-1884, p. 254.

21. *Anales de Cuauhtitlan*, fol. 39.

22. Ángel Palerm, «Teorías sobre la evolución en Mesoamérica», en *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*, Theo R. Crevenna, ed., Washington, 1955, p. 79.

23. Palerm, «La base agrícola de la civilización de Mesoamérica», en *Las civilizaciones antiguas*, p. 177.

gumbres y otras variedades de productos agrícolas) obtenidos por Tenochtitlan como tributos procedentes de las múltiples ciudades y reinos conquistados. Es cierto que la construcción de los diques, acueductos y caminos facilitó enormemente la metrópoli azteca. Pero, ¿podemos decir que estos trabajos, una de las realizaciones claves del grupo dominante, justificaban su gobierno despótico sobre el resto de los mexicas?

Si insistiéramos en encontrar algo que, en términos del modo de producción asiático, pudiera describirse como una empresa impresionante y eficaz, tendríamos que mirar hacia otra parte. Los pipiltin, como hemos visto, habían forjado «su propia imagen» que, sobre todo, confirmaba su misión de mantener la vida de su propia era cósmica, del sol y la humanidad. Las ofrendas de sangre (reactualizando el sacrificio primigenio de los dioses cuando recrearon esta era cósmica) ayudaban a restablecer la energía divina, propiciando a los dioses, y obteniendo de ellos el don vital de las aguas. Cumplir este destino, el culto a los dioses, los sacrificios humanos y la lucha en las guerras para obtener cautivos e imponer el gobierno azteca, se convertían en las principales preocupaciones del grupo dominante. En este sentido, la erección y restauración de los templos (especialmente el gran conjunto de edificaciones sagradas en Tenochtitlan) y la organización y efectividad del ejército, sostenido por una compleja ideología, eran las realizaciones más importantes del grupo dominante de los mexicas. Otra serie de logros incluía la urbanización y el embellecimiento de sus ciudades, la organización administrativa, la creación de amplias rutas comerciales, la actividad de los mercados locales, la producción de artículos manufacturados (arte y artesanía), el mantenimiento de un sistema de educación y la difusión del náhuatl como *lingua franca* por toda Mesoamérica.

Como ya se ha afirmado, los macehualtin no sólo eran parte de familias extensas, sino que formaban además las unidades, de gran importancia, conocidas como calpulli. Estos organismos socioeconómicos eran comunes en Mesoamérica. Hemos citado ya alguna evidencia que sostiene la idea de que los miembros de los calpulli estaban vinculados por el parentesco, al menos en sus orígenes. Aunque algunos autores han tendido a considerar a los calpulli como una variedad de gremio o asociación, formada exclusivamente con fines económicos, los indicios más asequibles parecen indicar que en los calpulli mexicas predominaban las tendencias endogámicas.

Algunos calpulli se habían establecido como partes integrales de las ciudades grandes. Este era el caso de Tezcoco, Culhuacan y México-Tenochtitlan. En esta última, había más de cincuenta calpulli a la llegada de los españoles. Como veremos, los miembros de la mayoría de estos calpulli urbanos no cultivaban la tierra. Se dedicaban a otras formas de producción. En ellos, alcanzaron gran importancia grupos de artesanos, artistas y comerciantes. Existían otros calpulli, entre cuyos miembros se encontraban la mayor parte de la población de las ciudades pequeñas y de muchas aldeas dispersas. Algunas de esas ciudades, rodeadas por grupos de aldeas en un territorio de extensión variable, constituían un señorío. La nobleza local (con su correspondiente aparato administrativo) gobernaba estos pequeños estados. Durante la época de mayor expansión de los mexicas muchas de estas entidades, en la Meseta Central y en otras áreas de Veracruz, Guerrero, Oaxaca y Chiapas, estaban sometidas de varias maneras y obligadas al pago de tributos a los soberanos de México-Tenochtitlan. En algunos casos, las noblezas locales habían sido sustituidas

por pipiltin mexicas. En otros, se introducían distintas formas de compromiso. Los teteuctin (oficiales administradores) eran enviados a menudo con el objeto de dirigir la producción local en las ciudades y aldeas. Así, muchos calpulli de las zonas bajo dominio azteca eran «confiados» a un *teuctli* mexica. Este tipo de unidad socioeconómica constituía un *teccalli*. Su organización estaba estructurada para facilitar la exacción de tributos y servicios personales, directamente desde los calpulli más que a través del señorío conquistado.

Esta estructura impuesta no suprimía las características socioeconómicas en el interior de los calpulli. Cada uno tenía sus autoridades locales. Acerca de esto escribe Alonso de Zorita: «Dos principales en cada calpulli convocan al pueblo para organizar el pago del tributo o para obedecer las órdenes del gobernador [teuctli] u otros oficiales ... y ellos [los del calpulli] prefieren que sus «cabezas» (los principales) pertenezcan al mismo grupo ...».²⁴

Estos dos *calpulleque* (los que se encargaban de los calpulli), además de responsabilizarse de la subsistencia de su propia comunidad, tenían que hacer de intermediarios con los teteuctin. Los calpulli, de acuerdo con Zorita y otras fuentes, tenían sus propias instituciones locales: un sacerdote (o sacerdotes) a cargo del templo local; un *tlahcuilo*, «pintor de libros» o escribano, que guardaba los registros de propiedad de la tierra, tributos y otros hechos relacionados con la historia del grupo. Otras figuras clave en los calpulli eran el tesorero local (*calpixqui*), los jefes de las escuadras del calpulli y el consejo de ancianos.

La tierra era de posesión comunal entre los miembros de los calpulli. No obstante, hay que reconocer que «el verdadero propietario» de los recursos agrícolas, incluyendo la tierra y todo lo que estuviera relacionado con ella, era la unidad política a la que estaba sujeto el correspondiente calpulli. Había otros calpulli que poseían tierras. Con la excepción de los que se describieron como «calpulli urbanos», las gentes que vivían en los que carecían de tierras, tenían que trabajar como mayeque, «criados» o «trabajadores» que cultivaban las tierras de otros (principalmente de los pipiltin prósperos).

Los individuos que no eran pipiltin y vivían bajo cualquier circunstancia específica, puede afirmarse que pertenecían a un determinado calpulli. La totalidad de los miembros del calpulli (urbano, semiurbano y rural), formaban el estrato social de los macehualtin. Para la mayor parte de los macehualtin, su forma de vida suponía una economía de autosubsistencia dentro de su calpulli y la total obediencia a sus autoridades internas, al teteuctin y a otros oficiales de la administración, nombrados por el grupo dominante. En resumen tenían que pagar tributos, servir en el ejército y realizar una variedad de distintos servicios personales al estado. Estos incluían los trabajos en la construcción de templos y palacios o en otras obras públicas, o sirviendo como cargadores que transportaban mercancías a lugares lejanos.

En los tiempos difíciles, las condiciones de los macehualtin empeoraron en muchos aspectos. Así, por ejemplo, durante las hambrunas tenían que venderse a menudo ellos mismos o a sus hijos, como *tlatlacotin*, término que los españoles tradujeron como «esclavos». Sin embargo, en Mesoamérica la esclavitud era muy diferente de la que existía en el Viejo Mundo. En la época de los mexicas, un esclavo era vendido por un tiempo limitado; el propio esclavo o sus parientes podían obtener su res-

24. Zorita, *Breve y Sumaria Relación*, p. 30.

cate. Los hijos de los esclavos no se consideraban esclavos. Por otra parte, ser esclavo suponía el riesgo de ser escogido para un sacrificio humano, porque su dueño tenía el derecho de ofrecer a sus esclavos en esos rituales.

Resumiendo: el modo de vida de los macehualtin difería radicalmente del de los pipiltin. Las relaciones de estos últimos con los recursos naturales disponibles, su participación en la producción y en los frutos obtenidos de ésta, su función en la administración pública y sus privilegios contrastan fuertemente con el status del pueblo, los plebeyos, a menudo descritos como los «pobres miserables» macehualtin.

Es difícil el estudio de la economía azteca debido a la escasez de fuentes que podrían permitirnos una cuantificación de los elementos y las fuerzas que intervienen en la producción. No existe acuerdo sobre la población total que comprendían en México Central, los territorios de los actuales estados de Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Colima, Jalisco, Guerrero y Veracruz. Cálculos recientes la hacen oscilar entre los 12 millones y los 25 millones.²⁵ Tampoco hay acuerdo en cuanto al número de personas que estaban incluidas en cada campo de producción, en las distintas regiones, ciudades, aldeas, etc.

Por otro lado hay al menos una evidencia segura acerca de las principales formas de especialización de las fuerzas de trabajo. Así, sabemos que había una división del trabajo de acuerdo con el sexo. Las labores agrícolas y la mayor parte de la producción artesanal recaían sobre los hombres. Las mujeres tenían asignadas las labores domésticas, que incluían trabajos tan pesados como la elaboración de la masa para las tortillas (tortas de maíz), que requerían muchas horas de trabajo sobre la piedra de moler (el *metate*). Hilar y tejer eran también tareas de la mujer. Así mismo conocemos otros tipos de especialización, por ejemplo, la pesca y la minería, la construcción (albañiles, canteros, carpinteros y pintores) y las manufacturas (alfareros, cesteros y curtidores). Había una amplia gama de artesanos que producían objetos utilitarios como el papel, herramientas de piedra y madera, canoas o artículos de lujo, principalmente para los nobles y los sacerdotes. Entre los últimos había orfebres, escultores, joyeros de oro, y los célebres tlahuilo o «pintores de libros». Debe recordarse que, en tanto que existían estas especializaciones, la gran mayoría de los macehualtin dedicaba la mayor parte de su tiempo a la tierra.

La información acerca de los recursos naturales en que se basaba la economía de los mexicas adolece de la misma clase de limitación que la que se refiere a los recursos humanos. Aunque algunas fuentes proporcionan datos cuantitativos, éstos son en general meramente descriptivos. Por ejemplo, en relación a las tierras dedicadas a la agricultura, aunque se hayan dado a veces algunas cifras, resulta más común encontrar descripciones sobre su tipo y usos. *Atoctli* era un término usado para describir a la tierra que tenía suficiente agua y era de gran valor para la agricultura, mientras que *cuauhtlalli*, «tierras de árboles», indicaba la presencia de residuos vegetales o tierra de mantillo. En las áreas bastante limitadas que se beneficiaban del agua y las materias orgánicas, el cultivo de los productos básicos —maíz, frijol, calabaza y chile— naturalmente fue muy próspero. Había también otras tierras que se destinaron para un uso especializado, como las denominadas *xochimilpan*, dedica-

25. Véase la «Nota sobre la población nativa de América en vísperas de las invasiones europeas», pp. 120-121.

das al cultivo de flores. De una u otra forma, durante el gobierno de los mexicas la variedad de territorios incluía tierras cultivables que servían para producir plantas usadas en medicina, y otras para alimentación, o para árboles que proveían la madera necesaria para la construcción. La población animal incluía especies acuáticas en lagos y ríos y otras que se obtenían para alimentarse, bien por medio de la caza o criando especies selectivas, como en el conocido caso del pavo. La ausencia de otros animales domésticos (con la excepción del perro) era, en gran medida, un obstáculo para el desarrollo de una tecnología más eficaz. Como no había ni animales de carga ni otros que pudieran servir para el tiro, el uso de la rueda estaba limitado a algunos juguetes.

En Mesoamérica, los metales conocidos eran: el oro, la plata, el cobre, el zinc y probablemente, en menor grado, el plomo. Otros de los minerales que se utilizaban eran el cinabrio (sulfato de mercurio) y la calcita (carbonato cálcico), así como tintes minerales, piedras semipreciosas y otras clases de piedras.

Los mesoamericanos, a pesar de sus creaciones en el arte y otras como sus cómputos calendáricos, no sobresalieron como productores de herramientas. No obstante, los instrumentos que empleaban eran, en muchos sentidos, razonablemente adecuados. Incluían utensilios hechos de piedra, como martillos, cuchillos, raspadores, morteros, piedras de moler y otros instrumentos de una gran variedad de formas. Otros se hacían en hueso, tales como anzuelos, agujas y herramientas para trabajar el cuero. La madera se utilizaba para hacer martillos, flechas, dardos, mazas y la *coa* (trozo de madera aguzado al fuego en uno de sus extremos), instrumento para cavar, usado en la agricultura. Más tarde, cuando se practicó ya la metalurgia, se producían hachas de cobre, azadas, punzones, cuchillos y diversas armas.

Las técnicas agrícolas eran variadas. Además de los cultivos estacionales en los que a veces se empleaban varios tipos de fertilizantes, las sociedades mesoamericanas hicieron uso de los sistemas de irrigación, de terrazas y, sobre todo, en la región central, se introdujeron las conocidas chinampas, generalmente denominadas «jardines flotantes». Eran estructuras artificiales hechas de juncos, recubiertas de un limo fértil, y ancladas a los lechos de los lagos con postes de madera. Se plantaban sauces en las chinampas para mantenerlas sujetas en su lugar. En el suelo extraordinariamente fértil de las chinampas, los mexicas cultivaron flores y hortalizas en abundancia.

El estudio de libros indígenas tales como la *Matrícula de Tributos* y el *Código Mendoza* nos permite apreciar la cantidad de mercancías que los calpulli sometidos (la unidad básica de producción), las ciudades y estados (considerados como unidades económicas más amplias) entregaban a los soberanos de Tenochtitlan. No es sorprendente que los mexicas, para obtener el pago rápido y preciso, desarrollaran un aparato administrativo bastante complejo.

Otros elementos de capital importancia en la economía del antiguo México fueron los mercados y el comercio desarrollado por los *pochtecas* o comerciantes. Impresionados, algunos conquistadores nos han proporcionado en sus crónicas una estampa del principal mercado de Tlatelolco, la ciudad que fue incorporada a Tenochtitlan. La mayoría de los productos que se ofrecían en el mercado eran traídos a la metrópoli azteca por los comerciantes o como tributos. Al mismo tiempo,

los mexicas exportaban productos manufacturados. Un factor que contribuyó de manera significativa a la expansión del comercio fue la necesidad de satisfacer las crecientes demandas de una nobleza cada vez más enriquecida y una vida religiosa extraordinariamente complicada.

Los pochtecas, que, como plebeyos, pertenecían a los calpulli, pronto se dieron cuenta de la importancia de sus funciones. Transformaron su organización en una entidad social, comparable a un gremio. Cada uno tenía su director o jefe (denominados *pochtecatlatoque*, «jefes de los pochtecas»), así como varias categorías de miembros. Entre estos últimos estaban los *oztomecas*, que conocían bien las regiones lejanas y hablaban sus lenguas. Existían 66 clases diferentes de mercaderes, que abarcaban el comercio de esclavos, metales preciosos, tabaco, cacao, animales, papel, trigo y otros productos.²⁶

Además de comprar y vender, los mercaderes también realizaban varios tipos de contratos y préstamos para hacer posibles sus negocios. El soberano y los miembros de la nobleza, así como algunos de los mercaderes mejor establecidos (incluidas algunas mujeres) hacían contratos de préstamo con aquellos que viajaban a zonas alejadas. Así, un texto en náhuatl refiere la ocasión en que el rey Ahuitzotl concedió 1.600 mantas de varios tamaños, como préstamo a los comerciantes que iban a la costa del Pacífico. La mención de las pequeñas mantas, llamadas *cuachtli*, se refiere a un tipo especial de símbolo de intercambio. En realidad, había mantas de varios tamaños, consideradas como una clase de símbolo monetario, en cuanto que favorecían la riqueza y la autoridad de los huey tlatoani aztecas. Se hacían asimismo préstamos en forma de pequeños tubos rellenos de oro, y sacos de cacao de varios tamaños.

La administración de los mercados y el establecimiento de normas de intercambio eran dos importantes funciones de los mercaderes. Por otra parte, el cronista Ixtlilxochitl nos relata que entre los cuatro consejos supremos del gobierno, «el cuarto consejo era el del Tesoro, en el que se reunían todos los administradores del soberano y algunos de los mercaderes más importantes de la ciudad, para discutir sobre las cuestiones económicas y los tributos reales».²⁷ Actuando como consejeros económicos del gobernante supremo, no es sorprendente que los mercaderes adquirieran numerosos privilegios, que les equiparaban a los miembros de la nobleza. Además de tener sus propios tribunales, recaudaban tributos, comerciaban en nombre del rey, y hacían de espías en las regiones alejadas. Gracias a ellos, el comercio y la economía se expandió vigorosamente y contribuyó al florecimiento de las instituciones religiosas y culturales. A la inversa, el desarrollo religioso y cultural ejerció una influencia considerable en toda la sociedad, incluyendo la economía.

La religión predominante en México-Tenochtitlan en la época de la conquista española era el resultado de un largo proceso de fusión y síntesis. No obstante, estaba lejos de ser un conjunto de elementos heterogéneos, pues los sacerdotes habían

26. Se recoge una abundante información sobre el *Pochtecaoytl* o comercio en el Libro IX del FC. Véase también Bente Bittman y Thelma D. Sullivan, «The Pochteca», en *Mesoamerican communication routes and cultural contacts*, Provo, Utah, 1978.

27. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Obras históricas*, 2 vols., vol. I, México, 1891-1892, pp. 211-218.

trabajado mucho para conferirle un orden funcional que incorporase la visión del mundo y los ideales de los mexicas.

En el universo no había existido sólo una época o edad, sino varios períodos consecutivos. La «fundación de la tierra» había tenido lugar miles de años antes. Habían existido cuatro soles. Durante esas edades o «soles», varios procesos de evolución habían producido formas de seres humanos, plantas y sustancias alimenticias. Las cuatro fuerzas primordiales (tierra, aire, agua y fuego), con una curiosa similitud con el pensamiento clásico, habían regido esas edades, hasta la aparición de la quinta y presente época, la del «Sol de Movimiento».

Posiblemente, a partir de cultos referidos al sol y a la tierra, se desarrolló la creencia en un padre que lo había engendrado todo y una madre universal. Sin perder su unidad, según se ve en el hecho de que los himnos sagrados siempre invocaban en singular dicha deidad, ésta era conocida como *Ometeotl*: «el Dios Dual», Señor y Señora de Nuestra Carne, *Tonacatecuhtli* y *Tonacachuatl*, quienes habrían engendrado cuanto existe, en una prodigiosa unión cósmica.

El Dios Dual era además «Madre de los dioses, Padre de los dioses». En la primera manifestación de su propio ser habían nacido sus cuatro hijos: los «Espejos Humeantes», el blanco, negro, rojo y azul. Estos dioses constituirán las fuerzas primordiales que ponen al sol en movimiento e introducen la vida en la tierra. Asimismo fueron responsables de las cuatro anteriores destrucciones cíclicas del mundo.

Aunque se tenía anunciado un cataclismo como destino final de esta edad, la quinta, los mexicas no habían perdido el interés por la vida. Por el contrario, tal amenaza los alentaba de modo notable. Puesto que el sacrificio primordial de los dioses había dado origen y puesto en marcha al sol, sólo a través de los sacrificios humanos se podría proteger a la edad presente. Los mexicas, «pueblo del sol», recibieron la misión de proporcionar a sus dioses la energía vital, hallada en el precioso líquido que permitía vivir al hombre. El sacrificio y el ceremonial de guerra, con el objeto de obtener víctimas para los sacrificios rituales, eran el centro de las actividades, la esencia misma de su vida personal, social, militar y política.

Existen evidencias de que los sacrificios humanos se realizaban en Mesoamérica antes de los mexicas, pero aparentemente nunca se habían producido en tales cantidades. Si los pipiltin mexicas creían que su misión era mantener, así, la vida del sol, también se dieron cuenta de que gracias a la guerra obtendrían sus víctimas y extenderían su dominio, satisfaciendo así mismo sus crecientes demandas económicas.

También se describen en las fuentes otras formas de culto dedicadas a los muchos dioses que los mexicas adoraban. Un lugar muy especial estaba reservado a los ritos y ceremonias en honor de la Diosa Madre, invocada con numerosos títulos, entre los que el más genérico era *Tonantzin*, «Nuestra Reverenciada Madre». La importancia de la *Dea Mater* de los mexicas (y los mesoamericanos, en general) fue claramente percibida por los misioneros españoles, algunos de los cuales no descartaban la posibilidad de una síntesis entre el concepto precolombino y las creencias referidas a la Virgen María. Un buen ejemplo es la Virgen de Guadalupe, cuyo santuario fue construido donde estaba antes el de *Tonantzin*.

Los libros indígenas y las transcripciones de textos hechas en el siglo XVI, de numerosos relatos, himnos y otras composiciones en lenguas indígenas, conservadas

por la tradición oral, son los depositarios de las literaturas mesoamericanas. En ellas encontramos mitos y leyendas, himnos rituales, gran variedad de poemas, discursos, crónicas y relatos históricos, los orígenes de una especie de teatro, doctrinas religiosas y proclamas del gobierno. A través de estos textos, se puede alcanzar una imagen de la vida cotidiana, no sólo de los mexicas sino de otros muchos pueblos. El siguiente himno habla del Dios Dual:

En el lugar del mando,
 en el lugar del mando, gobernamos,
 es el mandato de mi Señor Principal.
 Espejo que hace aparecer a las cosas.
 Ya van, ya están preparados.
 Embriágate, embriágate,
 obra el Dios de la Dualidad,
 el Inventor de los hombres.
 Espejo que hace aparecer las cosas.²⁸

En ocasiones, las palabras de los sabios declaran sus creencias, pero con frecuencia, también sus dudas. Reconocen que la vida sobre la tierra es transitoria y que, al final, todo desaparece. El siguiente es un ejemplo de estas formas más personales de composición poética:

En verdad, ¿vivimos en la tierra?
 No para siempre en la tierra, sólo por poco tiempo aquí.
 Aunque sea de jade, se romperá.
 Aunque sea de oro, se quebrará.
 Aunque sea de pluma *quetzal*, se hará pedazos.
 No para siempre en la tierra, ido por poco tiempo aquí.²⁹

En vísperas de la invasión española, México-Tenochtitlan, la metrópoli azteca, era el centro administrativo de un complejo conglomerado político y socio-económico. Varios autores, al describir la naturaleza política de esta entidad, ha empleado términos como imperio, reino o confederación de señoríos, e incluso de tribus. La mayoría de los antiguos estados de la Meseta Central (como los de Chalco-Amaquemeca, Cuitláhuac, Xochimilco, Coyohuacan y Culhuacan) y muchos otros en las zonas de Hidalgo, Morelos, Guerrero, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas reconocieron el dominio azteca. Todos estaban sometidos de diferentes maneras a la metrópoli mexicana. No obstante, incluso en los casos en que los mandatarios locales continuaban gobernando, reconocían a México-Tenochtitlan como la metrópoli central, desde donde emanaban las órdenes y las exacciones, que incluían el pago de los tributos y diversos servicios personales, como la «protección» de las rutas comerciales. Los dioses tutelares de los señoríos dominados compartían la suerte de sus pueblos. En México-Tenochtitlan existía un templo, el *Coateocalli*, o «casa común de los dioses», en donde se guardaban los dioses tutelares de las

28. *Historia Tolteca-Chichimeca*, Manuscritos Mexicanos 46-58 bis, Bibliothèque National, París, fol. 36.

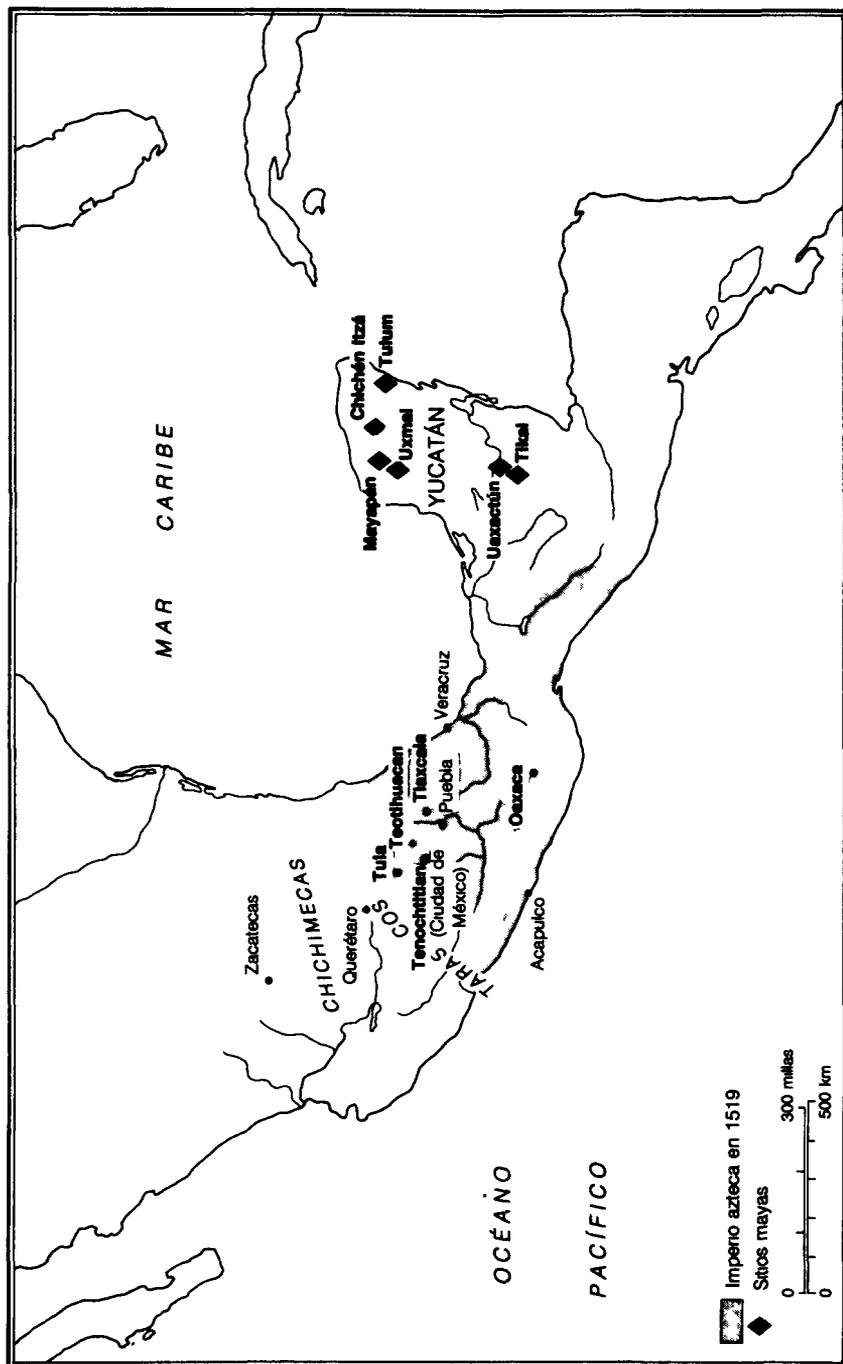
29. *Colección de canciones mexicanas*, Manuscritos aztecas conservados en la Biblioteca Nacional de México, fol. 17.

ciudades y provincias sometidas: eran considerados como «cautivos divinos». Sus destinos, *tonalli*, (como en el mito de Huitzilopochtli, quien incorporó a su propio ser los destinos de los Cuatrocientos Guerreros del Sur), pronunciaban el futuro augurado al «pueblo del sol». Por otra parte, el idioma náhuatl se convirtió en la *lingua franca* en una gran extensión de Mesoamérica. Los que hablaban las lenguas otomí, mazahua, matlatzinca, tepehua, totonaca, tlapaneca, mazateca, mixteca, zapoteca, y otras, como chontal, tzeltal, y tzotzil, tenían que emplear a menudo la lengua de los gobernantes de Tenochtitlan.

Al mismo tiempo, había señoríos que consiguieron resistir la penetración de los mexicas. Este era el caso de los purépechas o tarascanos de Michoacán y de los tlaxcaltecas de la Meseta Central. Estos últimos, en especial, habían generado un odio profundo hacia los mexicas, con los que se vieron obligados a luchar en las célebres «Guerras Floridas», cuyo objeto era hacer provisión de víctimas para el sacrificio al Sol-Huitzilopochtli. Más allá de los territorios de influencia directa de los mexicas, en las regiones septentrionales y meridionales del actual México, un gran número de pueblos conservaron sus propias y características formas de cultura. En el sudeste, perduraron las gentes de lengua y cultura mayas (en Campeche, Yucatán, el Petén, Guatemala y Honduras), así como otras de lengua náhuatl (en El Salvador y Nicaragua). En el noroeste, fuera de los límites de Mesoamérica, se había establecido buen número de pueblos que hablaban otras lenguas utoaztecas, entre ellos, los coras, huicholes, tepecanos, tepehuanos, mayos, yaquis, tarahumaras, pimas y opatas. La mayoría de estos grupos vivían en aldeas, como agricultores sedentarios. Sus modelos culturales pueden compararse con los de los habitantes de Mesoamérica central, durante el período del Preclásico Medio.

Grupos mucho menos evolucionados vivían en las zonas contiguas al norte de la Meseta Central y al nordeste de Mesoamérica. Los mexicas conocían genéricamente a todos los habitantes de estas regiones como los teochichimecas, es decir, los auténticos chichimecas, los «pueblos errantes del arco y la flecha». Se ha apuntado a menudo que los teochichimecas no tenían ni poblados, ni casas, ni campos cultivados. En realidad, eran temibles *popolocas*, designación que encerraba un significado muy parecido al de «bárbaros». En pasado lejano (durante el período tolteca y posiblemente también en el período Clásico), los mesoamericanos habían extendido su influencia más allá de los territorios que habían pasado a ser posesión de los teochichimecas. En los tiempos de México-Tenochtitlan no se registra ningún intento de expansión hacia el norte. Quedó para los españoles (auxiliados por tlaxcaltecas y mexicas) conquistar y ocupar la inmensa extensión de los territorios que se encontraban más allá de Mesoamérica.

Así, un mosaico de pueblos, con culturas y lenguas distintas, poseían la tierra donde Hernán Cortés y sus 600 hombres iban a desembarcar más tarde. El conquistador conocería pronto la existencia de los mexicas. Le habrían llegado referencias a través de los mayas de Yucatán, los chontales de Tabasco y los totonacas de Veracruz. A través de estos últimos, y especialmente luego por medio de los tlaxcaltecas, Cortés se informó del poder y la riqueza de la metrópoli azteca y de sus gobernantes, concretamente Moctezuma II. En sus escritos (y en los de otros «soldados-cronistas») pueden encontrarse numerosas referencias a los aspectos más evidentes de las estructuras políticas, religiosas y socioeconómicas que sostenían la grandeza de los mexicas. Aunque a veces superficiales o erróneos, los comentarios



Mesoamérica antes de 1519

de los conquistadores españoles coinciden en varios puntos con lo que nos revelan fuentes indígenas y las recientes investigaciones arqueológicas. Los españoles verdaderamente comprendieron que, en medio de este mosaico de pueblos, culturas y lenguas, los mexicas destacaban como los creadores y gobernantes de una compleja entidad política, con tantos contrastes dentro como fuera de su gran metrópoli. Por una parte, se encontraban con los ricos y poderosos pipiltin, a cuyo servicio estaban los macehualtin; por otra, existían diferencias radicales entre los tlatoque mexicas que gobernaban en muchas ciudades y provincias sometidas a Tenochtitlan y los obedientes y desposeídos pipiltin y macehualtin de los pueblos bajo la dominación azteca. Cortés comprendió pronto la situación. Al lado de la magnífica metrópoli azteca (que visitó como invitado en 1519) estaban las realidades impuestas por el imperio mexica. Conoció el odio profundo que los totonacas, tlaxcaltecas y muchos otros grupos y tribus profesaban a los mexicas. Se aprovechó de esto y, sin reparar del todo en ello, jugó un papel clave en el último capítulo de la historia de la Mesoamérica autónoma. Los enemigos de Tenochtitlan creían que los españoles les iban a favorecer. Con esta creencia lograron vencer a los mexicas, ignorando por un momento que sus aliados exteriores eran los únicos que se beneficiarían de tal victoria. El nuevo orden español —político, religioso, socioeconómico— implantado, inexorablemente habría de afectar por igual a mexicas, tlaxcaltecas y al resto de los pueblos mesoamericanos.

Capítulo 2

LOS INDIOS DEL CARIBE Y CIRCUNCARIBE A FINALES DEL SIGLO XV

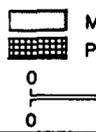
A finales del siglo xv, las tierras que bordean el mar Caribe estaban densamente pobladas por pueblos con organizaciones sociales de rango y jerarquía diferente, que reflejaban distintos grados de complejidad social. Entre estas formas de organización política, se pueden encontrar dos esferas principales de interacción política. El centro de una estaba en la mitad septentrional de Colombia, junto con la baja Centroamérica (Panamá y Costa Rica) y el norte de Venezuela, como extensiones regionales hacia el oeste y el este, respectivamente. El centro de la otra lo constituían las islas de La Española y Puerto Rico en las Grandes Antillas, además de Jamaica y Cuba. Geográficamente situados entre estas áreas de gran desarrollo político, y en algunos sentidos vinculados a ellos culturalmente, se encontraban los pueblos de las Pequeñas Antillas, el nordeste de Venezuela y los llanos venezolanos, al norte y al oeste del río Orinoco, cuyas organizaciones eran menos complejas. En la periferia de los territorios circuncaribeños, es decir, en el este de Nicaragua y Honduras, en el delta del Orinoco, y en pequeñas zonas de Cuba y La Española, unas pocas sociedades seguían existiendo con un bajo nivel de desarrollo cultural, de tipo tribal.

Las diversas categorías de sociedades del área circuncaribe se componían de dos sectores sociales, élites y plebeyos, relacionados jerárquicamente. El carácter hereditario de la pertenencia a uno u otro sectores, junto con las distinciones añadidas por su status social, se acreditaban especialmente entre los miembros de las élites, confiriendo derechos diferenciales, obligaciones y privilegios a los individuos y grupos. Por ejemplo, las personas de alto rango tenían bajo su control aspectos exclusivos de la producción, distribución y consumo de los recursos. Supervisaban las relaciones sociales dentro de su grupo con periódicas advertencias públicas y autorizando sanciones por faltas graves. Estaban al mando de los escuadrones de guerreros en la lucha contra los adversarios exteriores. En cuanto a esto, las actividades de la élite ayudaban a unir a todos los miembros de la sociedad en una sola unidad política; posiblemente, también dentro de un conjunto económicamente integrado.

Sin embargo, otros aspectos del comportamiento de la élite acentuaban las distinciones entre plebeyos, y de éstos con las clases superiores. Particularmente significativo en este contexto, eran los más exclusivos o esotéricos intereses y prácticas, asociados a la adquisición y expresión de la autoridad y el poder de la élite. La



Los indios del Caribe y Circuncaribe a finales del siglo XV



búsqueda del poder y la autoridad se dirigía con frecuencia hacia el contexto de lo sobrenatural, por medio de impresionantes contactos con las divinidades y las fuerzas sagradas en lejanos reinos sobrenaturales, que transmitían una análoga aura de sacralidad y supremacía al soberano. Es probable que los reyes también buscaran contactos de prestigio, comparables a los que se efectuaban con lo sobrenatural, para igualarse con otros reyes «sagrados» que vivían en regiones remotas, geográficamente hablando, que eran en virtud de su distancia, asimismo tierras «sagradas».¹

Los contactos con lugares y pueblos lejanos, geográfica y sobrenaturalmente, así como el conocimiento y poder superior que transmitían, se dotaban de expresión material gracias a los diversos privilegios que la élite se apropiaba. Entre éstos se encontraban el derecho a exhibir objetos «lujosos», a menudo raros y valiosos, en forma de adornos personales, que solían proceder de reinos «sagrados», geográficamente lejanos. Las élites y, en especial, los jefes, vestían tejidos excepcionalmente finos, eran transportados en literas y algunas veces empleaban «lenguajes» distintos de la lengua vernácula. Durante su existencia vivían apartados del pueblo llano, en centros o recintos de élite, amplios y decorados primorosamente; y a su muerte, eran enterrados en tumbas ricamente surtidas con artículos de élite, incluyendo con poca frecuencia, algunos criados o esposas que se sacrificaban. Los intereses y las actividades de la población común, por el contrario, estaban más localizados espacialmente, y se referían más bien a los asuntos mundanos de la subsistencia diaria y el bienestar del grupo familiar. Sus ornamentos eran mucho menores, sus casas menos cuidadas y sus entierros más sencillos que los de sus señores.

La variedad cultural que caracterizaba a toda el área circuncaribe se reflejaba a menor escala en las complejas culturas de las regiones que la constituían. Colombia es un caso muy importante en este aspecto. Hacia el año 1500 d.C. la diversidad de organización en las numerosas sociedades avanzadas distribuidas a lo largo de sus tres cordilleras andinas y las tierras bajas del Caribe se podía equiparar únicamente con la topografía y fisiografía heterogéneas del propio país.

Los niveles más altos de desarrollo político y de influencia regional los alcanzaban un grupo de unidades políticas, incluidas las de los muiscas o chibchas, situadas en las cuencas de las tierras altas de la Cordillera Oriental; las de los denominados pueblos tairona, situados en toda la costa del Caribe y en las inmediaciones de la Sierra Nevada, de Santa María, en el extremo nordeste de Colombia; y las de los cenúes asentados en el norte de las sabanas colombianas. Posiblemente, la jefatura de Dabeiba, situada al norte de la Cordillera Occidental, junto con algunas de las comunidades quimbayas de las laderas occidentales de la Cordillera Central, en el curso medio del río Cauca, también mantenían posiciones claves en la influencia regional, aunque el grado de elaboración política que las sociedades de Dabeiba y Quimbaya alcanzaron no fuera tan elevado como el que habían conseguido los muiscas, los cenúes y los taironas. Indudablemente, existían otras unidades políticas que tenían una importancia comparable a éstas, como las tamalameques, en algún lugar del río César, en el curso bajo del río Magdalena, no lejos de su confluencia de los ríos César y Tamara.

Rodeando a estas unidades políticas focales, que tenían la mayor complejidad po-

1. La relación entre distancia sobrenatural y geográfica la trata también Mary W. Helms, *Ancient Panama: chiefs in search of power*, Austin, Texas, 1979.

lítica o influencia regional, se encontraban sociedades relativamente menores, con frecuencia bastante militarizadas, y, aunque menos complejas, sus jefes habían hecho que su prestigio y autoridad procedieran, en gran parte, de su compromiso con las redes de asociaciones de élite que tenían su centro en las unidades focales. Al menos en una región, más bien apartada, en el curso medio del río Magdalena, las sociedades avanzadas estaban aparentemente ausentes, quizá debido a la incapacidad de los jefes de las tribus locales para lograr una interacción efectiva entre las redes de asociaciones que sustentaban la alta posición de las élites políticas en otra parte.

La influyente posición que ocupaban los gobernantes de los muiscas, los taironas y los cenúes, junto al prestigio adquirido por los señores de Dabeiba y la mayor organización política de los quimbayas, fue alcanzado, en parte, por el acceso de estos jefes al gobierno y control de ciertos recursos escasos y muy valiosos, ya fueran naturales o elaborados, cuando eran altamente apreciados por las élites en todo el territorio, y, por consiguiente, se distribuían ampliamente a través de las redes de asociaciones elitistas. Así, por ejemplo, las propiedades de los muiscas en las tierras altas comprendían minas de esmeraldas, y los dominios costeros de los taironas daban finas conchas marinas. Los conquistadores españoles encontraron esmeraldas muiscas en Tairona, mientras que las conchas de Tairona servían de adorno a los lejanos jefes muiscas, quienes las colgaban ante las puertas de sus recintos residenciales. Los muiscas, cenúes y taironas fueron célebres, además, por sus finos tejidos y las delicadas piezas de oro y tumbaga realizadas por hábiles especialistas que trabajaban para las élites. Estos artículos se distribuían ampliamente, como sucedía con la sal que los muiscas extraían de los manantiales de las tierras altas y los taironas y cenúes obtenían de las fuentes costeras. Asimismo, el señor de Dabeiba era conocido por las piezas de oro que se realizaban en su centro de élite, y que se distribuían por redes especializadas hasta lugares tan alejados como Panamá. De modo parecido, el reino de Quimbaya disponía de yacimientos de oro y manantiales salinos; los artesanos quimbayas eran muy hábiles tejiendo y, probablemente también, en la metalurgia. Una vez más, la sal, los textiles y los objetos de oro y tumbaga se intercambiaban con los pueblos vecinos y con los grupos más lejanos.

Los señores de pequeños dominios que estaban situados en torno a estas unidades políticas focales eran atraídos por la red de intercambio establecida por la élite, en varios sentidos. En algunos casos, eran capaces de introducir un recurso vital como la sal dentro del flujo de distribución, recibiendo como contrapartida valiosos artículos de élite producidos en otros lugares. Por otra parte, estos señores de menor entidad dirigían la producción local de materias primas exigidas por los artesanos de los principales centros de élite. Los tejedores muiscas de las tierras altas, por ejemplo, dependían del algodón en rama que los pueblos no-muiscas cultivaban en la tierra templada y la tierra caliente de las zonas más bajas de la Cordillera Oriental y el curso medio del río Magdalena; estos cultivadores cambiaban las materias primas locales por productos acabados procedentes de las tierras altas. Asimismo, el pueblo llano de algunas comunidades quimbayas producía algodón en rama, mientras que otros grupos quimbayas eran especialistas en hilar y tejer. Los orfebres muiscas adquirían el metal en bruto en los pueblos mineros situados más al sur, en el curso alto del río Magdalena, a cambio de sal, tejidos y esmeraldas. En Dabeiba, situada en las tierras bajas de Cenú y en Quimbaya, los metalúrgicos adquirían gran parte de su oro en bruto de los caciques que tenían bajo su control las

célebres minas de Buriticá, en la zona de Medellín, en la accidentada Cordillera Central, a cambio de piezas de oro, productos agrícolas, sal, tejidos textiles, pescado seco y esclavos capturados en las guerras, todo lo cual aumentaba indudablemente el poder de los señores locales.

Los registros dan fe de medios logísticos mediante los que los señores de los dominios más pequeños participaban en la extensa red de distribución de la élite. Por ejemplo, los señores locales controlaban un puente vital que cruzaba el río Cauca. En un punto del extenso camino que enlazaba las minas de Buriticá con los centros artesanos de élite de las tierras bajas del norte y exigían un peaje a quien deseara pasar por él.² Otros señores locales, especialmente los situados entre los principales centros de élites de las tierras altas y las tierras bajas, se beneficiaban del papel de intermediarios en el intercambio de mercancías procedentes de las montañas interiores y los productos de las tierras bajas. Varios asentamientos en los límites de diferentes zonas ecológicas o entre las principales cuencas fluviales servían como centros de intercambio, donde los representantes de las élites, a menudo denominados «mercaderes» en la literatura europea, llevaban los valiosos productos desde las montañas interiores y las tierras bajas de la costa e interior. Dichos centros de intercambio incluían a Tahami, en el río Cauca, cerca de la cuenca del río Magdalena, en donde las estribaciones de las montañas se dirigen a la confluencia con el río César, Sorocota en los límites septentrionales del territorio chibcha, cerca del curso medio del río Magdalena, e Ibaqué situado en las cumbres de la Cordillera Central, en donde los pueblos quimbayas del valle del Cauca se reunían con los emisarios del valle del Magdalena y el dominio de los muiscas. Es muy probable que los señores locales de estos lugares de intercambio se beneficiaron políticamente de estas operaciones de trueque, especialmente si garantizaban la «paz del mercado» (para que las zonas fronterizas pudieran ser lugares de guerra) para los que procedieran de cerca y de lejos, con objeto de intercambiar mercancías.

Aunque se han citado los términos «mercaderes» y «mercado», debe subrayarse que los contactos de las élites regionales y extrarregionales que han dado expresión material al intercambio de recursos valiosos tuvieron tanta importancia, o incluso más, política e ideológica como económica. A muchos de los artículos escasos y valiosos que se intercambiaban, no sólo las esmeraldas, las piezas de oro y los tejidos finos, sino también otros productos como la sal, el pescado seco y los esclavos capturados en la guerra, se les añadía un simbolismo político y religioso que denotaba el carácter sagrado, la eficacia y la autoridad de la jefatura. Existen pruebas de que el trabajo en las minas de oro y esmeraldas se consideraba como una actividad sagrada, que exigía un ritual preparatorio; la actividad en los telares se consideraba también en el mismo sentido. Además, en los centros de élite como Dabeiba, las capitales cenúes de Finzenu y Ayapel, Guatavita en el reino suvisca y en muchos otros, los lugares residenciales destinados a los jefes y sacerdotes, y los centros artesanales en donde se elaboraban artículos suntuarios estaban directamente relacionados con los santuarios o templos. Estos sitios también se utilizaban como lugares de peregrinación o como metrópoli de las élites. Por último, para completar esto, en las cosmologías de las jefaturas, las distancias geográficas se relacionaban con

2. Luis Duque Gómez, *Tribus indígenas y sitios arqueológicos*, Bogotá, 1967, vol. II, pp. 207-208.

las distancias sobrenaturales —como ya se indicó en la introducción—, el significado sagrado se añadía a todos los artículos procedentes de regiones y pueblos muy alejados de un centro político dado, así como a todas las actividades que se relacionaban con éstos. Este tipo de factores prevenían contra una interpretación estrictamente económica de los intercambios precolombinos producidos a distancia.

Los dominios de los muiscas, los tairona y los cenúes, todos ellos densamente poblados y de una gran complejidad, se apoyaban en un sistema de subsistencia sumamente productivo, con una agricultura y pesca extensivas, y con la caza como una importante actividad suplementaria. Los altiplanos fértiles y bien regados, donde habitan los muiscas, producían una variedad de productos agrícolas, que comprendían la papa y la quinua, algunos de ellos crecían probablemente en los lechos que se cultivaban sobre el suelo de las cuencas secas para regular la humedad. En las laderas se habían construido terrazas o se cultivaba mediante técnicas de «roza y quema». Disponían de recursos acuáticos de gran riqueza, especialmente en peces y aves acuáticas de los ríos y las aguas estancadas, o pantanos, dispersos por todos los valles. Se construyeron estanques especiales para peces en los pantanos y también en los ríos. Los españoles comentaron la abundancia de venados en el territorio de los muiscas, aunque su caza era una actividad restringida a las élites.

Tanto la carne producto de la caza como la producción agrícola eran ofrecidas por los jefes de clanes locales y los grupos territoriales (*uta*) a los jefes de la comunidad, y de éstos pasaban a los señores de categoría más elevada, guardándose en almacenes (que también encerraban las armas y los productos suntuarios, como los objetos de oro) construidos en el recinto residencial del señor. Estos artículos alimenticios se destinaban a mantener a los sacerdotes y guerreros en servicio, y probablemente proporcionarían los comestibles para las ceremonias y fiestas. Además de los obsequios en forma de productos agrícolas, los plebeyos locales dedicaban servicios personales al señor local, cultivando sus campos y construyendo su recinto y lugar de residencia.

Los centros de población y los recintos ceremoniales de los dominios cenúes estaban situados cerca de los ríos principales que cruzaban las tierras bajas del norte próximas a las grandes ciénagas o lagos estacionales. Era característico que estuvieran rodeadas por la sabana cubierta de hierbas que, de vez en cuando, cedía ante las laderas de las colinas arboladas. Es probable que el sistema agrícola de «roza y quema» se practicara en estas laderas boscosas situadas en los márgenes de las sabanas. Posiblemente, un tipo de agricultura más intensivo y permanente se desplazó hacia las crestas de las colinas situadas al borde de las ciénagas, y en las contrapendientes de los diques naturales. Los ríos proporcionaban una extraordinaria riqueza piscícola, y tanto los ríos como las ciénagas contenían una diversidad inmensa de animales comestibles, acuáticos y terrestres, como tortugas, manatíes, caimanes, capybaras, pacas y pollas de agua. Las sabanas cubiertas de hierba albergaban venados, conejos, pecarís y pájaros. Esta abundancia de recursos servía para alimentar a la población que vivía en pequeñas comunidades dispersas por los interfluvios de la meseta, y la élite que habitaba los grandes centros artesanales y ceremoniales.

Los habitantes de las ciudades bien organizadas y los centros ceremoniales, con abundantes templos, de los taironas, solían disponer de acequias y canales de riego para surtir de agua a los campos, y también construían terrazas sobre bases de piedra que ocupaban muchos kilómetros de las laderas bajas de la Sierra Nevada de San-

ta María. La arboricultura, la caza y, especialmente, la pesca, se añadían a los productos agrícolas de que disponían en abundancia y diversidad.

A juzgar por los informes de los conquistadores, incluso las tierras de las comunidades de poca importancia, o relativamente menores, estaban muy pobladas y bien cultivadas, disponían de sistema de riego o de una agricultura de camellones altos. La pesca y la caza se citaban también como actividades productivas en la práctica totalidad de las regiones. En el valle del Cauca medio, por poner un ejemplo, el propio río y los pantanos adyacentes del cálido valle producían una pesca excelente, mientras que las laderas de las montañas, más frías, proporcionaban huertos probablemente permanentes y bien regados, próximos a las viviendas cómodas y bien defendidas, situadas cerca de arroyos y manantiales. Más lejos, en la parte de las laderas, se disponía de campos extensos, parcelas de árboles y una gran variedad de caza salvaje.

Los modelos culturales básicos y las formas políticas características de los Andes, en el norte de Colombia, y las tierras bajas del Caribe se encontraban también en la baja América Central (Costa Rica y Panamá) y al norte de Venezuela. A partir de la distribución de los objetos de oro y otros artículos suntuarios, se ha supuesto que las élites de dichas regiones establecían contactos a larga distancia con los centros de élite de las zonas de Colombia más próximas a sus territorios. En este sentido, puede considerarse a la baja América Central y al norte de Venezuela como parte de una compleja área de interacción política e ideológica que afectaba a los diversos sistemas de élite, en gran parte de América del Sur noroccidental y la baja América Central.

La estrecha franja de tierra que forman Panamá y Costa Rica contiene sierras interiores que descienden hacia las dos vertientes del Caribe y el Pacífico, diversificándose en importantes zonas de las tierras bajas costeras. Con frecuencia, el territorio bajo control de un jefe dado comprendía una estrecha zona de tierra centrada en uno o varios valles fluviales que se extendían desde las cimas de las montañas interiores a las tierras bajas del litoral. En algunos casos, estas tierras se dividían en un territorio montañoso sometido al control de un jefe, mientras que las partes inferiores de las laderas y las playas del litoral estaban bajo el mando de otro jefe. Las pruebas de que se dispone, indican que el dominio de un jefe tendía a incluir el territorio comprendido entre medio día y un día de viaje, desde el centro de poder.

A juzgar por los relatos de los españoles, el nivel más alto de complejidad en materia de organización que mostraban decenas de sociedades de rango, situadas en la baja América Central, se acercaba más al que alcanzaron en Dabeiba o en los dominios más extensos de Quimbaya, en Colombia, que las unidades políticas de los muiscas, los cenúes y los taironas, cuyos centros de élite eran mucho más complejos que cualquiera de los que se conocían en Panamá o Costa Rica. Más aún, no existen indicios de un sistema intensivo de riego o de técnicas agrícolas en campos de camellones, para América Central. En cambio, la horticultura realizada con bastones para cavar predominaba en las espaciosas tierras bajas y las laderas de las sierras. Sin embargo, hay algunas evidencias de que las mujeres y los niños capturados en las guerras se empleaban para trabajar en labores agrícolas. Si así fuera, incluso la agricultura de «roza y quema» pudiera haber sido notablemente productiva.

El resto de los alimentos se obtenían de las palmas pejivalle y otros árboles fru-

tales, y de la caza de animales salvajes terrestres y aves. Así, los peces de río y de mar, los manatíes y tortugas de mar eran muy abundantes. Realmente, los recursos acuáticos de los ríos y del mar, de una gran riqueza, eran tan fundamentales como la agricultura para alimentar a las considerables poblaciones de que hablaban los conquistadores. En la baja América Central no se recaudaba regularmente ningún tributo significativo, aunque se podían esperar las prestaciones de servicios personales y de trabajo cuando el jefe los requiriera, como en la construcción de edificios, en la agricultura, la pesca o la caza para el beneficio de aquél o en tiempo de guerra. En tales ocasiones, el señor distribuía los alimentos y las bebidas desde almacenes totalmente llenos de carne y pescado seco, productos agrícolas y bebidas fermentadas o «chichas».

En Panamá y Costa Rica, como en Colombia, puede distinguirse todavía un grupo de unidades políticas focales de gran influencia. Cada señor dominante en una región estaba apoyado sucesivamente por un *hinterland* político de élites aliadas o subordinadas cuyos vínculos con el gobernante central estaban reforzados por el matrimonio; la poliginia era común entre las élites, tanto allí como en Colombia. Los centros de élite de las unidades políticas focales estaban situadas en lugares estratégicos de las rutas comerciales más importantes, por donde se realizaban los contactos a distancia y se producía el intercambio de los productos de escaso valor. En Panamá, por ejemplo, el señor de la ciudad Darién, en el golfo de Urabá, recibía oro procedente de Dabeiba, a través del río Atrato. De modo parecido, el centro de élite de Comogre, situado estratégicamente en la sierra del Darién, en la cabecera del río Bayano y el río Chucunaque, recibía perlas y oro en bruto de las regiones costeras del Pacífico y del sudoeste de Panamá, a cambio de tejidos y esclavos capturados en las guerras. La capital de Veragua, cerca de la costa del Caribe al noroeste de Panamá, era otro centro activo de intercambio, en donde se elaboraban piezas de oro. En Costa Rica, los célebres señores de los llamados Guêtar oriental y occidental tenían bajo su control dominios situados estratégicamente en la «mesa central» o cerca, en el corazón montañoso de Costa Rica central, cerca del nacimiento de dos vías de comunicación importantes, el río Reventazan, que desemboca en el Pacífico, y el río Grande de Terraba, que se dirige al Pacífico.

Aunque gran parte del oro en bruto, perlas, tejidos y otros productos se intercambiaban entre las élites de la baja América Central, es posible que permanecieran en la región, algunos indudablemente desplazados hacia el noroeste de América del Sur, a través de los contactos realizados entre las élites regionales de Panamá y los señores de los centros cercanos de Colombia, tales como Dabeiba y Cenú. Los objetos de valor pertenecientes a la élite, incluidas las piezas de oro y los ornamentos de tumbaga los recibían los señores de la baja América Central, como recompensa. Este argumento se apoya básicamente en el hecho de que, aunque las cantidades de oro fundido y las piezas de tumbaga que se elaboraban ya eran conocidas desde el período precolombino en Panamá y Costa Rica, de éstos no había antecedentes registrados en el siglo XVI, claro indicio del conocimiento de unas complejas prácticas metalúrgicas, incluyendo aleación y vaciado, en Panamá y Costa Rica durante este período, todavía esta posibilidad no puede descartarse.³

3. Para un tratamiento más completo de la posición del autor sobre esta cuestión controvertida, véase Helms, *Ancient Panama*. Los documentos indican que el oro en bruto se podía conseguir

Tanto los modelos culturales como la topografía del norte de Venezuela eran distintos a los de la baja América Central. La Cordillera Oriental de Colombia se extiende por este territorio, penetrando en varias cadenas montañosas más pequeñas. Un recorrido, la Sierra de Perija, se extiende por la orilla occidental del lago Maracaibo, mientras un segundo, la Cordillera de Mérida o los Andes venezolanos, se prolonga al noreste, a lo largo del extremo Sur del lago y luego, bajo el nombre de Cordillera de la Costa, corre a la paralela a la costa caribeña del norte de Venezuela. Según los relatos del siglo XVI los Andes venezolanos y la Cordillera de la Costa eran las regiones más densamente pobladas del territorio. El pueblo llano formaba sociedades avanzadas cuya organización pudo haber sido más compleja que lo que nos indican los datos etnohistóricos, ya que el empleo masivo de esclavos que hicieron los europeos había reducido drásticamente la mayor parte de las sociedades del norte de Venezuela, a principios del siglo XVI.

En las zonas altas, las partes de «tierra fría» de los Andes venezolanos, se desarrolló una agricultura intensiva utilizando el sistema de terrazas y riego que junto con la caza, serviría para mantener una alta densidad de población. Los tejidos, la producción de sal y la artesanía de negrita y serpentina proporcionaban artículos suntuarios para el uso de la élite local y el intercambio regional con las tierras bajas próximas al lago Maracaibo. Tejidos y sal también facilitaron probablemente los contactos a distancia que proporcionaban la piedra en bruto para elaborar y terminar los pendientes de oro. Esta piedra procedía probablemente de zonas adyacentes de Colombia, fácilmente comunicadas por el río Espíritu Santo, pues todavía no existen pruebas claras de metalurgia en el noreste de Venezuela. Estas actividades, junto con los lugares sagrados y los complejos enteros indican un modelo cultural general y, posiblemente, un nivel de organización política comparable a los de las taironas al noroeste de Colombia.

En las laderas bajas de los Andes venezolanos, la «tierra templada», predominaba la agricultura trabajada con el azadón, además que el sistema de riego y los enterramientos eran más sencillos que en la «tierra fría». Aquí el nivel general de evolución política induce a compararlo con las jefaturas de Panamá que tenían una organización más modesta, o bien con las unidades políticas del valle de Cauca, en Colombia; con todo, es probable que las élites de estas regiones de baja montaña hu-

en la baja América Central y que el simple martilleo lo practicaban los artesanos en los centros regionales de Darién y Veragua, y en lugares de la Montaña cerca de Comogre. Se destaca también el proceso de baño en ácido al que sometían las piezas de tumbagos para lograr el enriquecimiento de sus superficies, proceso conocido como *mise-en-couleur*, pudiendo interpretarse como una evidencia del proceso de fundición. Sin embargo, el tratamiento superficial de las aleaciones por varios métodos tuvo un desarrollo distinto e independiente a la metalurgia de América del Sur y su uso en América Central no indica necesariamente el empleo de la fundición. Véase Heather Lechtman, «Issues in Andean Metallurgy», artículo leído en la *Conference on South American Metallurgy*, Dumbarton Oaks, Washington, 1975. Al mismo tiempo adviértese que los datos proporcionados desde principios del siglo XVII, prueba de la fundición de tumbaga en la región de Talamancan, sureste de Costa Rica, y otras muestras detalladas del siglo XVI permiten albergar la posibilidad de que en el centro regional de Talamancan se practicaba un tipo más complejo de metalurgia, durante los primeros años del contacto con los europeos. Véase el informe de Fray Agustín de Zevallos, en León Fernández, *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, París, 1986, vol. V, pp. 158-159. Además recientemente se ha encontrado un molde de fundición en Guanacaste, Costa Rica.

bieran alcanzado un status considerable, posiblemente obteniendo un beneficio político del papel de intermediarios que desempeña en el intercambio de los productos procedentes de las tierras altas y la tierras bajas entre los grupos de la «tierra fría» y los que habitaban en las llanuras del lago Maracaibo, o para las que residían en las laderas meridionales de las montañas entre los pueblos de la «tierra fría» y los grupos de los llanos venezolanos.

En torno al lago Maracaibo las principales actividades de subsistencia eran la pesca en el mismo lago, los ríos y lagunas adyacentes, junto con la agricultura y la caza en las llanuras lacustres y ribereñas tierras bajas próximas al lago. Aunque la caza, la pesca y recolección, y la agricultura eran actividades que se realizaban en diferentes grados por los distintos pueblos del lago y las regiones interiores, no obstante, existían una notable simbiosis económica entre los pescadores del lago y los agricultores de la llanura, así como entre estos grupos agrícolas y los pueblos montañoses de las sierras situadas al sur y al oeste.

Al parecer, al este del lago Maracaibo se desarrollaron numerosas sociedades avanzadas, a lo largo de la costa y paralelamente a las cadenas montañosas del norte de Venezuela, cuyas unidades políticas estarían compuestas por una franja de tierra ecológicamente variada que se extendería desde las montañas al mar, como solía suceder en Panamá. Los productos marinos eran abundantes y la agricultura de montaña utilizaría canales de riego. Numerosas ciudades fortificadas se situaban a lo largo de los bancos del río Yaracuy, que facilitaba la comunicación entre la costa y el valle regado de Barquisimeto, en el interior. Cerca de allí, el río Cojedes ofrecía a los pueblos de los llanos rutas para desplazarse al sur. Los artículos suntuarios de élite, incluyendo piezas de oro y perlas, indican que las redes de comercio a distancia que utilizaban las élites del norte de Venezuela alcanzaban, finalmente los llanos al sur, Colombia al oeste y la «Costa Perla» de Venezuela más allá hacia el este.

Los relatos de los españoles indican que las operaciones militares eran tan activas como el intercambio comercial en estas extensas regiones del norte de Venezuela. Allí, como en Colombia y la baja América Central, el militarismo producía cautivos que podían ser cambiados por otros objetos de valor, como la sal o la coca, y que también podían servir como trabajadores para la comunidad conquistadora. El significado económico de esta mano de obra añadida no está aclarado del todo, pero la productividad agrícola pudo sin embargo haber aumentado significativamente. Los datos disponibles sugieren claramente que las guerras, al igual que los intercambios comerciales a distancia, se dirigían al beneficio político de los jefes militares, tanto como a otras élites del mismo modo o más que a las ganancias económicas. Los cautivos, como cualquier otra mercancía, contenían un valor político e ideológico tanto como económico. Esas personas no eran tratadas como esclavos impersonales. Realmente, los cautivos frecuentemente fueron incorporados al grupo de sus captores a través del matrimonio, y los hijos de estas uniones se convertían en miembros absolutamente legítimos de la sociedad.

La riqueza y la diversidad de los recursos naturales, así como los factores inherentes a la topografía accidentada, sin duda influyeron en la evolución de las sociedades avanzadas existentes en las islas montañosas de las Grandes Antillas, como lo hicieron en toda la región circuncaribe. En este caso, como en Panamá, norte de Venezuela y parte de Colombia, muchos dominios se centraron en fértiles valles mon-

tañosos, atravesados por ríos que corrían desde las cimas de las montañas interiores hacia el mar, y que proporcionaban el acceso a los recursos del litoral, praderas cultivables y vías fluviales. Algunas unidades parecen haber sido localizadas en las partes más altas de los ríos en el interior montañoso del país lejos del contacto directo con las bajas sabanas y las extensiones costeras, pero con beneficios equivalentes de las cuencas pequeñas aunque bien regadas de las tierras altas.

Los cronistas españoles subrayan la generosidad de los recursos naturales que los isleños podían utilizar. Abundaba la pesca en los ríos, los lagos y el mar, las aves acuáticas y terrestres, los cangrejos, las langostas, las tortugas marinas y los manatíes, aunque, por el contrario, la caza era limitada. Algunos de estos recursos naturales se trataron de cultivar; así, existen alusiones a cercamientos en donde se criaban peces y tortugas y amplios recintos para las aves. Los isleños también cultivaban intensivamente los fértiles valles fluviales y, en menor medida, las sabanas cubiertas de hierba, produciendo buen número de productos básicos y materiales útiles que incluían el algodón y el tabaco. No es sorprendente que, dada la abundancia de proteínas procedente del pescado y las aves y otros animales, los cultivos de base feculenta constituyeron los elementos agrícolas básicos, aunque se cultivaran también una gama de otros productos alimenticios. Las parcelas de tierra se despejaban por técnicas de «roza y quema», y se plantaban con un bastón para cavar. Donde las condiciones lo permitían, la tierra era acumulada en hileras formando montículos achatados o «montones» que servían para mejorar y estabilizar el desagüe. Sin embargo, en los valles de La Española que daban a sotavento, donde las precipitaciones anuales son bajas, se utilizaban los diques de riego.

Algunas actividades agrícolas, de la pesca y la caza estaban dirigidas directamente por la élite, probablemente para abastecer festejos específicos y otras funciones públicas dirigidas por la élite. Durante la cosecha, la población también ofrecía los primeros frutos a los jefes como obsequio. Además de esto ciertos alimentos se reservaban para la élite, incluidas las iguanas y un tipo especial de pastel de mandioca.⁴ La mayor parte de los artículos suntuarios que identifican y glorificaron a las élites antillanas también se producían en las islas, y no está claro el alcance que tuvieron los contactos comerciales a distancia que los nobles antillanos llevaron a cabo. El intercambio comprendía varios artículos de prestigio utilizados para reconocer las alianzas realizadas entre ellos mismos, tales como el matrimonio o como las muestras de respeto y estimación. Estos intercambios se extendieron a través de contactos entre las islas próximas, hasta que llegaron a ser numerosos y frecuentes.

La élite de ciertas unidades políticas ejerció algún control sobre la producción de objetos de valor, presumiblemente, beneficiada políticamente por su distribución en una región más amplia. Así, por ejemplo, los ricos yacimientos de sal en la costa meridional de Puerto Rico se han asociado con el dominio del jefe máximo de la isla, quien también vivía en esta costa excepcional por sus ventajas pesqueras. Del mismo modo, el servicio de un *cacica*, importante en el oeste de La Española, comprendía la isla de Guahaba, algo alejada de la costa, donde las mujeres tallaban cuen-

4. Las iguanas se asociaban simbólicamente al señorío según los antiguos mayas, y, probablemente, según los panameños precolombinos, así como las élites de las Grandes Antillas. Véase Mary W. Helms, «Iguana and crocodilians in tropical American mythology and iconography with special reference to Panama», *Journal of Latin American Lore*, 3, 1977, pp. 51-132.

cos de platos, taburetes (*duhos*) y otros objetos bellamente esculpidos para el uso de la élite, que estaban hechos de una madera negra y brillante, posiblemente de la familia del ébano.

Textiles finamente tejidos y decorados con piedras de colores y piecitas de oro se usaban también para indicar el status de la élite. El oro que había en La Española, Puerto Rico y Cuba se martilleaba en láminas y hojas finas para las piezas de las orejas y la nariz de los cascos, y otros ornamentos corporales. Puesto que no hay señales de fundiciones y otras técnicas complejas de metalurgia en las islas, las pequeñas cantidades de tumbaga que se reconocen en las Grandes Antillas deben haber procedido del subcontinente de América del Sur, probablemente, por la red de contactos entre las élites. Conexiones parecidas pudieron haber proporcionado la negrita, la jadeíta, la calcita y otros minerales en forma de collares de cuentas muy apreciadas por las élites.

Los asentamientos de las élites se componían de doce a quince amplias estructuras cónicas en cada grupo de viviendas, probablemente ocupado por un grupo de parentesco formado por varias familias, la mayoría de las cuales podían estar relacionadas con el jefe, quien habitaba una vivienda amplia y profusamente decorada formando un foco al centro de la élite. Los grupos de casas de los plebeyos se situaban generalmente cerca de los ríos o en las sabanas cerca de los campos. Frente a la morada del jefe, generalmente se hallaba una plaza a nivel para las funciones públicas. Algunas de estas plazas servían también como campos de juego para celebrar en equipo el juego de pelota llamado *batey*. En ocasiones, los partidos de *batey* comprendían contiendas entre los equipos que representaban a jefes competidores que rivalizaban entre sí. Declarada formalmente la guerra, aparentemente por asuntos como una penetración territorial, o por los derechos de caza o pesca, o por la ruptura de un acuerdo matrimonial entre un señor y la hermana o la hija de otro, también podía servir como un vehículo para expresar el poder del jefe a las élites rivales.

Un jefe satisfactorio, con éxito, estaba apoyado por un amplio grupo de descendencia consanguínea y, a través de la poligamia, tenía numerosos vínculos afines con otras familias de élite. Era además, un jefe guerrero triunfante y el dueño orgulloso de una canoa de tronco primorosamente decorada, que le permitía navegar por el mar y transportar 50 hombres o más. Un noble experto como jefe guerrero y propietario de una canoa, tenía los atributos que daban testimonio de su capacidad como organizador y jefe de sus hombres, ya fuera en la lucha en la tierra o en los riesgos de los viajes por mar a tierras cercanas o alejadas. Sin embargo, los símbolos (*cemis*) sagrados zoomórficos y antropomórficos pintados en los cuerpos de los guerreros, grabados sobre las piezas de oro que las élites portaban en combate, y pintados y tallados en las canoas y en otros innumerables objetos, daban testimonio de que se creía que estas y otras aptitudes de los jefes procedían fundamentalmente de poderes sobrenaturales. Por consiguiente eran las expresiones de fuerzas sagradas, así como las declaraciones de las rivalidades y ambiciones humanas. Asociado con los poderes esotéricos sagrados, se convertía, además, en factor legitimador de un jefe como un ser sobrenatural que se encontraba entre la sociedad y los elevados reinos sagrados. Se comprende, pues, que en las Grandes Antillas y en toda el área circuncaribe las responsabilidades de un señor incluyeran también la obligación de viajar, por medio de un estado de trance a lejanos reinos sagrados sobre la tierra y bajo ella, para tratar con seres sobrenaturales los asuntos del pueblo que estaba a su cargo,

y para conseguir la intuición profética necesaria para predecir los acontecimientos futuros.

Las señales de culturas indígenas en las Pequeñas Antillas proceden principalmente de las observaciones realizadas en las islas de Dominica, Guadalupe y San Cristóbal, a principios del siglo xvii. Esta información indica que los indígenas callinagos, o la llamada isla Caribe, no alcanzó la complejidad y el grado jerárquico de las organizaciones sociales y políticas que caracterizaron a sus vecinos de las Grandes Antillas. En lugar de esto, los callinagos mantuvieron un tipo de organización sociopolítica de carácter más tribal o igualitaria, aunque también se han encontrado elementos específicamente políticos e ideológicos desarrollados en la cultura de las Grandes Antillas, aunque en una forma más simple.

En virtud de su ambiente isleño, los callinagos también tuvieron acceso a los ricos recursos del mar Caribe. Pescado, langostas y cangrejos, tortugas marinas, manatíes, constituían las dietas alimenticias principales. Cuando se agotaban, los más importantes eran los animales terrestres. Los productos del mar y la caza se complementaban con los productos obtenidos por el proceso de agricultura de rozas.

Los asentamientos callinagos eran pequeños, y comprendían aproximadamente de 30 a 100 individuos y generalmente estaban situados cerca de los ríos de agua fresca. Una aldea solía componerse por la familia extensa de un «hombre de importancia» que residía viricalmente con varias esposas, porque los jefes practicaban la poliginia y también recibían las mujeres capturadas en la guerra. Sus hijas casadas y los hijos de éstas, y sus maridos, también vivían allí, pues los otros hombres que no eran jefes se alojaban uxirilocalmente.⁵ Desde el punto de vista físico, una aldea comprendía una espaciosa casa comunitaria colocada en el centro de un lugar despejado donde el jefe, sus hijos políticos y los hijos menores pasaban los días cuando estaban en casa. En torno a esta gran estructura estaban los alojamientos para dormir y las cocinas, una para cada esposa y sus hijas y yernos.

El puesto de mando que confería la jefatura de una aldea se expresaba ampliamente por el tamaño de la familia y especialmente por el control ejercido sobre los hijos solteros y los hijos políticos residentes que cuidaban los jardines, construían probablemente las casas y pescaban para el jefe. Los jefes tenían también esposas en otras aldeas, incluso en otras islas, a quienes visitaban periódicamente. Tales vínculos ampliaban la esfera de influencia personal de un jefe más allá de las comunidades próximas. Las operaciones de guerra, generalmente dirigidas contra otros pueblos antillanos alejados, incluso contra grupos de Trinidad o del subcontinente de América del Sur, muy próximo a las islas, constituían otra vía que conferir prestigio político a los pocos que por su resistencia y valor en las incursiones, y por sus consejos en la guerra eran aceptados finalmente como jefes guerreros. Los hombres que poseían y dirigían las enormes canoas, en las que se hacían los largos viajes hacia las islas enemigas, también alcanzaban posiciones de honor e influencia.

Los triunfos bélicos, en forma de incursiones hechas por sorpresa, daban prestigio a los guerreros vencedores y proporcionaban valiosos botines de lugares ale-

5. La residencia virical se refiere a un modelo de residencia marital en la que la pareja de casados pasa a formar parte de la familia o comunidad natal del esposo. En la residencia marital uxorilocal la pareja se incorpora a la familia o comunidad natal de la esposa.

gados, incluyendo mujeres cautivas que los jóvenes guerreros entregaban a sus padres y abuelos para que les sirvieran como esposas. Los hijos de estas mujeres se convertían en miembros absolutamente legítimos de la comunidad y es probable que estas adquisiciones de mujeres cautivas y la autoridad sobre sus hijos ayudaran a un jefe de aldea para desarrollar su base política formada por hijos e hijas políticas.

Los caminos de influencia política en la sociedad callinago —dirección de una gran familia con muchos hijos políticos, jefatura bélica y propiedad de canoa— se consideraban como actividades distintas y podían corresponder a hombres diferentes cuya influencia era limitada a las situaciones que exigían una habilidad particular. Sin embargo, puede suponerse que los jefes callinagos que más triunfaron, incluyendo a aquellos pocos que gozaban de reconocimiento en un amplio territorio, fueron los hombres capaces de alcanzar varias de esas posiciones.⁶ Es digno de tener en cuenta que en las Grandes Antillas el papel más evolucionado de jefe reunía los tres factores de la jefatura en un solo cargo.

Los dirigentes callinagos que triunfaban como jefes en las Grandes Antillas, expresaban las pruebas materiales de su status con ornamentos valiosos, aunque los artículos suntuarios se utilizaban en una escala menor que en las grandes islas. Los artículos más valiosos y prestigiosos procedían de localidades lejanas a donde los guerreros se aventuraban. Los principales artículos eran las armaduras de oro en forma de semicírculo, o *caracoli*, que llevaban los jefes y sus hijos, adquiridas por intercambios u obtenidas en las incursiones hacia el continente en el nordeste de América del Sur.

Los viajes de los callinagos los llevaban a la región de Cumaná, al golfo de Paria y el delta del Orinoco donde podían relacionarse con los pueblos continentales del nordeste de Venezuela, de los llanos al este y del curso bajo del Orinoco así como con grupos originarios de las Guayanas, más al Sur. La población de la costa nororiental y del Macizo Oriental que se alimentaba de la pesca abundante y la agricultura, se organizaba asimismo en sociedades avanzadas, aunque las unidades políticas del golfo de Paria parecen haber sido pequeñas y organizadas de una manera menos compleja que las del oeste. El contraste se ilustra comparando a los jefes militares que se elegían anualmente en la región del golfo de Paria, con Guaramental, el señor regional del valle del Unare, quien sostenía un centro de élite fortificado dotado de calles y plazas, almacenes para guardar los alimentos y las armas y recintos residencias para sus muchas esposas, hijos y sus criados.

En la parte baja, el abierto valle del Unare alcanzaba los llanos interiores de las sabanas orientales de Venezuela, llegando a la costa caribeña y a las cadenas montañosas que corrían de este a oeste, paralelas al mar. Indudablemente, el prestigio y poder del señor dominante en este valle se reflejaba en la posición estratégica sobre una vía importante, tanto para viajar como para realizar intercambios comerciales. En general, las pruebas encontradas en el nordeste de Venezuela indican que una cantidad de productos regionales, como pescado, pasta de coca y lima, sal de la península de Araya y perlas de las aguas que rodean Cumaná, Cubagua, isla Margarita, se intercambiaban con pueblos de regiones alejadas, que ofrecían a cambio maíz,

6. Véase Douglas Taylor, «Kinship and social structure of the Island Carib», *Southwestern Journal of Anthropology*, 2, 1946, p. 181.

esclavos y pequeños objetos de oro, que se decían procedentes de un país costero situado a seis días de viaje en dirección oeste.

Entre esos centros de intercambio comercial en el nordeste, estaban los caribes de los llanos orientales que se extendían entre el Macizo Central costero y el curso bajo del río Orinoco. Aquí, como entre los callinagos, o en las Pequeñas Antillas del Caribe, la jefatura política se basaba en el valor durante el combate y en el control sobre el grupo de hombres de la familia y los cautivos de guerra. Las mujeres se ocupaban de la agricultura de subsistencia a lo largo de arroyos y ríos, mientras que los hombres se dedicaban a la caza de ciervos en las «mesas» cubiertas de hierbas de los valles fluviales y a viajar hasta las lejanas Antillas, a lo largo de las costas de Guayana y Venezuela y a través del río Orinoco, para hacer incursiones y comerciar. Estas dos últimas actividades proporcionaban a los caribes una gran variedad de recursos útiles, incluyendo numerosos esclavos que, si eran hombres, se sacrificaban ritualmente o se incorporaban a las comunidades caribes como hijos políticos, o, si eran mujeres, se empleaban en labores agrícolas o trabajaban como peones en las expediciones a distancia que los caribes emprendían.

Las actividades de comercio e invasión que habían hecho conocidos a los caribes de los llanos orientales, formaban parte de una red mucho más amplia y compleja que constituían una simbiosis regional y de la serie de contactos a distancia que ampliaban el sistema fluvial del Orinoco. Estas asociaciones que incluyeron numerosas poblaciones de la selva y de agricultores sedentarios ribereños, los pueblos especializados en la pesca fluvial, que residían en las cuencas, y los cazadores recolectores nómadas de las extensas praderas interfluviales de los llanos venezolanos y del este de Colombia, situados al norte y oeste del Orinoco. Diferentes bandas de cazadores-recolectores, y comunidades particulares de agricultores ribereños, estaban vinculadas por un sistema simbiótico de relaciones antiguas que proporcionaban recursos agrícolas y varios productos de la palma a los cazadores recolectores, y frutas silvestres y carne para los horticultores. Estos intercambios se efectuaban en las aldeas de los agricultores por medio de un complejo sistema de hospitalidad, forzada en parte, que aumentaba con las frecuentes incursiones de los cazadores-recolectores en los huertos. Las comunidades de pescadores entraban en este sistema de intercambio de pescado seco por productos agrícolas. Esta forma del pescado tenía una importancia especial para los grupos de pescadores durante la estación lluviosa, cuando otros alimentos escaseaban.

Durante la estación seca, los grupos de pescadores también dominaban los bancos de pesca en las playas e islas especiales de los cursos medio y alto del Orinoco y sus grandes afluentes, en donde infinidad de tortugas *arrau* se congregaban anualmente para poner huevos. En esta época, otras comunidades nativas, de miles de habitantes, dedicadas a la búsqueda de alimentos, se desplazaban también a las playas donde había tortugas para recoger huevos y aceite de tortuga, y también para cazar los animales de los bosques que también acudían a las playas para alimentarse a base de las tortugas. Estas reuniones de pescadores, horticultores y cazadores servían para formar grandes ferias comerciales donde se ofrecía una amplia gama de productos procedentes de todas las regiones del sistema del Orinoco y los llanos. La actividad de trueque extensivo se facilitaba por los extendidos vínculos de parentesco que unían familias específicas de varias regiones, por la especialización artesanal de los gru-

pos y la producción de recursos de este tipo, por la extensa utilización de los lenguajes comerciales conocidos en todo el sistema del Orinoco, por la atención que se prestaba a las normas de reciprocidad, de modo que quien recibía un obsequio en un intercambio, devolvía la acción con un objeto algo más valioso, y finalmente por los collares de disco hechos con concha de caracol, llamados *quiripa*, que servían como «moneda primitiva». Las series de *quiripa*, altamente apreciadas, se llevaban como adornos que indicaban la riqueza y el status personales.

Las ferias de intercambio comercial que se celebraban durante la estación seca, en las playas de las tortugas en los cursos medio y alto del Orinoco, atraían hacia el Caribe desde el bajo Orinoco y los llanos orientales gente de las tierras altas de Guayana y representantes del nordeste de la Amazonia. Además, había centros de intercambio parecidos, durante la estación seca, en la zona de los bancos de peces de los ríos de los bordes septentrionales y occidentales de los llanos. Estos centros se situaban además en lugares donde las praderas alcanzaban las cadenas montañosas al norte de Venezuela y la cordillera oriental colombiana, que relacionaba a los grupos de los llanos con los de las regiones altas. De esta manera, productos como los derivados de las tortugas, el algodón en rama o en hilo, las plumas, las pinturas para decorar el cuerpo, las resinas y aceites, y la *quiripa* se trasladaban de los llanos a las montañas, mientras que otros productos como la sal, el oro y los tejidos de algodón invadían los llanos, procedentes de los territorios adyacentes a los Andes. Gracias a las redes de intercambio de los llanos, los productos andinos se distribuían a lo largo y ancho del norte de América del Sur. Realmente, la posición central del sistema fluvial del Orinoco y los llanos adyacentes, eran un instrumento para conectar a los pueblos y los recursos procedentes de las tierras contiguas a la región del circuncaribe.

Por último merece la pena observar que los grupos de los llanos y el Orinoco actuaban, en gran parte, como intermediarios en el comercio interregional, pues de todos los artículos que se distribuían por las redes comerciales de los llanos y el Orinoco, solamente las monedas de conchas y posiblemente los productos de las tortugas procedían exclusivamente de estas dos regiones.⁷

También es significativo que los artículos recibidos en los llanos desde el exterior generalmente no eran imprescindibles para la subsistencia, sino que formaban parte de los artículos de lujo, como textiles muy elaborados, hamacas terminadas con trenzados, ornamentos de oro. La recepción de estos materiales «políticos» indica que la actividad realizada en el interior de la red del intercambio otorgaba beneficios políticos. Ciertamente, los asentamientos más complejos de los llanos y, probablemente, las organizaciones políticas más completas, estaban situadas en zonas próximas a los afluentes principales del Orinoco, y a lo largo de las vertientes inferiores de la cordillera al norte y al oeste, dispuesta estratégicamente por la esfera de interacción en el norte de América del Sur. No obstante, no hay pruebas claras de la existencia de sociedades avanzadas en la región de los llanos según los datos etnohistóricos, muchas de las cuales datan con varios siglos de posterioridad el contacto inicial; la mayoría de las sociedades de las aldeas estaban gobernadas por una comunidad de caciques, aunque tenían bajo su control numerosas esposas y mujeres cautivas, y exhibían las *quiripas*, lo que confirmaría el alto prestigio personal y el status comunitario de los jefes individuales.

7. Robert V. Morey y Nancy C. Morey, *Relaciones comerciales en el pasado en los llanos de Colombia y Venezuela*, Caracas, 1975, pp. 29-30.

Capítulo 3

LAS SOCIEDADES ANDINAS ANTES DE 1532*

Cuando la región andina fue invadida por las tropas de Pizarro en 1532, habían pasado ya cuarenta años desde la caída tanto de Granada como de las primeras islas del Caribe ante los castellanos; más de veinte años desde la invasión de Mesoamérica. Una generación entera de europeos —casi dos— se habían familiarizado ya con las costumbres de los «infielos» y los «indios». Los hijos engendrados en el Nuevo Mundo ya eran adultos; hablaban las lenguas de sus madres. Padres e hijos oían relatos de otros parajes, aún más remotos y más ricos, situados más allá de Panamá, en la Mar del Sur. Rumores acerca de sociedades como las andinas abundaban entre los colonizadores de Nicaragua y el Istmo; hay quien cree que las noticias habían llegado hasta el Brasil. Un portugués, Aleixo García, escuchó lo suficiente en aquella tierra para acompañar a una incursión de los chiriguano contra el altiplano; entrando desde el sudeste atacaron las instalaciones inka,¹ al menos cinco años antes de que Pizarro las invadiera desde el norte. Años después de que el clan de los Pizarro hiciera valer sus derechos sobre el mundo andino, otros peninsulares se guran pretendiendo que ellos habían sido los primeros en oír hablar de estos reinos.

Nuestro conocimiento de las civilizaciones andinas antes de 1532 parte de tales relatos y crónicas posteriores de testigos presenciales. Es un conocimiento muy incompleto; incluso la colectividad de los estudiosos no siempre es consciente de lo

* El autor y el redactor desean reconocer la ayuda de la Dra. Olivia Harris, del Goldsmiths' College en Londres, por su labor en la preparación final de este capítulo.

1. En la actualidad unos diez millones de personas hablan quechua y aymara. En 1956, el Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en La Paz, optó por una norma ortográfica para la escritura de estas lenguas; este criterio se usará aquí. Puesto que por lo menos seis fonemas distintas se transcribieron en la colonia con una sola letra *c*, el Congreso recomendó que cada una de las seis fuera cuidadosamente separada. Por esto se escribe *inka* y no *inca*; *kipu* y no *quipo*. Las letras *Ch*, *P* y *T* pueden inducir a confusión ya que en las lenguas andinas cada una de ellas puede ser glotalizada, aspirada o llana. Así *mir'a*, para evitar la confusión con palabras similares que carezcan de glotalización. En 1975, el gobierno peruano declaró el quechua como una de las lenguas oficiales del país que se puede usar en las escuelas, en los tribunales y otros lugares públicos. El aymara es de uso frecuente en la radio y la televisión de La Paz.

fragmentario de la documentación que queda. La arqueología podría ayudarnos si no fuera por la posición marginal que esta disciplina ocupa todavía en las repúblicas andinas (en fuerte contraste con México). Millones habrán leído la *Oda a Machu Picchu* de Pablo Neruda; millones más habrán visitado el monumento, pero nadie sabe cual segmento de la sociedad inka habitaba el lugar. Esto no desanima las oleadas sucesivas de arquitectos que «restauran» el asentamiento, pero muy pocos, si es que los hay, arqueólogos se ganan la vida en la antigua ciudad. Casi no hay excavaciones serias de este paisaje urbano casi vertical; faltan análisis serios de las técnicas de edificación y de planeamiento urbano que distinguen Machu Picchu de otros centros urbanos en los Andes.

Paradójicamente, períodos mucho más antiguos, algunos fechados miles de años antes de los inkas, parecen ser más accesibles y se han estudiado minuciosamente, particularmente los detalles de su cerámica. Aspectos decorativos de otras artesanías, especialmente los tejidos —el arte mayor en los Andes— han sido todos ellos catalogados, fotografiados y protegidos. Pero a medida que nos acercamos a 1532, cuando el estado andino fue derribado y astillado en los centenares de grupos étnicos que lo componían, lo menos probable es que aprendamos lo indispensable de la arqueología inka, tal como se practica hoy en día. Casi todo cuanto tenemos depende de los relatos escritos de aquellos que «estuvieron allí».

De cierto modo, estos relatos son notables: a sólo dos años después del desastre en Cajamarca, donde el rey Atawallpa [Atahualpa] fue capturado, se publicaron en Sevilla dos relatos describiendo estos acontecimientos, en una época cuando las comunicaciones transatlánticas eran lentas y la impresión de libros peligrosa. Uno de estos relatos era el informe oficial de los Pizarro, escrito por su primer escribano, Francisco de Xerez; éste se esforzó en establecer que suya era la «verdadera relación» (*Verdadera relación de la conquista del Perú* [1534]) ya que otro testigo presencial, Cristóbal de Mena, se le había adelantado en la impresión. Y anteriormente a estos dos, en una feria anual celebrada en Lyon, buhoneros ya ofrecían a los mercaderes allí reunidos desde el Rin al Piamonte, hojas sueltas impresas, que describían el rescate multimillonario de Atawallpa.

Los estudiosos tienden a lamentar las deficiencias de tales informes; cada especialista ha preparado un interrogatorio cuyas preguntas quedan sin respuesta. Aunque los bailes folklóricos representan, incluso en la actualidad, el encuentro de los inka y los soldados europeos, ya no nos ayudan a recuperar la tradición oral dinástica, 450 años después de los acontecimientos. Algunos de los más antiguos relatos hechos por los extranjeros han sido comúnmente conocidos durante mucho tiempo, pero no quedan muchos. El siglo XIX fue el gran período en el que se desenterraron y publicaron estas primeras descripciones; la mayoría se había publicado incluso antes, W.H. Prescott había tenido acceso a ellos. Es extraordinario como su intemporal *The Conquest of Peru* [1847], todavía se lee hoy, más de 140 años desde su publicación. Esto se debe, creemos, menos a la comprensión que Prescott tenía de las civilizaciones precolombinas, cuanto al limitado tiempo que los investigadores contemporáneos invierten en la búsqueda de nuevas fuentes, además de la superficialidad de la arqueología inka antes aludida.

El único estudioso importante en este campo fue Marcos Jiménez de la Espada, muy activo en tal búsqueda y la consecuente publicación hace cien años. Lo hacía mientras se ganaba la vida como conservador de anfibios y batracios en el Museo

de Historia Natural de Madrid. Como actividad suplementaria publicó las fuentes manuscritas ya usadas por Prescott y otras que el investigador de Nueva Inglaterra nunca alcanzó a ver. Por 1908, cuando el alemán Pietschmann localizó en Copenhague algo verdaderamente sin precedente, una «carta» de 1.200 páginas dirigida al rey de España, escrita e ilustrada por un «yndio» andino alrededor de 1615, ya la urgencia que había movido a Jiménez a publicar fuentes primarias inéditas se había esfumado. Pasaron 28 años más antes de que los agravios de Waman Puma [Guamán Poma] (*Nueva Corónica y Buen Gobierno*) se vieran impresos. Desde entonces, se han localizado nuevos textos desconocidos, la mayoría de ellos, por Hermann Trimborn de Bonn, pero es notable ver cómo la obra de Prescott se parece a la de Cunow (1896), Baudin (1928), Rowe (1946), Murra (1955), y, más recientemente, Hemming (1970). Todos ellos usan más o menos las mismas fuentes, y si difieren lo hacen en materia de interpretación e ideología.

En los últimos treinta años, se han disipado algunos de los misterios, especialmente en lo que se refiere al estado inka. Se han hecho algunos progresos al comprenderse la articulación de los grupos étnicos locales a los inkas, por el estudio de los litigios, o por registros demográficos o de tributos recopilados en las primeras décadas del dominio europeo. Todavía es un hecho claro que el estudio de John H. Rowe sobre las formas de gobierno en los Andes centrales, «Inca cultura at the time of the Spanish Conquest» publicado hace casi 40 años (1946) en el *Handbook of South American Indians*, es todavía una acertada declaración de nuestros conocimientos en etnografía. Sondar la vida cotidiana y la organización de los estados andinos queda pendiente. Es un trabajo a largo plazo para acometer seriamente cuando los arqueólogos y etnólogos aprendan a trabajar juntos, y cuando las cinco repúblicas que han heredado la tradición andina —Bolivia, Perú, Ecuador, Chile, Argentina— decidan que la herencia es verdaderamente suya.

Mientras tanto, advertimos que los primeros observadores del siglo XVI llegaron a ciertas conclusiones que los estudios modernos han confirmado.

En primer lugar, el paisaje no se parecía en nada a lo que los observadores habían visto ni oído antes. Algunos eran soldados que habían servido en Italia, México, Guatemala, Flandes o el norte de África, pero en los Andes las montañas eran más altas, las noches más frías y los días más calurosos, los valles más profundos, los desiertos más secos, las distancias más largas de lo que las palabras podían describir.

En segundo lugar, el país era rico, y no sólo en términos de lo que pudieran llevarse de allí. Había riqueza en cuanto al número de personas y sus habilidades, las maravillas tecnológicas que se observaban en la construcción, la metalurgia, ingeniería civil, los sistemas de riego, o la fabricación textil («los cristianos tomaron la que quisieron y todavía quedaron las cosas [los depósitos de tejidos] tan llenas que parecía no haber hecho falta la que fue tomada ...»).²

En tercer lugar, el reino había sido sometido al gobierno de un príncipe, unas tres o cuatro generaciones antes de 1532. Y desde los primeros días tras el triunfo español en Cajamarca, observadores cuidadosos se preguntaban cómo esta autori-

2. Francisco de Xerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú* [1534], Madrid, 1947, p. 334.

dad, gobernando a tanta gente separada por su particular geografía, se había derrumbado tan fácilmente.

Si bien básicamente ciertas, cada una de estas conclusiones puede admitir reformulación. Aunque se encuentra completamente localizada entre los dos trópicos, la geografía andina tiene pocas análogas —si es que las hay— para el hombre en otras latitudes. Por ejemplo, las regiones con la mayor densidad de población se encuentran sumamente altas. En 1532 (como hoy, en realidad) vivía más gente en el altiplano alrededor del lago Titicaca que en ninguna otra parte. Esto angustia no sólo a los planificadores enviados por organismos internacionales; incluso los economistas locales revelan a menudo su exasperación. Contemplan una enorme población de menesterosos, que intentan arañar la vida bajo lo que el forastero ciudadano percibe como circunstancias desalentadoras. ¿Por qué una población agrícola tan numerosa insiste en cultivar unas tierras en las que se pueden esperar más de 300 noches de heladas al año?

Un paso importante de cara a la comprensión de la geografía andina se dio en los últimos años veinte, cuando el investigador alemán Carl Troll realizó un trabajo de campo en Bolivia. En 1931 publicó lo que todavía es la obra de mayor influencia sobre los múltiples y variados «nichos» que existen en el paisaje creado por la estrecha proximidad entre cada una de las cordilleras, los desiertos costeros y las selvas del Amazonas.³ Hace notar que las gráficas clásicas de lluvias y temperaturas eran inadecuadas y erróneas, en los informes para esta región. Para registrar los extremos andinos en cualquier período determinado de 24 horas, Troll ideó unas gráficas nuevas. Anteriormente, había descubierto que la terminología científica desarrollada en otra parte no describía los climas locales; mucho de su vocabulario lo adquirió de la práctica etnográfica andina. Evidentemente, uno puede meter con calzador la *puna* andina en la cesta de la compra de la estepa o de la sabana misma, pero esto implica una grave pérdida de especificidad. Estas praderas tropicales, aunque frías y altas, se han cultivado durante mucho tiempo, quizá incluso antes de que se hubieran talado todos los árboles; durante milenios, la mayoría de los pueblos andinos han vivido allí. No sólo los inkas, sino estructuras de estado más antiguas (Tiwanaku, Wari) surgieron en la puna; Troll consideró que esto podría ser un indicador significativo de las potencialidades que la mayoría de los observadores contemporáneos no alcanzan a comprender.

La agricultura andina sólo ha atraído la atención de los agrónomos recientemente. La fácil adaptación por los campesinos de cultígenos europeos y africanos —cebada, caña de azúcar, la uva, plátanos— ha enmascarado su apego a los cultivos resistentes y de implantación local minuciosamente adaptados a las condiciones andinas. Nadie sabe cuántos cultígenos se sembraban para el 1532; muchos ya se han perdido y otros tardaron en extinguirse, sufriendo por su baja posición, a pesar de sus probados valores nutritivos. Cuando se estudia la cantidad de tubérculos (de los que la *papa* es tan sólo el más conocido) o el *tarwi* (un lupino rico en grasas) o la *kinuwa* (un cereal de las grandes altitudes, con fuerte contenido en proteínas) o la hoja de coca que apaga la sed, se advierte lo aborigen y prístino que era el complejo agrí-

3. Carl Troll, «Die geographische Grundlagen der Andinen Kulturen und des Inkareichs», en *Ibero-Americanisches Archiv*, V, Berlín, 1931. Del mismo autor, *The geo-ecology of the mountainous regions of the tropical Americas*, Bonn, 1968.

cola andino. Algunos de los cultivos (maíz, batatas) se descubrieron en todo el continente, pero en el sur ninguno era materia prima, aunque algunos se consideraran productos exóticos altamente apreciados.

Sin embargo, en las circunstancias andinas no era suficiente tener una perfecta adaptación local. Hay muy pocas tierras de cada una de las variedades. Los buenos pastos pueden estar muy lejos. Incluso si se comparan los productos de dos o tres niveles vecinos, no se podría proporcionar las bases para la formación de una gran población o la creación de un estado. Si los pueblos andinos quisieran eludir las hambrunas, llenar sus propios graneros y los de sus señores y dioses, tendrían que afrontar los cambios abruptos de las condiciones geográficas, no sólo como unas desventajas o limitaciones, sino como ventajas potenciales. Esto se consiguió muy pronto en los Andes, incluso por los grupos humanos reducidos que en el curso de un solo año podían pescar, cosechar y cultivar huertos en varios pisos. A medida que la población crecía, empezaron a aprovecharse recursos en pisos cada vez más lejanos, abajo en la zona seca costera si vivían en la cordillera occidental, o en los bosques de las estribaciones de los Andes si su tierra base estaba en la cadena oriental.

En la agricultura andina, la adaptación enfrentaba otra desventaja: los cambios bruscos de temperatura desde las noches glaciales a los días tropicales. En el altiplano, la región más densamente poblada, se registran frecuentemente diferencias de 30 °C e incluso mayores en un período de 24 horas. Esta aparente desventaja se transformó también en una ventaja de adaptación: en una fecha todavía desconocida en la historia andina, todo tejido vegetal, pero especialmente las miles de variedades de tubérculos y todas las pulpas silvestres y cultivadas empezaron a sufrir un proceso: se helaban durante la noche, secándose al sol tropical al día siguiente. Los tejidos helados y secos eran muchos, pero dos nombres habían continuado siendo de uso más general: *ch'uñu* y *ch'arki*. La mayor parte de ellos no sólo eran fáciles de transportar, sino que podían permanecer indefinidamente bajo las condiciones de la puna.

Dentro de semejantes adaptaciones y transformaciones del medio ambiente, el tamaño de los estados andinos variaba desde unos cientos de familias hasta unos 25.000 o 30.000 unidades domésticas, con una población total que, quizá, alcanzara los 150.000 habitantes; cuando un estado como el Tawantinsuyu de los inkas los incorporaba, la población podría alcanzar los 5 millones o más.⁴ La ampliación en la escala de los estados condujo a cambios en la situación y las funciones de los asentamientos dispersos. En el valle de Huallaga, en el actual Perú central, los primeros registros europeos identificaron varios grupos étnicos, de los cuales el más numeroso era el chupaychu, al que se le atribuyeron 4.000 familias en el sistema decimal de cálculo andino. Otros dan cuenta en el valle de algunos con 400 «fuegos». Independientemente del tamaño, en 1549, cada grupo mencionado poseía huertos en los que se cultivaba la hoja de coca, situados a unos tres o cuatro días de camino, desde el asentamiento principal:

preguntado si los yndios que están la coca son naturales de la tierra o mitimaes puestos de otra parte y de donde son naturales dijo que los tres yndios que están en la coca

4. Sobre la población del Perú en 1532, las estimaciones recientes la cifran en 2 a 9 millones; véase la «Nota sobre la población nativa de América en vísperas de las invasiones europeas», *infra* pp. 120-121

de Pichomachay son el uno del pueblo de Pecta otro de Atcor y otro de Guacas y que están puestos allí del tiempo del inga y que estos se mudan cuando se muere la mujer o cuando ellos se mueren ponen otro en su lugar y que en la coca de Chinchao hay otros dos yndios uno es del pueblo Rondo y otro de Chumichu ...

Este testimonio fue registrado en 1549, tan sólo siete años después de romperse la resistencia local a la invasión. La hoja de coca de Chinchao se menciona de nuevo:

en este mismo día visitamos ... en Chinchao 33 yndios que son coca camayos de todas las parcialidades de los chupaychos los cuales 20 de estos ya están visitados y contados en sus mismos pueblos donde son naturales.

De este testimonio, poco común en la historiografía andina por su meticulosidad y lo prematuro de su fecha, observamos que estos colonos fueron enviados desde cada aldea de las tierras altas; permaneciendo en las tierras bajas durante la vida de la pareja, porque el censo andino no contaba a los solteros ni viudos; sin embargo, continuaban ligados a los registros de sus *kipu*, aunque estuvieran físicamente ausentes de su lugar de origen. A distancias similares, de dos a cuatro días de camino, otros colonos cuidaban rebaños de camélidos, excababan para buscar sal, cortaban madera o cultivaban pimientos y algodón. En el valle del Huallaga, la hoja de coca y la sal eran compartidas por los habitantes de las cercanías: algunas de las minas de sal estaban instaladas a 6 y 8 días lejos de «casa».

Los pueblos principales de esta zona fueron localizados por debajo de la línea de los 3.000 m, en un *tinku*, el lugar de encuentro de dos zonas ecológicas, en donde podían conseguirse fácilmente los tubérculos y el maíz, a menos de una jornada de camino, arriba y abajo del pueblo.⁵

En otras condiciones geográficas, donde era imposible este fácil acceso a las tierras del maíz, ya que los asentamientos nucleares se elevaban a 3.500 e incluso a 3.800 m de altitud —muy cerca de los rebaños de camélidos— no se podía trabajar mucho tiempo en los campos de maíz y regresar en el mismo día. En el densamente poblado altiplano del lago Titicaca,⁶ el maíz, como un cereal del rito de la hospitalidad, era todavía indispensable, pero ahora era cultivado por colonos permanentes, en parcelas situadas a varios días de casa, según el modelo descrito anteriormente para los cultivos de la hoja de coca. El mayor tamaño del poblado hacía posible enviar colonias más grandes y establecerlas muchos más días lejos. El reino aymara de los lupaqas había enviado verdaderas muchedumbres hasta el desierto de la costa, a diez y a veces incluso quince días lejos del núcleo. Thierry Saignes ha estudiado recientemente el acceso de todos los pueblos que circundan el Titicaca a las «islas» de las tierras bajas, al este del lago; allí, la madera, la hoja de coca y la miel, así como el maíz, podían estar al cuidado directo de la propia familia o de quienes dependían de ella.⁷

5. Íñigo Ortiz de Zúñiga, *Visita de la Provincia de León de Huánuco* [1562], I, Huánuco, Perú, 1967, p. 44; *ibid.*, pp. 303-304.

6. Garci Díez de San Miguel, *Visita hecha a la Provincia de Chucuito* [1567], Lima, 1964, p. 109.

7. Thierry Saignes, «De la filiation à la résidence: les ethnies dans les vallées de Larecacha», *AESC*, 33/5-6 (1978), pp. 1.160-1.181. Este es un tema de los *Annales* sobre la antropología histórica de los Andes, editado por John V. Murra y Nathan Wachtel.

Cada uno de los accesos complementarios a los diversos niveles ecológicos⁸ dispersos, se ha denominado como el modelo «archipiélago» en los asentamientos andinos. Mientras en la mayor parte de los lugares las distancias se habían reducido en los tiempos coloniales y, más recientemente, algunas de las poblaciones de las tierras altas todavía tenían «doble domicilio».⁹

La arqueología afirma que este modelo es antiguo, aunque pocas excavaciones hayan probado su edad. Algunos propugnan que dichos accesos múltiples y simultáneos a los diferentes microclimas que seguía una sola etnia no debieron suceder hasta que la proyección de la paz establecida por un estado protegiera a las caravanas anuales que comunicaban a los asentamientos periféricos con los núcleos de poder. Los estados probablemente favorecían estos acuerdos, imponiendo su autoridad sobre los grupos étnicos rivales. Pero incluso en los siglos en que un centro político de menor relevancia podía reclamar su hegemonía, durante los períodos arqueológicos llamados Intermedio Primitivo o Tardío, los accesos complementarios a una amplia gama de nichos ecológicos era demasiado importante para ser dejado aparte del repertorio económico de los señoríos locales andinos.

Independientemente de su origen, se puede afirmar que ese ascenso en la escala política tenía consecuencias en la complejidad de los acuerdos en las zonas periféricas. Hemos visto antes, en el caso de los mineros de sal, que sus asentamientos eran multiétnicos; este rasgo resultaba más común a medida que se amplía el señorío. La ocupación simultánea de una «isla» en la periferia por colonos pertenecientes a varias comunidades debe haber conducido a la fricción, las riñas, incluso las hegemonías temporales de un contendiente sobre otro. Pero las evidencias indican que el viaje de acceso a los productos exóticos era tan duro que, a los períodos de lucha siguieron años en que el acceso estaba compartido, sin importar lo tensa que fuera la tregua.

La forma de selección que se hacía de los colonos vitalicios y el mantenimiento de su lealtad al grupo que les mandaba, han sido objeto de especulación. Cuando la distancia al núcleo era corta, el colono, conocido en quechua como un *mitmaq*, podía mantener fácilmente los vínculos con su comunidad de origen. Pero cuando la distancia aumentaba a 8, 10 o incluso más días, los dispositivos institucionales surgían para garantizar no sólo el acceso de los colonos a los productos, sino también a la sociabilidad, a cónyuges para su descendencia o a la participación ceremonial en el núcleo. Fuentes eclesiásticas europeas del siglo XVI indican que las caravanas se desplazaban libremente desde un piso a otro; las esposas procedían de lugares bien lejanos.¹⁰

La especialización gremial se hallaba implícita en el mismo modelo de asentamiento disperso. El *mitmaq* de las zonas boscosas era también responsable de los vasos y platos de madera; los habitantes de las playas debían secar el pescado y las algas comestibles, pero además recogían guano. Al regreso, la caravana que venía

8. John V. Murra, «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas» en J. V. Murra, ed., *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, 1975.

9. Olivia Harris, «Kinship and the vertical economy», en *International Congress of Americanists, Actes*, París, 1978, IV, pp. 165-177.

10. Freda Yancy Wolf, comunicación personal, basada en un estudio de los documentos de la iglesia registrados en Juli, en la provincia de Chucuito.

de las tierras altas podría llevar tubérculos, el producto básico, pero también carne, lana y otros artículos, que incluían el maíz de los niveles intermedios. En algún momento de la historia andina todavía no determinado, el modelo de asentamiento disperso experimentó un cambio cualitativo cuando se extendió para incluir aldeas de artesanos que no estaban definidos ecológicamente. Además de las «islas» periféricas citadas antes, los lupaqa también se refirieron a una aldea de ceramistas y otra de metalúrgicos. Cada linaje en las 7 provincias mantenía un representante en las aldeas especializadas, que contaban con cientos de artesanos en total.

El modelo de asentamiento disperso era uno de los rasgos característicos de la territorialidad que los europeos pronto advirtieron. En 1538-1539, cinco años después de la invasión, las encomiendas concedidas por Pizarro siguieron este principio. Los beneficiarios no recibían tierras sino las personas de los dos jefes locales, junto con sus súbditos, aunque estuvieran salpicados a lo largo del paisaje. De este modo, Lope de Mendieta, un viejo socio de los Pizarro, recibió todas las estancias de camélidos, aldeas agrícolas o poblados de pescadores que habían prestado lealtad a Chuki Champi y a Maman Willka, señores de Karanqa.¹¹ Los territorios no contiguos se elevaban a 4.000 m sobre el nivel del mar y estaban situados en las actuales Bolivia, Chile y Perú.

El mismo modelo se siguió cuando hubo que reservar a un grupo étnico para Carlos V: los lupaqa, cerca del lago Titicaca, eran conocidos como «los yndios del Emperador». En los años 1550, el abogado de la Corona recurrió al virrey contra la concesión de algunas de las colonias costeras de los lupaqa a manos privadas. Él indicaba que:

... e así fue ... en quitarles los yndios e las tierras que tenyan en la costa de la mar que se hicieron particulares encomendas ... no entendiendo los gobernadores la orden que los yndios tenyan e así gobernando estos rreynos el marques de Cañete se trato esta materia y hallando verdadera esta información que yo le hice ...

Se hizo de esta manera que la provincia de Chucuyte se le volvieron los yndios y las tierras que tenían en la costa en el tiempo del inga ... , y a Juan de San Juan vecino de Arequipa en quien estaban encomendados se le dieron otros que vocaron en aquella ciudad ...¹²

La información que proporcionan tales fuentes europeas es más útil como documentación sobre los modelos de «complementariedad vertical» a nivel de señorío étnico, ya que ésta era la realidad que se toleraba y trataba en las primeras décadas del régimen colonial. La macroadaptación que el estado incaico hizo de este secular modelo andino (durante miles de años, con millones de habitantes, en lo que hoy son las cinco repúblicas andinas), desmenuzado poco después de 1532, sería sumamente difícil de reconstruir en la actualidad.

Sin embargo, esta dimensión máxima es importante para comprender los cambios que el modelo sufrió cuando la población gobernada superaba la escala de las

11. Manuscrito no publicado, legajo 658 en la sección de Justicia, Archivo General de Indias, Sevilla.

12. Juan Polo de Ondegardo, «Informe... a licenciado Briviesca de Muñatones [1561]», *Revista Histórica*, Lima, 13 (1940), p. 18.

20.000 familias. Al principio, el estado siguió las normas que predominaban en los Andes: las rentas habían aumentado por superficie cultivada que se enajenaban a las comunidades locales según el modelo «archipiélago». Estas tierras estatales las trabajaba la colectividad, en rotación, linaje a linaje, con mucha más dureza que cuando trabajaban en los campos de sus señores étnicos o para los santuarios de la región. Con el tiempo, el mitmaq estatal fue trasplantado a los nuevos territorios para asegurar las rentas públicas y el dominio del propio imperio inka. Pero el gobierno que éste ejercía era todavía «indirecto»: se hacía a través de los señores «naturales» preinkas. No había tributos: nadie debía lo cultivado en sus propias sementeras o almacenado en sus propias despensas.

En las últimas décadas antes de 1532, la escala de la administración inka creció en tal extensión que la distancia que separaba el núcleo de las colonias no tenía precedentes. Si los mitmaq querían formular alguna petición al núcleo central, rendir culto en su santuario o simplemente visitar a sus familiares, tenían que emprender un viaje de unos 10 a 15 días de camino. Durante el último gobierno inka, los colonos podían encontrarse alejados a 60 e incluso 80 días de viaje. Aunque siguieran estando enumerados en su khipu de origen uno se pregunta qué continuidad efectiva quedaría funcionando.

No hay duda de que se había hecho un intento de reivindicar el precedente andino: don Pedro Kutimpu, un señor lupaqa bien informado, que en 1532 era un soldado, aclaró esta tentativa al explicar las discrepancias existentes entre el khipu como instrumento demográfico en su posesión anterior a la invasión y los cálculos hechos por los administradores coloniales:

... que cuando se visitó la dicha provincia por el inga se visitaron muchos yndios mitimaes que eran naturales de esta provincia y estaban ... en muchas otras partes ... y que con todo esto eran los veinte mil yndios del quipo ...

Y que los dichos mitimaes como se encomendaran los repartimientos donde estaban se quedaron allí y nunca mas se contaron con los de esta provincia ...¹³

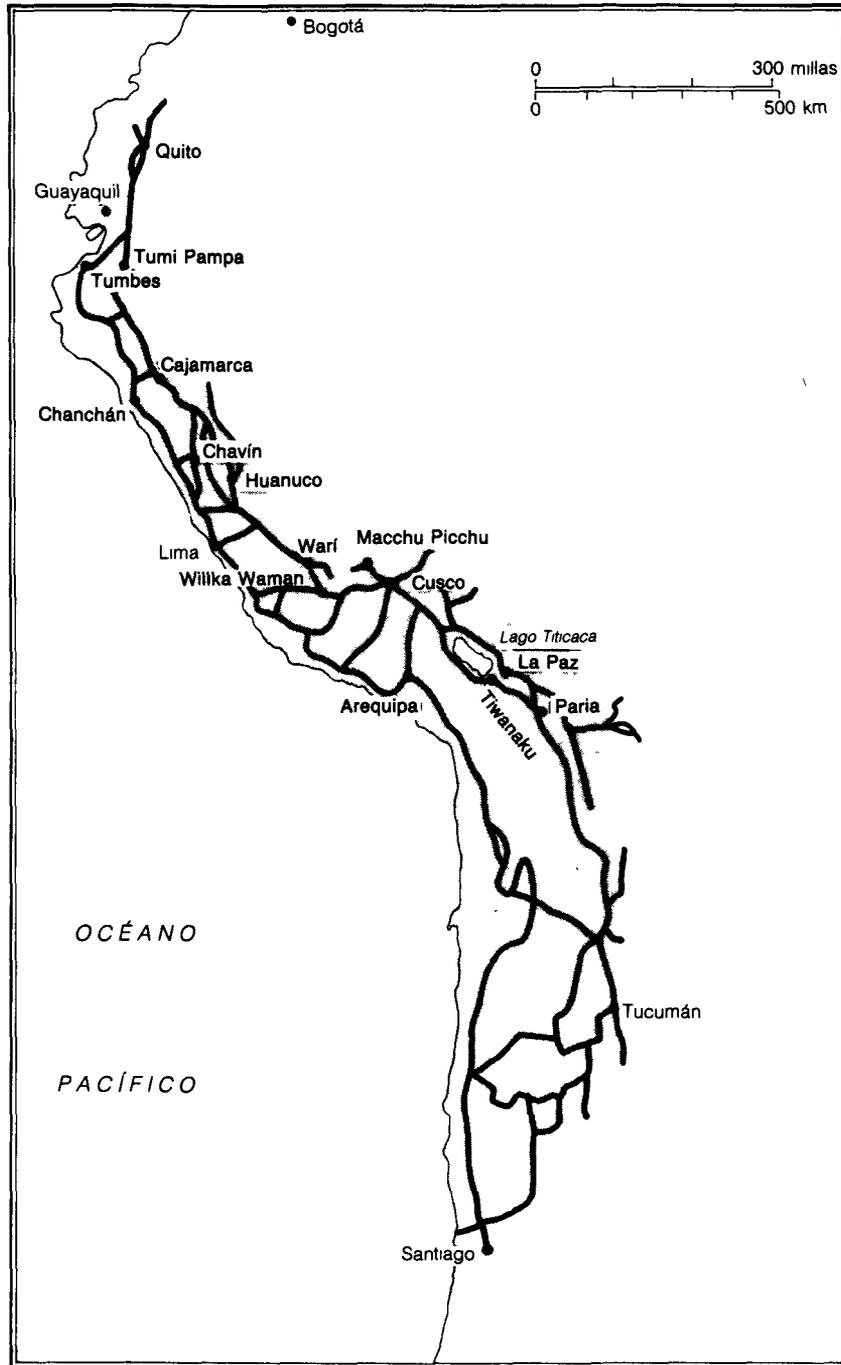
¿Hasta qué punto podría el grupo étnico original ejercer efectivamente tales pretensiones y derechos a distancia? Los desplazamientos a Chile o Quito desde el lago Titicaca parecían una pesada carga, por muchos precedentes que hubiera habido. Se conocen indicios de una respuesta por la frecuencia de las rebeliones contra los inkas¹⁴ y la facilidad con que muchas comunidades locales se decantaron por los europeos, después de 1532. Sin embargo no nos ha llegado ninguna manifestación de queja en este aspecto, a través de los testigos de la invasión.

Lo que puede afirmarse aquí es que el estado inka mantuvo una política de asentamientos complementarios en los Andes, aunque la nueva escala supusiera penalidades. También se asignaron nuevas funciones a los mitmaq: aunque los mitmaq tenían aldeas de artesanos especializados, el estado puso en marcha una instalación de manufacturas cerca de Huancané, situada en la orilla nordeste del lago Titicaca.¹⁵

13. DÍez de San Miguel, *Visita hecha a la provincia de Chucuito*, p. 170.

14. John V. Murra, «La Guerre et les rébellions dans l'expansion de l'état inka», *AESC*, 33/5-6 (1978), pp. 927-935.

15. John V. Murra, «Los olleros del inka: hacia una historia y arqueología del Qollasuyu», en *Historia, problema y promesa, homenaje a Jorge Basadre*, I, Lima, 1978, pp. 415-423.



Extensión del imperio inca.

FUENTE: John Hyslop, *Inka road system: survey and general analysis*, Academic Press, 1984.

Se hizo reunir a un millar de tejedores y un centenar de alfareros. Aunque las cifras reales no sean necesariamente literales, las proporciones de estas operaciones del estado no deberían ponerse en duda; siendo la principal forma de arte andina, las telas tenían también muchos usos políticos, rituales y militares, que el estado requería en lo que eran las verdaderas dimensiones industriales dictadas por los modelos europeos de siglo XVI. Se empleaba a decenas de mujeres «seleccionadas», que se dedicaban totalmente a la producción de tejidos, y a las que se separaba de su grupo étnico para reunir las en cada centro administrativo estatal, donde los soldados esperaban su recompensa en telas, antes de marchar hacia la frontera. La novedad acerca del trabajo en los talleres de Huancané es que las tejedoras formaban verdaderas unidades domésticas; sin embargo, no podemos afirmar si estos centros de producción manufacturera constituían un caso único o un hecho común en el sistema de producción inka que no se haya consignado.

Otra de las nuevas utilidades del mitmaq, en el ámbito del estado, tenía fines militares. No existen pruebas de guarniciones exclusivamente militares, en el período preinka; pero en las décadas anteriores a 1532, la expansión constante y las consiguientes rebeliones obligaron a guarnecer las fronteras de un modo permanente:

dijo que sus pasados primeros fueron puestos por el inga en esta tierra [el valle de Huallaga] por guardar de la fortaleza de Colpagua que es hacia los Andes y que eran tres fortalezas que se llamaban una Colpagua y otra Cacapayza y otra Cachaypagua y otra [sic] Angar ... y estos fueron sacados de los quiduos y del Cuzco y puestos en las dichas fortalezas ...¹⁶

Finalmente, podrían identificarse otros de los últimos usos de los mitmaq, con fines no agrícolas, pero las prolongaciones militares y artesanas de la estrategia del «archipiélago» constituyen una prueba suficiente de que los medios iniciales de complementación productiva que permitían el acceso a una variedad de pisos ecológicos se convirtieron en métodos impositivos de control político.

Tawantinsuyu, el estado inka, no fue la primera unidad política con multiplicidad étnica que surgió en los Andes. En las últimas décadas, los arqueólogos han distinguido varios «horizontes» (períodos en que las autoridades centrales podían gobernar tanto las comunidades de las tierras altas como las costeras), de períodos «intermedios», cuando florecía un separatismo étnico.

El Horizonte Antiguo, también conocido como el Formativo en los Andes, se centraba en Chavín, un templo situado a 3.135 m de altitud en las tierras altas orientales; más conocido por su arte religioso, ha sido considerado por Julio C. Tello, el decano de los arqueólogos andinos, como la «matriz de la civilización andina». Alcanzó el apogeo de su influencia hace unos 3000 años, del 1000 al 300 a.C., cuando influenció a otros asentamientos serranos, modificando también las formas artísticas de la costa; no se puede asegurar si dichas influencias significaron la dominación. Donald Lathrap ha insistido y se ha documentado sobre las raíces amazónicas de este arte, que Tello había aceptado en primer lugar. A través de las tie-

16. Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia de León de Huánuco*, II, p. 197.

rras bajas tropicales, muchas de las antiguas fuentes de inspiración procedentes de Mesoamérica podrían haber alcanzado Chavín.¹⁷

No existe unanimidad entre los arqueólogos sobre el modo en que dichos «horizontes» surgieron y con el tiempo se desintegraron en los Andes. Algunos autores han indicado que el coagulante era el «comercio», impuesto por autoridades militares que generalmente provenían de las tierras altas; otros han descubierto un entusiasmo religioso detrás de la expansión.

El Horizonte Medio se data desde el 500 d.C. al 1000 d.C. aproximadamente, concentrándose en dos lugares al menos: Tiwanaku, en la orilla del lago Titicaca en Bolivia, y Wari, cerca de la actual ciudad de Ayacucho en Perú. Los dos eran verdaderos asentamientos urbanos, concebidos para ser los núcleos de unos estados importantes y de gran extensión. Existen evidencias de contemporaneidad e incluso contactos producidos entre los dos; a principios de este siglo se les consideraba, por lo general, como una sola unidad política, cuya capital estaba al sur de las tierras altas. Las investigaciones recientes indican que, aunque Tiwanaku y Wari ejercieron su hegemonía simultáneamente, sus esferas de interacción estaban separadas. Incluso algunos indican que una zona amortiguadora se extendía entre los dos estados, desde el límite de la nieves perpetuas hasta el océano.¹⁸ En su *Pueblos y culturas del Perú antiguo* (1974), L.G. Lumbreras, el principal arqueólogo andino, afirmaba que el urbanismo y el militarismo empezaron en Wari e influyeron gradualmente en todas las sociedades de los Andes Centrales.

El impulso realizado para la integración interregional procedía sistemáticamente de las tierras altas, excepto el desierto; durante siglos los pueblos costeros desarrollaron frecuentemente su propio potencial oceánico y de irrigación. Gran parte de la anterior arqueología sobre la costa realizada por extranjeros, concentró su interés en la arquitectura espectacular hecha con ladrillos de adobe, o las producciones cerámicas y textiles, cuyas muestras ocupan los museos y las colecciones privadas en todo el mundo. En su «Guía» del tesoro andino en el Museo Americano de Historia Natural, de Nueva York, Wendell C. Bennett y Junius B. Bird se refieren a «un período de artesanos maestros». La arqueología reciente ha intentado proporcionar el soporte cronológico y de organización social para cada tipo de manifestación artística. Es cierto que a través de los siglos, los habitantes de las tierras altas podían, y a menudo lo hacían, interrumpir la florecencia costera cortando y desviando los canales de irrigación que conducían las aguas de los glaciares andinos a las plantaciones del desierto, pero es digno de notar durante cuánto tiempo los grupos locales de la costa pudieron volver a tradiciones más antiguas una vez que el «horizonte» se hubo replegado.

Asimismo, en la sierra, las diversas unidades políticas incorporadas al estado inka, mantuvieron unas características étnicas y una conciencia propias. La rápida

17. Véase Julio C. Tello, *Chavín, cultura matriz de la civilización andina*, ed. Toribio Majiá Xesspe, Lima, 1960; John H. Rowe, «Form and meaning in Chavín art», en John H. Rowe y Dorothy Menzel, eds., *Peruvian Archaeology*, Palo Alto, California, 1967; Donald W. Lathrap, «Our father the cayman, our mother the gourd: Spindem revisited», en C.A. Reed, ed., *Origins of agriculture*, La Haya, 1977, pp. 713-751; Thomas C. Patterson, «Chavín: an interpretation of its spread and influence», en E.P. Benson, ed., *Dumbarton Oaks Conference on Chavín*, Washington, D.C., 1971, pp. 29-48.

18. Elías Mujica, comunicación personal (1980).

expansión de Tawantinsuyu se consiguió absorbiendo todas las entidades políticas de cierta embergadura, sin preocuparse por las aldeas o el paraje étnico local. Los señores locales estaban adaptados a un sistema de «gobierno indirecto»; les tocó a ellos administrar y hacer cumplir el nuevo orden, que se ha considerado menos original, en cuanto que su ideología sólo reivindicaba una proyección sobre un amplio escenario de modelos de la autoridad existente.

La tradición oral en los Andes y la arqueología coinciden en que el Período Intermedio Reciente, durante los siglos anteriores a la expansión inka, había sido *awqa runa* (tiempos de soldados):

se despoblaron de los dichos buenos citios de temor de la guerra y alzamiento y contradicción que tenían entre ellos.

De sus pueblos de tierra baja se fueron a poblarse en altos y serros y peñas ... y comensaron a hazer fortalezas ... y escondedixas ... y comensaron a rreñir y batalla y mucha guerra y mortanza con su señor y rrey, brabos capitanes y ballentes y animosos y peleauan ... y auia mucha muerte ...

y se quitauan a sus mugeres y hijos y ... sus sementeras y chacaras y aseccyas de agua y pastos. Y fueron muy crueles que se rrobaron sus haziendas, rropa ... cobre, hasta lleualle las piedras de moler ...¹⁹

En el Período Antiguo cada región producía distintos artefactos identificables, exentos de cualquier manifestación preandina como las primitivas de Tiwanaku o Wari. Las investigaciones realizadas en la región del lago Titicaca han confirmado la presencia arqueológica en los últimos tiempos de la época preinka, de «casas y lugares ocultos» en el interior de las fuertes murallas defensivas que rodeaban extensiones de 20 hectáreas o más, a unas altitudes por encima de los 4.000 m.²⁰ Cuando fueron conquistados por los inkas, la población que conocemos como los lupaqa fueron desplazados o deportados 3.800 m «hacia abajo», a orillas del lago. Las murallas no necesitaban ser tan largas después de la *pax incaica*; ahora el camino real pasaba a través de 7 «capitales provinciales» lupaqa, algunas de las cuales se convertirían en centros administrativos de los inkas. Algunas llegaban a ocupar hasta 40 hectáreas de espacio urbano y todas ellas pueden distinguirse todavía hoy. Según el khipu en la posesión de Pedro Kutimpu, este grupo de lengua aymara se componía de 20.000 unidades domésticas antes de 1532. El testimonio de sus dos señores fue registrado en 1567 por un inspector enviado desde Lima para verificar el rumor de que estos «yndios del emperador» eran sumamente ricos. El inspector informó que eran verdaderamente ricos: en los tiempos preeuropeos habían manejado centenares de miles de camélidos; incluso un lupaqa admitió que todavía poseía 1.700 cabezas, tras 35 años de haber sufrido saqueos.²¹

Los dos señores que declararon gobernaban Chucuito, una de las 7 «provincias»; eran asimismo señores o reyes de todos los lupaqa.²² Cada una de las otras 6 pro-

19. Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva corónica y buen gobierno* [1615], México, 1980, pp. 63-64.

20. John Hyslop, «El área lupaqa bajo el dominio incaico: un reconocimiento arqueológico», *Histórica*, Lima, 3/1 (1979), pp. 53-80.

21. Díez de San Miguel, *Visita hecha a la provincia de Chucuito*, pp. 303-363.

22. John V. Murra, «An Aymara Kingdom in 1567», en *Ethnohistory*, 15, II (1968), pp. 115-151.

vincias tenían su propio par de jefes, uno para la mitad superior y otro para la inferior. La división dual era un rasgo casi universal en la organización social andina; no hay razón, pues, para atribuirlo a la influencia inka.

Los vínculos de parentesco constituían el principio organizador dentro de las 14 subdivisiones. Cada mitad informaba de unas 10 a 15 *hatha*, a veces traducido como linajes. Desde que los notarios y escribanos europeos prefirieron la terminología quechua de Cusco, se denominaron generalmente *ayllu*. El debate sobre la naturaleza y funciones de esta unidad social tenía una larga historia en los estados andinos, más que los calpulli en Mesoamérica. Cada *hatha lupaq* era una unidad designada; podía disponer de tierras y rebaños, así era en todo el reino, cada mitad y cada una de las 7 unidades políticas. Cada una tenía sus propias autoridades; cada una incluía a familias procedentes de la población aymara predominante y de los oprimidos pescadores uru; no podemos decir en la práctica cómo se logró este resultado ideológico, al unir a gente de clases distintas en un solo grupo de parentesco.²³

No existe ninguna información acerca de santuarios lupaqas desde la inspección de reconocimiento inmediatamente después de la conversión de los señores lupaq a al cristianismo. Habían sido amonestados para no rendir culto a las cimas de las montañas cubiertas de nieve; estaban prohibidas las peregrinaciones a los monumentos erigidos en las ciudades amuralladas preinkas. En 1567 había una minoría de ganaderos prósperos que todavía no estaban bautizados; a algunos [chamanes] y sacerdotes aymaras se les comunicó que saldrían hacia un campo de concentración en una orilla del lago, pero Fray Domingo de Santo Tomás, segundo obispo de Charcas, ordenó su liberación. Autor del primer diccionario y la primera gramática del quechua, el obispo era miembro del Real Consejo de Indias, pero también era confesor de Bartolomé de las Casas; su argumento consistía en que un shaman no podía ser prisionero, puesto que nunca se había convertido y por ello no podía ser apóstata.

Aparece alguna noticia sobre los templos del culto solar construidos por los inkas en territorio lupaq. Una parte de la «provincia» de Yunguyo se hallaba alejada, erigiéndose allí un centro de peregrinación. Miembros de los linajes reales de Cusco se habían reinstalado en Copacabana y las islas próximas a la costa.²⁴ A finales del siglo XVI, la iglesia europea decidió volver a utilizar este centro de peregrinación; y todavía se usan actualmente.

Los lupaqas son los más conocidos de los muchos pueblos aymaras que surgieron durante la época preinka, en la parte más elevada del altiplano. Otras unidades políticas están recibiendo ahora una atención especial, realizándose mapas de sus territorios, incluyendo la costa desértica de Chile.²⁵ Sus tradiciones orales se recogieron ocasionalmente en los papeles de litigios entablados por sus señores en la Audiencia de Charcas; durante una década aproximadamente, la administración colonial alentó este tipo de peticiones por sus propias razones. Estas reclamaciones sobre los

23. El estudioso que ha reflexionado más detenidamente sobre los vínculos de parentesco en las sociedades andinas y su manipulación por parte del estado es R. Tom Zuidema. Véase *The Cuzco System of Cuzco: the social organization of the capital of the Inca*, Leiden, 1964; y «The Inca kinship system: a new theoretical view», en R. Bolton y E. Mayer, eds., *Andean Kinship and Marriage*, Washington, D.C., 1977.

24. Véase Adolph Bandelier, *The islands of Titicaca and Koati*, Nueva York, 1910.

25. Tristan Platt, «Mapas coloniales en la provincia de Chayanta», en Martha Urioste de Aguirre, ed., *Estudios bolivianos en honor a Gunnar Mendoza*, La Paz, 1978.

privilegios antiguos y nuevos, generalmente incluían las genealogías de los litigantes recogidas por los conservadores de registros de vínculos, todavía en ejercicio. Unos de estos demandantes inscribió los nombres de sus predecesores, incluyendo uno que «rindió obediencia» al inka, cuatro generaciones antes. A cambio, recibió una esposa de la corte y su hijo, Moroco, fue recordado en la genealogía como un «inka»; junto con la esposa iban incluidas prendas de ropa tejidas por los artesanos reales y el privilegio de usar una litera.

Otra relación especial entre Cusco y los señores aymaras era su papel militar. A principios de la expansión de Tawantinsuyu, sus ejércitos se reclutaban según el mismo principio de la *mit'a* que movilizaba las energías para otros trabajos públicos: hombres y mujeres iban a la guerra por rotación, ayllu a ayllu, un grupo étnico tras otro. Iban pertrechados con sus armas tradicionales, bajo el mando de sus propios señores étnicos. Nada de esto los liberaba de muchas otras tareas que debían realizar para el Cusco.²⁶

En algún momento de la historia de Tawantinsuyu, esta *mit'a* militar debió considerarse ineficaz: los señores aymaras reclamaron en un memorándum dirigido a Felipe II que la destreza y lealtad militares de sus ancestros habían sido recompensadas y que habían sido liberados de cualquier otra prestación:

hemos sido soldados desde el tiempo de los ingas ... reservados de pechos y alabaldas y de todas las demás tareas y servicios personales que se entiende de guarda de ganados ... y de hacer la mita en la corte de la ciudad del Cuzco y de ser canteros, tejedores de la ropa de cumbe y de abasca y de ser chacareros, albañiles y canteros gente que tenía por costumbre trasponer un cerro a otra parte a puras manos ... no eramos gente bailadores ni truhanes que ... tenían costumbre de cantar canciones delante de los dichos ingas por las victorias ...²⁷

No podemos decir cuales fueron las consecuencias de un servicio militar tan prolongado, como éste haya hecho quedarse rezagada la producción de subsistencia de la población aymara. En cualquier lugar de los Andes, quienes permanecían en su patria étnica eran obligados a trabajar las parcelas de los soldados, pero las largas ausencias, pasando por alto el calendario agrícola, debió haber supuesto un estado de tensión en las reciprocidades basadas en el parentesco, aunque aprovechadas políticamente.

Tampoco podemos decir hasta dónde se extendió la división dual del altiplano en una *urqusuyu* (la media montaña) y una *umasuyu* (la orilla del agua), y si era aymara o incaica. La dicotomía parece haber sido más pronunciada en la región del lago Titicaca. Allí había habido un sustrato lingüístico tras el cual, con la mitad oriental en donde se hablaba el pukina, no el aymara. Desgraciadamente, el filtro inka con el que muchos han visto los temas andinos, todavía no permite desenredar el contexto étnico del dualismo. En sus orígenes, las mitades se habían concentrado o «reunido» en el lago Titicaca, una zona «neutral» con su propio microclima. Se ha descubierto que *urqu* y *uma* se reorganizaron cuando Cusco se convirtió en el núcleo.²⁸

26. Waldemar Espinoza Soriano, «El memorial de Charcas: crónica inédita de 1582», *Cantuta*, Revista de la Universidad Nacional de Educación, Chosica, Perú, 1969.

27. J. Murra, citado en «La Guerre et les rébellions», pp. 931-932.

28. Thérèse Bouysse-Cassagne, «L'Espace aymara: *urco* et *uma*», *AESC*, 33/5-6, 1978, pp. 1.057-1.080.

En los primeros contactos con los europeos, fueron incluidos ritual y administrativamente en la región meridional, el qollasuyu, la más densamente poblada del estado inka.

El componente «acuoso» de la división dual en el altiplano se puede percibir en la presencia de una minoría étnica y ocupacional entre los aymaras, puede que incluso una «casta» de pescadores uru. El verdadero significado de su presencia se está aclarando gracias a las investigaciones más recientes.²⁹ Durante la colonia, estos pescadores se fueron confundiendo con la mayoría aymara; la noción muy difundida de que eran pukina-hablantes y quizás la población autóctona de la laguna, en las alturas andinas, necesita verificación arqueológica.

La correlación entre la información histórica y las excavaciones arqueológicas constituye un método que se ha utilizado tan sólo ocasionalmente en los Andes. Muchos de los enigmas de la historia andina son más accesibles de lo que parece. Existe todavía continuidad en los modos de vida y las lenguas; pese a 450 años de gobierno colonial, incluso se remonta a los tiempos preinkas. Tanto la tradición oral dinástica como la popular se puede obtener, al menos parcialmente, en los testimonios de los testigos y administradores europeos; verificándolos y divulgándolos con la ayuda de la arqueología, se podría conseguir una versión más profunda y menos sensacionalista de las sociedades andinas.

Puede comprobarse que en la época precolonial, la lengua aymara se extendía mucho más ampliamente que en el presente. A los habitantes del altiplano, que habitan al norte del lago Titicaca, todavía se les considera como *qolla* (aymara), por parte de los que viven en el Cusco, incluso aunque hayan pasado a hablar *quishwa*. No sería demasiado difícil averiguar el momento en que tal cambio tuvo lugar y las circunstancias históricas bajo las que se produjo, pero la escasez de estudios filológicos en 1980 todavía nos limita al terreno de las conjeturas. En muchos de los valles del Pacífico, en lo que hoy es Chile y el sur de Perú, se hablaba también aymara; a principios del siglo xx, ciudades rituales en la misma latitud que Lima, en la provincia de Yauyos, hablaban kauki, una variante del aymara.³⁰

Los europeos se refirieron a la lengua de los inkas como quechua, que derivaba de la palabra qhishwa, «valle». La denominación propia, utilizada hasta hoy día por los que hablan la lengua nativa, es *runa simi*, «la lengua del pueblo»; esto no se ha captado en los cultos tratados europeos. Antes de 1532, el quechua era la lengua de la administración inka, y había muchos bilingües; algunas fuentes coloniales se refieren a ella como la «lengua general» (aymara y pukina se describen a veces con la misma denominación). El lingüista Alfredo Torero, ha indicado que el quechua fue, en otro tiempo, el idioma de la costa central, desde donde se propagó antes y después de los inkas.³¹ Las variantes que eran mutuamente comprensibles, se hablaban desde el actual Ecuador en el norte, hasta Tucumán en el sur. La distinción entre los habitantes del altiplano y el valle fue fundamental para la clasificación étnica en los Andes; al parecer, los europeos no diferenciaron entre esta distinción y las lenguas diferentes.

29. Nathan Wachtel, «Hommes d'eau: le problème uru (xvi-xvii siècles)», *AESC*, 33/5-6 (1978), pp. 1.127-1.159.

30. Martha Hardman de Bautista, *Jaqaru: an outline of phonological structure*, La Haya, 1966.

31. Alfredo Torero, *El quechua y la historia social andina*, Lima, 1974.

Se ha hecho poca arqueología seria en el corazón de la tierra inka: el valle de Vilcanota y el área del circum-Cusco. John Howland Rowe inició el estudio científico de los antecedentes inkas³² pero ha atraído a pocos discípulos.

Lo que se puede afirmar con cierta seguridad es que después de un largo período de conflictos que separan el «Horizonte Medio» del Antiguo o del Incaico, Cusco pasó de ser, en el siglo xv, de núcleo de una comunidad local a un importante centro urbano, capital de Tawantinsuyu, que los europeos describieron. No sólo era el centro administrativo del reino sino también el centro ceremonial, donde se sacrificaban diariamente cientos de piezas de finas telas y donde decenas de sacerdotes ayunaban mientras contemplaban los movimientos del sol desde sus observatorios de palacio. Los calendarios estatales inka en este caso no son tan comprensibles como con los mayas, porque los resultados de las observaciones no se registraban en piedra sino que, lo más probable, se plasmaban en tejidos perecederos.³³

La capital estaba situada en el centro de una red de caminos reales que medía unos 20.000 km o más, enlazándola con Chile, el Océano Pacífico y el norte de la línea ecuatorial. La división territorial en cuatro partes llamadas *suyus*, subdivididas a su vez, se ha estudiado, deduciéndose que cada «línea» extendida desde el centro ceremonial unía a una familia real concreta con los santuarios de los que eran sus custodios.³⁴ La mayoría de los linajes reales vivían con su servidumbre, en la ciudad o en los pueblos cercanos. Garcilaso de la Vega, que nació en Cusco sólo algunos años después de la invasión europea, nos proporciona un descripción nostálgica de la ciudad natal de su madre inka, escribiendo desde su exilio andaluz, muchos años más tarde.³⁵ Aunque sin cartografía todo lo que se puede hablar de Tenochtitlan, la capital azteca, tanto arquitectónica como sociológicamente, se puede escribir sobre Cusco, a pesar de una larga década de esfuerzos promovidos por la UNESCO recientemente³⁶

No está claro cuantos de los grupos étnicos incorporados por los inkas estuvieron representados en Cusco. Hemos oído que los chimú, una comunidad costera, pretendían enviar artesanos y mujeres a la ciudad. Los plateros ya se encontraban allí desde 1542, su presencia fue observada por un fraile europeo. El rey chimú esperaba no tener que proporcionar tropas, los soldados de la costa no eran considerados de confianza y uno puede pensar que estuvieran incapacitados para luchar a una altitud de 4.000 m. En ocasión de ceremonias, se esperaba que los extranjeros abandonaran Cusco.

No hay acuerdo en cuanto al grado de intervención directa que Cusco ejerciera en el gobierno de los grupos étnicos incorporados. Los enemigos de los inkas, como el virrey Francisco de Toledo (1568-1581), describieron a los señores étnicos como «tiranos», lo que en la España del siglo xvi significaba que eran «ilegítimos»; nom-

32. John H. Rowe, *An introduction to the archaeology of Cuzco, papers of the Peabody Museum*, 28/2 (1974).

33. John V. Murra, «Cloth and its functions in the Inca state», *American Anthropologist*, 64/4 (1962), pp. 710-728.

34. Zuidema, *Ceque System*.

35. Garcilaso de la Vega, «El Inca». *Primera parte de los Comentarios Reales* [1604], Madrid, 1960.

36. El mejor mapa que se aproxima al aspecto de la ciudad, tal y como se veía antes de 1534, está en: Santiago Agurto Calvo, *Cusco: la traza urbana de la ciudad inca*, Cuzco, 1980.

brados burocráticamente, eran enviados desde la capital real y, en este sentido, no eran «jefes naturales», en absoluto. También se afirma que los inkas agotaron la línea real de parentesco, susceptibles de ser nombrados administradores regionales, y con el tiempo obligados a asimilar dentro del status inka a los habitantes leales de ciertas aldeas que circundaban Cusco. Conocidos como *allikaq* (los que habían progresado, ascendido): «eran los hijos mayores de Papri y Chillque; eran inspectores enviados por todo el reino para examinar los centros administrativos y los telares y los almacenes ... algunos (otros) eran de Quilliscachi y Equeco ...».³⁷

Hay prueba que en algunas regiones rebeldes, especialmente en la costa, los inkas nombraron gobernadores que sustituyeron al «señor natural». Generalmente, se trataba de una línea de parentesco de los «rebeldes», o de familias vecinas, cuya hegemonía regional se habría aprobado en Cusco.³⁸ Sin embargo, la mayor parte de la información que nos ha llegado procede de las tierras altas, debido a la desaparición de la población costera inmediatamente después de 1532: los jefes locales de las tierras altas pertenecían a la comunidad étnica que gobernaban. Comprendieron lo que se les exigía, ya que, al menos en teoría, seguían imperando las normas preinkas. El diagnóstico, absolutamente exacto, el rasgo andino que caracterizaba estas normas, era que las despensas de los campesinos permaneciesen intactas. Efectivamente, ahora tenían que llenar no sólo los almacenes de su propio señor y del santuario local sino que también tenían que generar rentas al estado, trabajando sus parcelas recién enajenadas o de nuevo regadío, y cuidando los rebaños de camélidos pertenecientes al estado.

A pesar de todo, había una burocracia «federal»: estaban situados en grandes centros administrativos como Willka Waman, Huanuco Pampa, Paria o Tumi Pampa, todos construidos a lo largo del camino real. De ellos, únicamente se ha estudiado detalladamente Huanuco Pampa: ocupaba casi dos km², y contenía hasta 5.000 edificios, entre viviendas y palacios, además de 500 almacenes. La ciudad pudo haber albergado entre 12.000 y 15.000 habitantes, la mayoría tenían que servir en sus turnos de mit'a, aunque algunos vivían allí de modo más permanente, como las tejedoras y cocineras de los *aqllawasi*, sus envejecidos guardianes, los administradores que estaban a cargo de los almacenes y los especialistas religiosos.³⁹ ¿Cuántos de estos eran «inkas», ya fueran miembros de los linajes reales o *allikaq*? Un escritor andino como Waman Poma, afirmaba que todos sus parientes que no pertenecían a la realeza ocupaban otros tantos puestos «federales» en los centros administrativos.

Cualquiera que fueran las proporciones a lo largo del camino, funcionarios reales «inspeccionaban» al pueblo, los señores provinciales y sus territorios. La mejor información sobre sus relaciones procede de una inspección realizada en 1562 a los chupaychu, un pequeño grupo étnico del valle Huallaga, situado a unos dos días de camino desde Huanuco Pampa. Durante las entrevistas, realizadas en su propia región, declararon que antes de 1532 habían sido:

37. Waman Puma de Ayala, *Nueva corónica*, pp. 363 (365).

38. I. Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia de León de Huánuco* [1562], II, p. 46.

39. Craig Morris, «Reconstructing patterns of non-agricultural production in the Inca economy», en Charlotte B. Moore, ed., *Reconstructing complex societies*, Cambridge, Mass., 1972; idem, «Tecnología y organización inca del almacenamiento de víveres en la sierra», en Heather Lechtman y Ana María Soldi, eds., *Runakunap Kawsayninkupaq Rurasqankunaqa*, I, México, 1981, pp. 327-375.

cuando el dicho ynga gobernador venia a visitar las dichas cuatro guarangas [unidad de 1.000 unidades domésticas] si hallaba a algún cacique o principal culpable de cinco culpas muy principales ...

como era no haber obedecido lo que el ynga señor principal había enviado a mandar o haberse querido rebelar contra el o haber tenido negligencia en recoger o llevar los tributos y como es no haber hecho los sacrificios que tres veces en el año eran obligados a hacer y como era no haber ocupado a los yndios en su servicio haciendo ropa u otras cosas para el dejado de hacer lo que tocaba y por otras cosas semejantes a estas siendo cinco culpas le quitaban el señorío ... lo daban al hermano o pariente ...⁴⁰

Ninguna de las crónicas europeas nos ha ofrecido tanta información sobre la articulación que existía entre los señores étnicos y el estado en términos explícitos. Otro testigo, más viejo que el anterior, llamado Xagua y con experiencia en el servicio antes de 1532 en Cusco, explicó a los inspectores europeos que cuando el señor local moría;

iba el dicho inga señor principal el cual si hablaba al hijo habil para mandar le daba la tiana y lo nombraba por señor y no lo siendo nombraba otro de los que con el andaban que le servian que fuese para ello ...

no se osaba de su autoridad entrar en el señorío hasta ir al Cuzco personalmente al ynga para que le diese licencia y silla en su cacicazgo ... y si el hijo del cacique era muchacho y no para mandar lo llevaban al Cuzco y el inga nombraba un deudo o pariente mas cercano del cacique muerto que fuese cacique en su lugar y este lo era en tanto que vivia y no lo quitaba ...

Otro anciano testigo podía recordar más allá del reinado inka y se refería a aquellos tiempos: «antes que el inga viniese a esta tierra cuando algun cacique moria daban los yndios sujetos al muerto el señorío a otro que fuese valiente y no lo daban al hijo».

En este caso, el testigo confirmaba lo que algunos escritores europeos habían registrado sobre las costumbres inkas: un cambio de «la selección del valiente», en lo que eran awqa runa o tiempos militares, hacia una mayor rigidez en las líneas hereditarias.⁴¹

Los testigos, procedentes del valle de Huallaga, no daban más detalles sobre el censo dirigido por las autoridades de Cusco, como parte de sus «inspecciones». Periódicamente, las familias eran enumeradas y los resultados plasmados en los nudos de los registros khipu. Según Waman Puma, se clasificaba a los hombres y las mujeres en 10 grupos de edad.⁴² Los censos coincidían con el reconocimiento estatal de los matrimonios más recientes: las nuevas parejas estaban entonces inscritas en su grupo apropiado. Ningún soltero, sin importar la edad, prestaba servicios personales en la mit'a; ella o él eran parte de la familia de cada uno. Para concertar un

40. Ortiz de Zúñiga, *Visita a la provincia de León de Huánuco* [1562], II, pp. 45-49. 9.

41. John V. Murra, «La visita de los chupachu como fuente etnológica, parte II: Las autoridades étnicas tradicionales», en I. Ortiz de Zúñiga, *La provincia de León de Huánuco*, p. 381-406.

42. Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica*, pp. 196-236.

matrimonio las características ideológicas del estado inka lo hacían pasar por un rito familiar de trámite, dentro del aparato oficial.⁴³

Hay evidencias de que en los últimos tiempos de la época inka se realizó un esfuerzo para ir más allá del principio étnico, cuyo reconocimiento había regido las relaciones del estado con sus unidades integrantes. Se introdujo un vocabulario administrativo, que se relacionaba con el orden decimal de los nudos atados a las cuerdas de los khipu. Los señores étnicos y sus provincias podían ahora registrarse en los censos por muchos miles, cientos e incluso pequeños grupos de familias. Los señores de los *wanka* fueron llamados para gobernar 28 unidades de 1.000 o *waranqa*; los de los *lupaqa*s, 20. Xulca Condor, en el alto Huallaga, registró sólo tres *pachaka* de 100 familias cada una, mientras que su vecino río abajo, Pawkar Waman, declaraba haber gobernado a 4 *waranqa*.

Hasta qué punto esta tentativa decimal fue más allá del censo realizado por la administración efectiva de los grupos étnicos sometidos es algo incierto. En principio, no había ningún aparato burocrático que pudiera mantener unidades sociales y étnicas puras, modelos decimales. Cuando se dispuso del material de Huallaga, fue posible utilizar las cifras casa por casa para demostrar que una *pachaka* correspondía a un grupo de 5 caseríos vecinos.⁴⁴ Incluso en 1549, tras una larga resistencia ante los europeos, que duró 10 años, estas 5 unidades registraron una población de 59 familias. Trece años más tarde, habían recuperado hasta 75. Un especialista sueco, Ake Wedin, ha relacionado la aparición del vocabulario decimal con necesidades militares. Para ser precisos, cabría esperar que se usara con más frecuencia entre los aymaras, en el sur de los Andes. Sin embargo, encontramos su mayor utilización en el norte, donde algunos piensan que los inkas lo habían adoptado de la práctica local.⁴⁵

Si uno trata de averiguar hasta qué punto la intervención inka en los asuntos locales, cotidianos, desafiaba a la autoridad del jefe étnico, la información empleada es incompleta. Un testigo declara que:

las causas civiles sobre bienes y haciendas el cacique principal iba a ver la tierra sobre que era la diferencia ... y averiguaba por los quipos y antigüedad que entre ellos había cuyo era ...

y siendo casos arduos de importancia y muertes no lo ejecutaban entre ellos y la hacían saber al ynga el cual dicho ynga enviaba un ynga y señor su deudo a tomar cuenta al cacique principal ...

si le hallaban culpable en algo lo reñían y castigaban y que no sabe si le quitaban el señorío ... los desagruaiua y castigaba ... lo mismo podía hacerlo el cacique principal en ausencia del ynga.

La última frase es en algunos sentidos la más significativa. Mucho antes de los inkas, pero también hoy día, la jefatura étnica en los Andes ha confirmado anualmente los derechos sobre la tierra, de los linajes y las familias. Aunque los repre-

43. John V. Murra, *The economic organization of the Inca state*, Greenwich, Conn., n., 1955; nueva edición 1980, p. 98.

44. Gordon J. Hadden, «Un ensayo de demografía histórica y etnológica en Huánuco», en I. Ortiz de Zúñiga [1562], *Visita a la provincia de León de Huánuco*, I, pp. 371-380.).

45. John H. Rowe, «The Kingdom of Chimor», *Acta Americana*, 6/I-II, México (1948), pp. 26-59.

sentantes del estado pudieran haber actuado en una apelación, nuestra visión del estado inka pronosticaría que las decisiones locales sobre las parcelas agrícolas permanecerían en manos de las etnias.

De acuerdo con el testigo del valle Huallaga, Cusco había introducido algunas limitaciones en la autoridad de los señores étnicos para decidir en asuntos de vida o muerte. En casos de homicidio, un testigo declaraba: «llevaron al acusado delante de el [el inka] y en presencia del cacique local, en la plaza publica el testigo ... describió el crimen ... y si había asesinado pero se daba una explicación, [ellos] no lo mataban sino que lo castigaban azotándolo ... y obligándole a mantener a la viuda e hijos ...».

No se puede afirmar la frecuencia con que se producían estos viajes de «inspección». El escritor andino Waman Puma pretende que tenían lugar cada seis meses; los testigos citados anteriormente, una vez al año. Si era cierto, dicha frecuencia habría requerido desplazar desde Cusco a un grupo numeroso de «orejones», de lo que no hay pruebas objetivas. Tan lejos como podemos reconstruirlo, el sistema político se mantenía en lo alto y a través de él se anunciaban las reuniones públicas que se celebraban en el *usnu* construido en cada uno de los grandes centros administrativos de dimensiones urbanas que se encontraban a lo largo del camino real. Parece ser que la ejecución de cualquier política se dejaba en manos de los jefes de las etnias locales, hombres de confianza del sistema, quienes decidían los turnos de *mit'a* que realizaban una tarea concreta. La capacidad de la autoridad étnica para movilizar y dirigir a un gran número de cultivadores, trabajadores para la construcción, o soldados se adquiría por concesión y se puso a prueba en los primeros días de la invasión europea, cuando Pizarro o Benalcázar pudieron contar con sus aliados andinos para aumentar sus ejércitos y porteadores sin los cuales la invasión no se hubiera realizado.

La variedad de tareas que la *mit'a* prehispánica comprendía era muy amplia. Disponemos de una relación, única hasta ahora, que data de 1549, por la que se reclama la enumeración de tareas que un solo grupo étnico, relativamente pequeño, debía realizar para Cusco.⁴⁶ Tan sólo 7 años más tarde, se hacía constar que los chupaychu del valle Huallaga habían sido sometidos al dominio europeo. Quienes informaban, lo hicieron empleando todavía el vocabulario decimal para describir la organización local. Cuando los interrogadores quisieron conocer lo que las «4.000» familias habían «dado» al estado, Pawkar Waman y sus pares respondieron leyendo en un khipu de 25 a 30 cuerdas. La relación está probablemente incompleta; las cantidades reclamadas parecen muy amplias y no están confirmadas por ninguna otra fuente disponible. Sin embargo, la escasez de muestras no debería disuadirnos de la utilización de los khipu, sino para los números citados, que pueden ser simplemente malinterpretados, puesto que según los grupos étnicos el khipu solía agrupar tipos de compromisos. Un testigo que llegaba a los Andes, como el trompeta de Francisco Pizarro, declaró en otro caso:

los indios de este país tienen registros y cuentas de las cosas que dan a sus señores ... empleando lo que ellos llaman quipos; todo lo que dan [incluso] desde hace mucho tiempo se registra también allí. Y este testigo sabe que dichos quipos son muy exactos.

46. Ortiz de Zúñiga, *Visita la provincia de León de Huánuco* [1562], II, pp. 289-310. 0.

tos y veraces pues en numerosas y distintas ocasiones el testigo ha comprobado algunas cuentas que ha tenido con indios contando las cosas que le había dado a ellos. Y comprobó que los quipos que los citados indios tenían eran muy exactos ...⁴⁷

Las dos primeras cuerdas que el contable de Pawkar Waman leyó en 1549 probablemente no estaban en orden; se le había preguntado si tenían minas o las habían tenido, para determinar los indios que se habían «tirado» al interior de las minas de oro. La respuesta fue: tres hombres y tres mujeres de cada pachaka, 100 unidades domésticas servían un año cada uno.

El encargado del registro estaba entonces autorizado para actuar según su propio criterio. En primer lugar enumeraba las 8 obligaciones que se debían a la corona inka en Cusco y fuera de la ciudad. Una de ellas consistía en enviar 400 «yndios» a la capital, situada a unos 60 días de camino desde sus casas, para «hacer paredes». Otros 400 fueron a sembrar, «para que comiese la gente», se supone que los albañiles ausentes. Incluso considerando la posibilidad de que los 400 se refirieran a los dos sexos, aunque fueran 400 pares o parejas del total de los 4.000 hogares, se trata de un porcentaje muy alto sobre toda una población chupaychu. Si el resto de los grupos étnicos hubieran enviado tan altas proporciones a Cusco, no habría habido espacio físico para acogerlos a todos. Una solución fácil, pues, sería aceptar un error de traducción o de copia, ya que el intérprete era local y la aritmética española le podría resultar desconocida. Los 400 albañiles podrían coincidir con los 400 labradores, ya que con frecuencia la gente enviada a realizar las obligaciones de la mit'a tenía que producir sus propios alimentos. Otra explicación sería admitir que los señores tendrían alguna razón para exagerar sus cargas en tiempos de los inkas. Esas ocho cuerdas incluían también a la gente que custodiaba la momia del rey Thupa; otros estaban destinados en las guarniciones que se enfrentaban a los rebeldes del Lejano Norte.

Las siguientes 10 cuerdas, aproximadamente, se referían a las obligaciones realizadas en la región más próxima al hogar, dentro del territorio disperso sobre el que los chupaychus mandaban, situado en el actual departamento de Huánuco. Comprendían a los pastores de los rebaños de camélidos estatales, tejer su lana y «hacer tinturas y colores» para teñirlas. Tres cuerdas enumeraban las minas de sal y las cosechas de pimientos y hoja de coca. La cuerda número 13 trataba del nivel principal del país de los chupaychus, el ancho cauce del Pillkumayu, el río conocido hoy como Huallaga. Allí el pueblo de Pawkar Waman proporcionó 40 «yndios» que: «para guardar de las chacaras ... en todo este valle ... y el maíz dellas llevando la mayor parte al Cusco y lo demas a los depositos [en Huanuco Pampa] ...».⁴⁸

Esta es la única referencia en el khipu de las tierras enajenadas por el estado en el territorio chupaychu.

Las cuerdas 17 a 20 formaban una macrocategoría de artesanos especializados que también permanecían en el área próxima. Una se refería a los ojeadores de caza real, otra a los zapateros, que hacían sandalias, una tercera a los «carpinteros para hacer platos y escudillas» en las zonas boscosas río abajo de sus asentamientos prin-

47. Waldemar Espinoza Soriano, «Los Huanca aliados de la conquista (1560)», *Anales Científicos de la Universidad del Centro, Huancayo*, I (1971-1972), p. 367.

48. J. Ortiz de Zúñiga, *Visita a la provincia de León de Huánuco* [1562], II, p. 306. 6.

cipales. Este era también el nivel donde se cultivaba la hoja de coca, pero las 2 cuerdas que referían estas obligaciones no estaban contiguas en el khipu cuando se registró.

Con las cuerdas 21 a 24 se volvía a las actividades relacionadas con las instalaciones del estado, a excepción de las que se referían al centro administrativo regional de los inkas en Huanuco Pampa, a dos días de camino desde el valle Huallaga. Allí, 68 familias chupaychus proporcionaban «guardas», un oficio que compartían con otros muchos grupos étnicos de la región, pero hasta ahora, las investigaciones arqueológicas no han sido capaces de determinar la situación del radio en donde se reclutaban para este gran centro de tipo urbano.

Ocho familias más enviaban porteadores, preparados para transportar cargas a lo largo del camino real. Únicamente constaban dos paradas en el camino, una a 5 días de marcha hacia el sur y la otra sólo a un día. Las crónicas europeas cuentan que a estos porteadores se les podía confiar un solo día de transporte, pero algunos estudiosos del sistema de comunicaciones inka, como John Hyslop, ponen en duda este aspecto. Cuarenta hombres ancianos fueron designados como guardia «de las doncellas del Ynka»; eran las *aqlla*, las «escogidas» que tejían y cocinaban para las tropas que pasaban, en su camino hacia el norte.

La última cuerda leída, la número 25, nos remite a la agricultura y al valle próximo al hogar: 500 familias «sembraban y hacían otras cosas sin salir de sus tierras». Este es el mayor número registrado en los khipu y se refiere superficialmente a la misma clase de tareas que en la cuerda 13. En este caso, el maíz se cultivaba bien; había una importante cosecha suntuaria y ceremonial. La cerveza que se elaboraba a partir de estos cultivos era indispensable para las ceremonias e institucionalizaba la «generosidad». Podemos suponer que los 40 indios de la cuerda 13, una familia de cada pachaka, eran los responsables durante todo un año, mientras que los 500 seguían el turno rotatorio como cultivadores.

Todas estas múltiples actividades, sin tener en cuenta su diversidad, pueden resumirse en las prestaciones de la *mit'a*: el servicio militar, el cultivo, la construcción, que suponían todas ellas un gasto de energía que se realizaba en beneficio del estado por todos los grupos étnicos prácticamente incorporados al Tawantinsuyu. Ninguna de estas cuerdas significaba tener que dar o «pagar» nada de los propios recursos personales —si exceptuamos las tierras enajenadas inicialmente y que, en ese momento, se trabajaban en beneficio del estado, la corona y el Sol.

Sin embargo, había una excepción: las cuerdas 8 y 9 se ocupaban de los «que hacían plumas» y recogían miel. Se trataba, pues, de productos no cultivados, que los jóvenes solteros entregaban (¿a quién?), como un subproducto de su trabajo cuidando el ganado y explorando el terreno, en beneficio de sus casas. En este sentido, «no había tributos» en la sociedad inka: los únicos productos en especie que se entregaban al estado los proporcionaban quienes no habían formado todavía su propia casa; los productos eran «crudos», según la dicotomía de Claude Lévi-Strauss. A la autoridad no se le debía entregar nada «cocido», nada que se hubiera cultivado o manufacturado para la propia despensa particular.

El hecho de que las rentas del estado consistieran abrumadoramente en prestaciones en forma de energía, en tiempo empleado en beneficio del estado, dentro de una amplia gama de iniciativas, aparece claramente en los khipu de los chupaychus. Entre los testigos presenciales europeos, el que comprendió mejor todo esto fue Cieza

de León y el licenciado Polo. Ellos lo describen fielmente y contrastan esta carga con los tributos en especie que se imponían a las poblaciones andinas en la década de 1550. El mismo sistema de inspección de 1549 recoge también lo que los chupaychus entregaban en ese momento a Gómez Arias de Ávila, su encomendero. Este khipu consiste en una larga lista de sacos de hoja de coca, prendas de vestir acabadas, calzado europeo, tejas, alimentos exóticos y aves de corral; todos ellos se esperaban entregar en especie. La yuxtaposición de las páginas inmediatas, al referir las rentas generadas de acuerdo con los principios andinos y europeos, no podía ser más dramática.

La rápida expansión de Tawantinsuyu en torno a unos 4.000 km desde el actual Ecuador en el norte hasta Chile y Argentina en el sur, llevada a cabo en menos de un siglo, introdujo cambios en las antiguas dimensiones fundamentales de la organización andina. Se crearon tensiones en las relaciones administrativas y religiosas. El gobierno indirecto, a través de los señores étnicos y los santuarios locales se volvió más difícil. La complementariedad ecológica operaba mejor allí donde no había una amplia red de mercados; las rentas del estado basadas en las prestaciones de la mit'a resultaban más fáciles de imponer donde las autoridades políticas de la región utilizaban tales tipos de rentas. Sin embargo, en torno al 1500 d.C., muchas de estas condiciones previas ya no eran obvias.

Los ejércitos de Cusco se encontraron con regiones desconocidas, de clima templado o ecuatorial y, por lo tanto, con unas circunstancias ecológicas nuevas. Así, al norte de Cajamarca, en Perú, las condiciones de la puna se sustituían por climas más cálidos y lluviosos, en los que nadie vivía a 4.000 m de altitud; en donde no podían hacerse reservas heladas y secas, las denominadas ch'uñu y ch'arki; y donde la complementariedad ecológica, si se daba, se practicaba en menor medida y con carácter fuertemente local.

En la puna, donde existe la mayor densidad de población, los intercambios complementarios permanecían en manos del grupo étnico. El comercio y el trueque, si se producían, eran marginales, pues las caravanas de un solo grupo étnico relacionaba el núcleo político y económico con las colonias que tenían bajo control. Cuando las distancias eran cortas y los contrastes mínimos, los intercambios podían quedar en manos de las familias campesinas, pero también podían pasar a manos de los forasteros, algunos de ellos comerciantes profesionales. Roswith Hartmann ha subrayado que los modelos meridionales que seguían el principio de «sin mercado ni comercio», no se podía aplicar a todo el Tawantinsuyu.⁴⁹ Udo Oberem y Frank Salomon han demostrado que en la zona de Pasto-Carchi existían los *mindala*, especialistas en intercambios comerciales entre distancias largas y medias. Uno de los artículos suntuarios que vendían era la hoja de coca que los habitantes de las tierras bajas cultivaban en el norte, quienes no eran los colonos de las tierras altas; además se cotizaban otros artículos ligeros de peso, aunque de gran valor. Salomon indica que los comerciantes disfrutaban de la protección política de los jefes étnicos de las tierras altas, y podían dedicar todo su tiempo al intercambio.⁵⁰

49. Roswith Hartmann, *Märkte im alten Peru*, Bonn, 1968.

50. Udo Oberem, «El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI)», en *International Congress of Americanists, Actes*. París, 1978, IV; Frank Salomon, «Systèmes politiques véricaux aux marches de l'empire inca», en *AESC*, 33/5-6 (1978), pp. 967-989.

En el norte, el Tawantinsuyu encontró la resistencia más violenta con que se había enfrentado. La tradición oral dinástica hace constar una y otra vez la necesidad de «reconquistar» los territorios al norte de Tumipampa, la actual Cuenca. Estos desafíos militares presumiblemente fomentados por el Inka para poner a prueba a los soldados de los aymara meridionales, que no pertenecían a la mit'a; tan sólo 12 años antes de la invasión europea éstos serían reemplazados para los cañaris, ex-rebeldes de la zona, que se habían escogido para realizar obligaciones militares, prácticamente en dedicación exclusiva. Frank Salomon ha investigado los pormenores de la expansión inka en el norte, demostrando que el intento de imponer las instituciones sociales y económicas del sur resultó tardío y parcial.⁵¹

Las nuevas distancias largas que había que recorrer desde Cusco también hacían difícil, si no imposible, que los mitmaq ejercitaran sus derechos residuales del «archipiélago» en su unidad política de origen. En 1532, la población se podía censar todavía en el khipu de su grupo de origen, pero si entonces estaban demasiado alejados y sus nuevas obligaciones muy especializadas, la gente tendía a permanecer en donde se hubieran vuelto a instalar. Incluso la aparición y la victoria de los europeos no convencieron a algunos mitmaq para que regresaran a sus lugares de origen, a menos que procedieran de los grupos étnicos cercanos, como sucedía con los «mil» tejedores del estado en Huancané.

Otro factor que fomentaba la formación de asentamientos permanentes lejos de su base étnica eran los privilegios otorgados a los repobladores. En el valle de Huallaga las inspecciones de 1549 y 1562 consignaron las quejas de los recién llegados y sus descendientes nacidos allí, que tan pronto como el régimen inka se derrumbó, los habitantes habían recuperado muchos de sus campos que se habían expropiado en beneficio de los mitmaq. Y todavía no hay pruebas de que ninguno de los demandantes regresara a sus propias regiones; simplemente, abandonaron la custodia de las fortalezas que les había encargado, volviendo a instalarse entre los nativos.

Waldemar Espinoza ha publicado documentos sobre los rigurosos repoblamientos de colonias inkas, que se obligaban a hacer en la región de Abancay;⁵² un alto porcentaje de la población local fue deportada a otros lugares y sus terrenos cedidos a los mitmaq, algunos tan alejados como el actual Ecuador. Se tomaron medidas similares a lo largo de la costa, donde los inkas tuvieron ocasión de encontrar una seria resistencia: las sociedades que disponían de un sistema de irrigación local se habían desarticulado, un porcentaje más alto de las tierras costeras se habían expropiado para uso del estado, los habitantes de las tierras bajas no confiaron en el ejército, imponiéndose los templos del culto solar. Se desconoce hasta qué punto los habitantes de las tierras bajas intervinieron en el tráfico por la costa, por medio de balsas, hacia las aguas cálidas del golfo de Guayaquil,⁵³ pero probablemente no permaneció sin alteraciones.

51. Frank Salomon, *Ethnic lords of Quito in the ages of the Incas: the political economy of north-Andean chiefdoms*, Cornell, 1978.

52. Waldemar Espinoza Soriano, «Colonias de mitmas múltiples en Abancay, siglos xv y xvi: una información inédita de 1575 para la etnohistoria andina», *Revista del Museo Nacional*, 39, (Lima, 1973), pp. 225-299.

53. María Rostworowski de Díez Canseco, «Mercadores del valle de Chíncha en la época prehispánica», *Revista Española de Antropología Americana*, 5 (Madrid, 1970), pp. 135-178; John V. Murra, «El tráfico de muelu en la Costa del Pacífico», en *Formaciones económicas* (1975).

Los casos más extremos de repoblación que el estado llevó a cabo van más allá de cualquier posible extensión del principio de complementariedad ecológica. Comprenden dos amplios valles productores de maíz, en Yucay y en Cochabamba. En ambos casos se deportó a la población aborigen, renovándose los habitantes.⁵⁴ Aparentemente no se hizo ningún esfuerzo para representar este repoblamiento en términos aceptablemente ideológicos: las regiones abandonadas eran demasiado completas para poder explicarlo en términos del «acceso a la máxima variedad de recursos».

En Yucay, cerca de Cusco, el repoblamiento tuvo que hacerse con fines políticos: entre los que se transfirieron estaban los soldados con dedicación completa cooptados entre los rebeldes cañaris del norte. Esta dedicación exclusiva a las obligaciones militares podría no tener precedentes en los Andes; pero como los charkas, a quienes se les sustituyó sólo 12 años antes de 1532, los cañaris fueron reclutados entre las líneas étnicas, esperando poder cultivar todavía sus propios productos alimenticios cuando regresaran a casa.⁵⁵

En Cochabamba, el mayor valle de cultivo de maíz en todo el Tawantinsuyu, la población local también fue expulsada, pero en este caso se dio un paso sin precedentes en el aumento de la productividad en la superficie cultivada por el estado. En tiempos del rey Wayna Qhapaq, inmediatamente antes de la invasión europea, el nuevo territorio abandonado se dividió primeramente en cuadrantes y cada uno de éstos en franjas, que se extendían «de cordillera a cordillera». Cada franja se asignaba a un grupo de lengua aymara de las tierras altas que habitaban desde el lago Titicaca al norte, hasta el desierto de Atacama en el sur; los cultivadores que proporcionaban no eran colonos mitmaq sino *mit'ayuq*, enviados temporalmente por turnos. En cada cuadrante, por algunas hileras de maíz que se destinaban para alimentar a la mit'a (que comprendía no menos de 13.000 cultivadores o 2.400 almacenes locales), la mayor parte del trigo cosechado se enviaba al centro administrativo que los inkas habían construido en Paria, en el altiplano, y desde allí a Cusco.⁵⁶ La sustitución del principio de los mitmaq por una nueva modalidad de mit'a debió haber tenido implicaciones ideológicas que no han sido desveladas todavía.

En los últimos tiempos de los inkas se produjo otro cambio que tuvo al final consecuencias de amplio alcance: la aparición de poblaciones, con respecto a las que el estado rompió su afiliación y enumeración con respecto al grupo original. Estos pueblos dedicaban la jornada completa a los asuntos del monarca, y posiblemente incluso a los del estado. Ya se ha mencionado el caso de las mujeres aqlla, «elegidas» para tejer un beneficio del estado y los reyes; Waman Puma supo que habían existido seis clases de aqlla con diferentes status y responsabilidades.⁵⁷ Prácticamente no se conoce nada sobre su organización interna, porque como resultaron atractivas para los españoles (quienes las identificaban como monjas), desaparecieron casi inmediatamente después de 1532. La figura equivalente en los hombres eran los *yana*, a quienes se les destituyó de sus cargos y de la autoridad que ejercían en

54. Nathan Wachtel, «Les mitimaes de la vallée de Cochabamba: la politique de colonisation de Wayna Capac», *Journal de la Société des Américanistes*, París, 1980.

55. J. Murra, «La Guerre et les rébellions», pp. 933-934.

56. N. Wachtel, «Les Mitimaes».

57. Guamán Poma de Ayala, *Nueva Corónica y buen gobierno*, pp. 298-300 (300-302). 2).

los asentamientos tradicionales. A diferencia de las *aqlla*, constituían familias y trabajaban exclusivamente como artesanos, pastores y cultivadores.

Existen pruebas de que se asignaban criados *preinkas* a las familias *polígenas* de los señores étnicos. Una autoridad secundaria del valle de Huallaga hablaba de cuatro *yana* locales: uno, que habitaba sobre el valle principal, cuidaba el ganado de los señores; el segundo trabajaba abajo, en los campos de hojas de coca; los dos últimos vivían en el mismo asentamiento con su señor y se ocupaban de sus múltiples intereses. Puede ser una simple coincidencia que el número de sus *yana* fuera el mismo que el de esposas.⁵⁸

Sin embargo, como se refleja en la tradición oral dinástica, la ideología inka exigía que los *yana* fueran una innovación suya. Un «hermano» real, enviado para realizar una inspección en el reino y dirigir un censo, declaró haber ocultado la existencia de algunas poblaciones del *kipu*, con objeto de utilizarlas en un desafío dinástico ante el pariente que reinaba. La conspiración fracasó y la piel del hermano se transformó en la de un tambor; las poblaciones que excluyó de su informe fueron consideradas rebeldes y por ello, debían ser aniquiladas. Se supone que la reina pudo detener la masacre haciendo ver a su esposo que los «rebeldes» podrían trabajar en beneficio de las haciendas reales. Debido a que el lugar donde todo esto sucedió se llamaba *Yanayaku*, entonces los criados denominaron *yana*, y algunas veces *yanayakus*.⁵⁹

Los cronistas europeos observaron a estas poblaciones cuando eran «libres» de sus obligaciones étnicas y de parentesco, pues ya no se censaban en su *kipu* de origen. Mientras que muchos han afirmado que su status de servicio tenía carácter hereditario, no existen pruebas decisivas de esto: en una de las pocas menciones veraces sobre su destino, los relatos antiguos afirmaban que únicamente el hijo del *yana* que fuera «adecuado» podría hacer bien su trabajo. El resto volvería supuestamente al lugar de origen étnico. Hay mucha fuerza en el testimonio como para interpretar que los *yana* eran esclavos.⁶⁰

Los intentos de presentar como privilegios lo que en realidad eran tareas duras y nuevos cambios en el status son anteriores a los inkas con toda probabilidad. El nombre de las *aqlla*, separadas de su grupo étnico y de sus futuros maridos, procedía de *aqllay*, que significaba seleccionar, escoger; el nombre de los *yana* procedía de *yanapay*, es decir, asistir por completo, ayudar a alguien sin hacer un cálculo exacto de las ganancias. Los criados deportados veían su nueva actividad como una variante de la clase de obligaciones recíprocas más desinteresadas y que se realizaban por interés emocional.⁶¹ Es dudoso que nadie fuera admitido para trabajar en el estado inka por mecanismos verbales tan transparentes; todavía desconocemos mucho sobre estas poblaciones de criados. Una de las dimensiones más accesibles de su status y sus funciones sería su porcentaje entre la población total. Mientras el índice total era aparentemente bajo (en torno al 1 por 100 de la población), este no

58. John V. Murra, «La visita de los *chupachu*».

59. John V. Murra, «Nueva información sobre las poblaciones *yana*», en *Formaciones económicas*.

60. Emilio Choy, *Antropología e historia* (Lima, 1979). Para el debate sobre el modo de producción que predominaba en 1532, véanse varios artículos reproducidos en Waldemar Espinoza Soriano, ed., *Los modos de producción en el imperio de los incas*, Lima, 1978.

61. John V. Murra, «Nueva información sobre las poblaciones *yana*».

tiene que ser el único factor a considerar. Si bien la tendencia era a aumentar, y pese a que las «rebeliones» afectaron a su status, los yana fueron quienes presagiaron el futuro. En 1500 el Tawantinsuyu se había alejado completamente de los grupos étnicos autónomos que hablaban sus propias lenguas, adoraban a sus propios dioses y, como un grupo étnico, podían satisfacer gran parte de sus necesidades. Todo esto se vería afectado y, a la larga, amenazado con la aparición de los criados que trabajaban en dedicación exclusiva.⁶²

62. Para un tratamiento complementario sobre las sociedades andinas antes de la invasión europea, véase *HALC*, I, Wachtel, cap. 7, pp. 177-180.

Capítulo 4

LOS INDIOS DE AMÉRICA DEL SUR MERIDIONAL A MEDIADOS DEL SIGLO XVI

En la época de la invasión europea en América del Sur, el cono sur presentaba a primera vista una abigarrada configuración de grupos étnicos y sociales diferentes y cambiantes. Al norte se encontraban las grandes civilizaciones andinas, caracterizadas por: estructuras del estado complejas y centralizadas, desarrollo tecnológico sorprendente, formas de organización económicas singulares, límites de los grupos étnicos estables y derechos sobre la tierra bien definidos, junto con un sistema de comunicaciones desplegado durante siglos. Las culturas correspondientes al cono sur ofrecen de modo inevitable un pálido contraste. La influencia de los estados situados al norte se experimentaba verdaderamente en muchas regiones. Hacia 1532, el imperio inca se extendía al sur hasta la actual Santiago de Chile, pero tanto los datos como los documentos arqueológicos dan pruebas de movimientos, intercambio y comunicación más allá de los límites de un simple sistema político. Este capítulo trata de indicar la complementariedad ecológica de los distintos pueblos cada uno en su entorno particular, así como los patrones de asentamiento establecidos en diferentes contextos ecológicos; algunos de ellos eran nómadas, otros transhumantes, unas veces coexistían pacíficamente con sus vecinos, en otras se encontraban compitiendo por recursos concretos, en tanto algunos tenían una especialización económica tal que su sustento dependía de un sistema de circulación de artículos de subsistencia complejo y de amplio alcance.

La gran complejidad del estado inca fue en parte responsable de la acelerada subyugación al reino español. Por el contrario las sociedades menos asentadas y centralizadas de la periferia sur y nordeste del continente no llegaron a subyugarse tan fácilmente. En algunos casos, por ejemplo, los célebres araucanos, la dominación europea se produjo sólo tras siglos de presión militar. Por desgracia para los historiadores, dicha resistencia nos ha proporcionado un conocimiento parcial y fragmentario de estos pueblos. En la actualidad, podemos ofrecer sólo una clasificación de los pueblos del cono sur, procurando establecer los posibles vínculos históricos entre las diferentes sociedades y áreas.

Para los propósitos de esta obra los pueblos del cono sur han sido divididos en tres áreas geográficas y culturales, una clasificación basada en un criterio especialmente económico. Ningún sistema de clasificación está exento de inconsistencia, lagunas y contradicciones, pero esta división nos parece útil para intentar una descrip-

ción y análisis relativamente ordenado y coherente de los siguientes conjuntos protohistóricos:

1. Los agricultores andinos meridionales;
2. Los agricultores de las tierras bajas que convivían con los cazadores, pescadores y recolectores del Chaco, regiones interfluviales y del litoral;
3. Cazadores, recolectores y pescadores de la Pampa, Patagonia y el archipiélago austral.

LOS ANDES MERIDIONALES

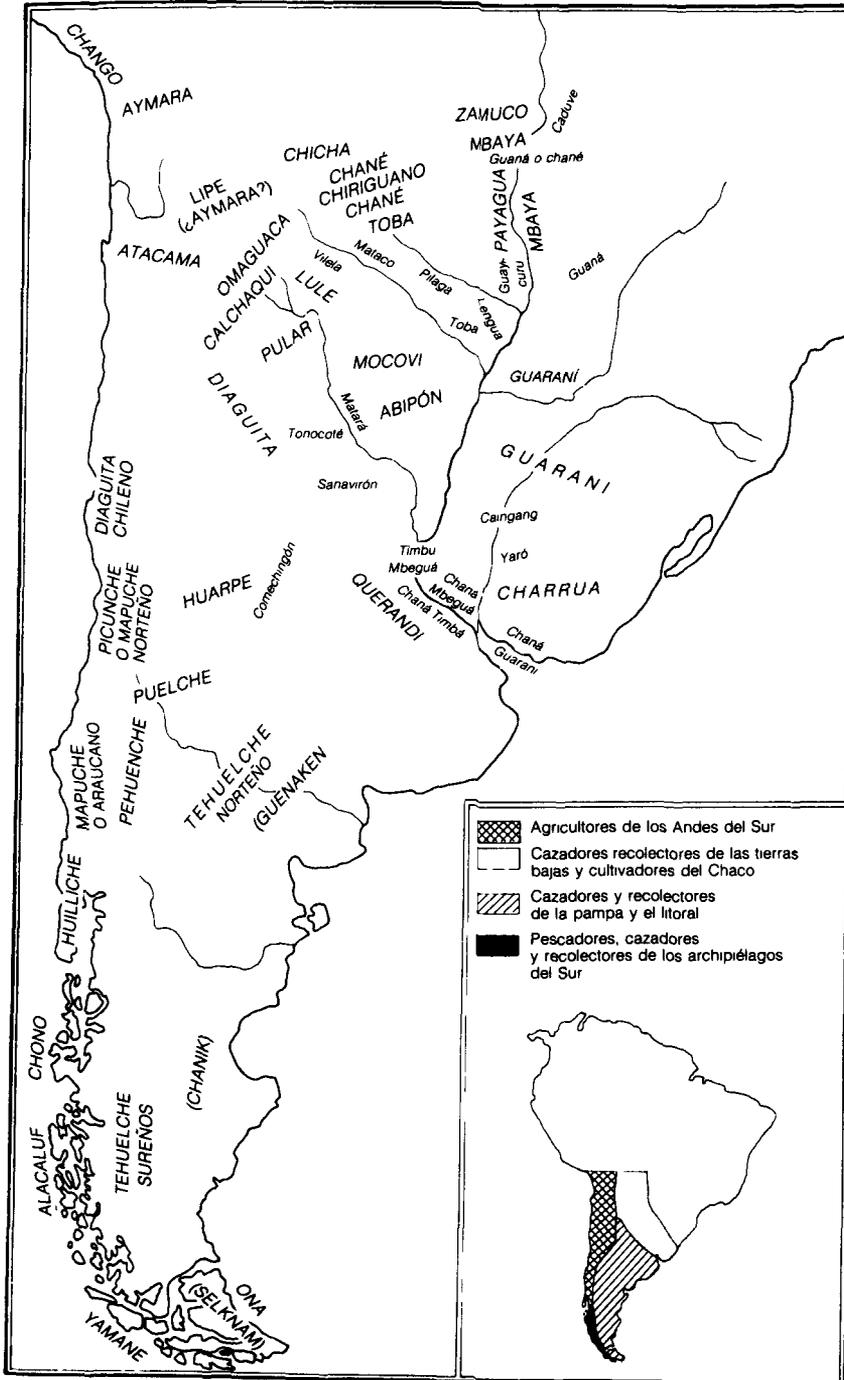
Nos referimos a todas las sociedades cuya fuente de subsistencia principal fue la unión de agricultura y la ganadería de camélidos. Ocupaban la región que corresponde al sur de Perú y Bolivia actuales; comprendía además las tres cuartas partes del territorio de Chile y el noroeste de Argentina, incluyendo la provincia de Mendoza. Esta área puede subdividirse, a su vez, en varias regiones:

1. Un sector central que comprendería los pueblos aymara, lipe, chango, atacameño, y diaguita del norte chico de Chile y los omaguacas y diaguitas del noroeste de Argentina;
2. La periferia suboriental que incluiría las sociedades que habían recibido la influencia andina pero también de las culturas de tierras bajas (amazónicas, chaqueñas, pampinas): serían los lules y tonocotes del Tucumán, los sanavirones y comechingones de las tierras de Córdoba y San Luis, y los huarpes de San Juan y Mendoza;
3. La periferia sur desde el valle del Aconcagua a las Islas de Chiloé donde vivían los mapuches y los pehuenches.

Aunque los inkas se atribuían los adelantos tecnológicos que se observaban en aquellos pueblos, estos últimos habían iniciado aquellos procesos miles de años antes. La población que los europeos encontraron tras la invasión parece haber sido reorganizada en distintos grupos étnicos después de la decadencia de la cultura tiwanaku en un período conocido como «desarrollos regionales». En su punto culminante, durante este período la población de habla aymaras de Arica y Tarapacá se ha calculado en 8.851 habitantes.¹ Junto a los agricultores aymaras de los valles interiores, esta cifra incluye a los grupos de pescadores nómadas de la costa de Arica y Tarapacá que se autonominaban o fueron denominados uru, camanchaca y proanche, aunque se conocían desde el siglo XVII como los changos. Hacia 1540 después de que los incas hubieran desplazado parte de la población aymara como *mitimaes*, su número habría descendido según los títulos de las primeras encomiendas, a unos 5.000 habitantes además de unos 600-700 changos. Los agricultores aymaras menospreciaban a estos pueblos pescadores. Un relato correspondiente a Atacama en 1581 habla de 400 indios pescadores urus que «no son bautizados, ni reducidos ni sirven a nadie, aunque a los caciques de Atacama dan pescado en señal de reconocimiento. Es gente muy bruta, no siembran ni cogen y sustentan de sólo pescado».² Sin

1. Horacio Larrain, «La población indígena de Taparacá, norte de Chile, entre 1538 y 1581», *Norte Grande*, Universidad Católica de Chile, Instituto de Geografía, I, n.º 3-4 (Santiago, 1975).

2. Marco Jiménez de la Espada, ed., *Relaciones geográficas de Indias, Perú (1881-1897), 1897*, 3 vols., Madrid, 1965, vol. II, p. 61.



Los indios de América del Sur meridional en el momento de la conquista

embargo las pruebas arqueológicas indican que los changos usaban vestuarios similares a los que vestían los aymaras; y en las ofrendas que se encontraron en sus tumbas se han descubierto restos de productos comestibles y agrícolas, objetos de metal y cerámica, junto con sus instrumentos de pesca. Se ha pensado que los changos podrían ser descendientes de los atacameños; no está realmente aclarado que todos estos pescadores fueran un grupo étnico distinto. Sus medios de subsistencia y el nombre de chango pueden haber sido el resultado de las condiciones coloniales. Respecto al cunza, la lengua de los atacameños, únicamente han sobrevivido algunos vocabularios fragmentarios, frases y canciones, y respecto al tamaño de la población de habla unza antes de la invasión española todo se abre a las meras hipótesis; las cifras manejadas en el siglo XVI no son fiables debido a que en esa época los atacama se encontraban en guerra con los españoles.

Hacia el este se encuentra el valle de Humahuaca, que estaba habitado por miembros de diversos grupos étnicos, incluyendo los chichas. Los omaguacas parece que hablaban una lengua distinta. Sus vecinos del sur, los denominados diaguitas, estaban integrados por tres grupos etnolingüísticos principales, cada uno con un dialecto diferente de la lengua cacana. Estos tres grupos eran los pular en el valle de Salta, los calchaquíes que se asentaban en los valles de Calchaquí y Yocavil y las zonas contiguas de Tucumán y Catamarca, y hacia el sur, los diaguitas que habitaban gran parte de Catamarca y las comarcas vecinas de la Rioja. Se ha calculado que la población en la preconquista superaba los 55.000 habitantes.³

Los habitantes de los valles situados al oeste de la Cordillera también han llegado a ser conocidos como diaguitas. La extensión de este gentilicio se hizo, en principio, por razones de tipo lingüístico y debido a las afinidades en los tipos cerámicos. Estudios arqueológicos recientes de la cerámica, han demostrado la existencia de correlaciones entre las dos áreas al indicar migraciones este-oeste que dieron origen en la parte occidental a una etapa de transición hacia la cultura diaguita «chilena» en torno al siglo X. En cuanto a las afinidades lingüísticas los estudios toponímicos y onomásticos comparativos revelan pocas señales de que existiera tal parentesco. No existe ninguna evidencia de que los habitantes del Norte Chico hablaran la lengua cacana; por el contrario a finales del siglo XVI, según el testimonio de un jesuita contemporáneo, el padre Valdivia, el mapuche se hablaba desde Copiapó al sur, Bibar, en cambio, en 1558 afirmó que 5 lenguas locales se hablaban en valles diferentes, entre Copiapó y Aconcagua.⁴ No es posible determinar si la expansión del mapuche fue un proceso prehispánico o si la homogeneidad lingüística que Valdivia apreció se debía al traslado de grupos indígenas posterior a la conquista: en este caso, los españoles habrían reclutado a los diaguita para luchar contra los mapuches del sur enviando a los cautivos de este pueblo para trabajar en las minas de oro del norte.

Las primeras crónicas permiten hacer una estimación bastante fiable de la población de los diaguitas del Norte chico de Chile, en momentos históricos diferentes. Así, en 1535 la población de los valles de Copiapó, Huasco, Coquimbo, Limarí, Combarbalá y Choapa ascendía a 25.000 habitantes, hacia 1540, el número había

3. Antonio Serrano, *Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica*, Buenos Aires, 1947, p. 20.

4. Gerónimo de Bibar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile [1558]*, Santiago, 1966, pp. 27, 29, 32 y 38.

descendido a 20.000 y continuó cayendo hasta alcanzar los 10.900 habitantes en 1545. En otras palabras, la población disminuyó más de la mitad en 10 años.

La geografía de la región andina central meridional está dominada por altas montañas, el mar y el desierto. En Tarapacá, el desierto situado entre la costa y las estribaciones de los Andes es generalmente desfavorable para la agricultura, pero durante la época prehispánica había comunidades agrícolas que vivían en la costa y cercanas a la desembocadura de los ríos, en los valles interiores y en oasis, tales como en Pica, si bien la mayoría de los asentamientos permanentes y más numerosos se encontraban en los Andes, desde los 2.000 a los 3.000 m sobre el nivel del mar.

En el sur el altiplano o puna situado desde los 3.300 a los 4.200 m de altitud, ha sido desde muy antiguo una zona de pastoreo trashumante, basado en la explotación de sus limitados recursos. La agricultura está severamente restringida a causa de los depósitos salinos y el elevado índice de heladas.

Estas condiciones favorecieron las comunicaciones y el intercambio tanto entre grupos vecinos como distantes por medio de caravanas de llamas. Hacia el este de la alta meseta y situada entre el valle de Humahuaca al norte y la zona diaguita al sur se extiende un espacio de valles entre montañas y quebradas. La vegetación comprende dos especies arbóreas, el algarrobo (*Prosopis chilensis*) y el chañar (*Geoffrea decorticans*), que tuvieron una gran importancia económica y cultural tanto en esa zona como en los oasis del desierto de Atacama.

En gran parte del área la agricultura dependía del sistema de riego natural, y por ello la población se dispersaba. En ciertas zonas se utilizaban, sin embargo, técnicas de irrigación aunque en una escala mucho menor y de menor complejidad que las célebres obras hidráulicas de los estados del norte. Por ejemplo, en Quebrada del Toro, en el valle de Calchaquí, las aguas que bajaban como avenidas en la época de lluvia se conducían para inundar los campos y las terrazas una tras otra. Este sistema de irrigación que empleaba muros de piedra como una protección contra la erosión permitía obtener más superficie de tierra cultivable que con los sistemas utilizados en la actualidad. En otras zonas, como por ejemplo el valle del Mapocho, probablemente la tecnología inca hizo posible el cultivo de las tierras alejadas de los cauces fluviales gracias a la construcción de canales de riego. Según Cristóbal de Molina, los diaguitas chilenos fertilizaban sus cultivos de maíz depositando cada semilla en el interior de una sardina. Sin embargo, los agricultores de los Andes meridionales usaban generalmente el guano que las aves marinas depositaban en el litoral y el estiércol de llama para fertilizar los suelos tal como aún se practica. Asimismo sobreviven los tradicionales sistemas indígenas de rotación de los cultivos y descanso de la tierra.

Tanto las evidencias arqueológicas como los documentos históricos parecen indicar que cada comunidad basada en el parentesco se dedicaba a realizar varias actividades de subsistencia; aquellos que cultivaban la tierra también poseían rebaños de camélidos. Los grupos de pescadores parecen haber sido más especializados, ya sea en una clase de pescado, o en la fabricación de canoas con piel de foca para el intercambio.

No obstante los pescadores probablemente se dedicaban además al cultivo de la tierra, y también obtenían productos agrícolas a través de los intercambios. Es de interés observar que conchas de moluscos procedentes del Océano Pacífico fueron

halladas en el oasis de Atacama, en numerosos sitios de las estribaciones orientales andinas. A pesar de la importancia que tenían las actividades agrícolas, no debería soslayarse el valor subsidiario de la caza así como la recolección del algarrobo y del chañar, árboles que se adaptan perfectamente a los ambientes áridos, y cuyos frutos constituían un seguro de vida contra el hambre en épocas de sequía; su harina, producto de molienda, servía para fabricar pan, y también por fermentación de la vaina de algarrobo como aún se hace hoy, se elaboraba un licor que se consumía en ocasiones ceremoniales y festivas. Los frutos de ambos árboles servían también de forraje para los camélidos.

Así pues, la organización socioeconómica de esta región era típicamente andina: cada unidad doméstica fue mínimamente autosuficiente en la producción de alimentos, textiles y cerámica utilitarias. Incluso, el trabajo del metal constituía una industria doméstica en algunos casos a juzgar por las frecuentes y amplias referencias que se hacían sobre las fundiciones preincas. Pedro Sande, por ejemplo, observó con respecto a toda la región de Lípez que «en las casas y rancharías de los indios hay hornillos de fundir y afinar plata y muchas *guairas* en los cerros, y todos en general se ocupan en beneficiar y sacar plata».⁵ Por otra parte, se ha indicado que los artesanos especializados deberían haber estado encargados de producir ciertos tipos de objetos metálicos y textiles relacionados con las funciones religiosas, funerarias, o que fueron el símbolo de una alta posición social.

Los modelos de poblamiento entre estos agricultores se adaptaron no sólo a las circunstancias ecológicas, sino también a las históricas. En Atacama tenemos una temprana evidencia de la presencia administrativa de un sistema social complejo, organizado jerárquicamente por una incipiente élite, en el período entre los años 300 a.C. y 900 d.C., cuando la cultura atacameña estaba floreciendo. Durante este período, se poblaron algunos sitios en el noroeste de Argentina; esto se manifiesta por el hallazgo de artefactos del tipo San Pedro, incluidas piezas de cerámica negra pulida y objetos relacionados con el denominado «complejo-rape», utilizados para el consumo de sustancias alucinógenas.

Un cambio en los patrones de poblamiento ocurrió en esta región, en su conjunto, durante el período post-Tiwanaku, cuando el territorio cedió a la presión aymara desde el norte. Las *chullpas* (torres funerarias) emplazadas en la cabeza del río Loa que, según parece, las habrían construido los aymaras procedentes de Lípez, son una prueba evidente de dicha presión. El cambio producido en los modelos de asentamiento consistió en el tránsito de las viviendas dispersas en valles o en oasis, hacia las ciudades fortificadas (*pucara*). Estos edificios de piedra se construyeron sobre alturas estratégicas, en parte para asegurar recursos y también para responder a los efectos desorganizativos, a menudo violentos, de las migraciones. Disputas y violencia podían haber resultado también de los intentos ocasionales de volver a abrir las viejas rutas de tráfico o colonizar de nuevo territorios lejanos.

Hacia el final del período intermedio tardío, predominaban las organizaciones políticas o étnicas de nivel local, lográndose una suerte de equilibrio interregional mediante el desarrollo de unidades políticas o señoríos confederados o aliados entre sí.

5. Juan Lozano Machuca, «Carta del factor de Potosí Juan Lozano Machuca al virrey del Perú, en donde se describe la provincia de los Lipes», en Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Perú*, vol. II, p. 61.

Este desarrollo debió haber facilitado la especialización regional y el acceso a recursos más alejados del territorio propio o central del grupo étnico; algunos de los asentamientos más concentrados podrían no haber sobrevivido sin el acceso a tales recursos, ya que su territorio inmediato era insuficiente para sostener a una población densa. Incluso en el siglo xviii, había asentamientos procedentes de Atacama en el valle de Calchaquí; este modelo de poblamiento disperso se pudo haber extendido al sur hasta Santiago. El sistema se habría reforzado, directa o indirectamente, por el gobierno inca.⁶ Por una parte, la paz imperial permitiría a los señores locales establecer mejores relaciones y más seguras con las colonias de subditos lejanos, por otra parte, las normas incas sobre la distribución de la población proporcionó unas posibilidades sin precedentes para mantener los vínculos con las zonas más distantes. Así, mitimaes diaguita fueron enviados a Cochabamba y consta su existencia histórica hasta finales de la década de 1580 y su antigüedad por el descubrimiento arqueológico en esa área de urnas funerarias que correspondían a la cultura calchaquí-santamariana.⁷

Como ocurría en cualquier lugar de los Andes una cantidad mayor de tierras se habían distribuido como privilegio a los señores de las unidades políticas (*curacas*). Los derechos sobre la tierra y los recursos concedidos a los curacas se hacían productivos mediante sus peticiones a su grupo étnico de servicios y trabajo colectivo en ciertas épocas del año. En contraste, las familias nucleares comunes tendrían, probablemente, una relativa paridad de acceso a las tierras de cultivo y a los abastecimientos de agua. Otro tipo de recursos como los pastizales y los bosques de algarrobo eran reclamados colectivamente por las comunidades indígenas en el período colonial. Es justificado pensar que en áreas de irrigación artificial, donde era necesario preparar colectivamente los terrenos para el cultivo, los derechos individuales estuvieran necesariamente sujetos a limitaciones y obligaciones. Cuando el conflicto se presentaba sobre el acceso a bienes básicos y servicios, los jefes locales debieron haber jugado un papel importante en su resolución. Además, serían responsables de la distribución de la riqueza pública y la organización del trabajo. Las minas de oro situadas en el valle del Aconcagua, por ejemplo, eran trabajadas por los miembros de las comunidades locales durante el período inca, de acuerdo con un sistema de turnos rotatorios organizados por los curacas.⁸

Los señores étnicos eran figuras claramente privilegiadas, distinguidas del resto de la colectividad, y sus actividades se observaban con verdadera veneración. Tenían varias esposas: las crónicas del siglo xvi mencionan a señores en Copiapó que habían llegado a tener 10 o 12 esposas. Solían vestir mantas «lustrosas» tejidas con lana de camélido. En cambio, otro relato califica de «pobres» a los que vestían con ropas hechas con fibra de una planta llamada «cabuya majalan». Los señores recibían una forma especial de saludo, y sus casas eran ostensibles en cuanto al tamaño y al aspecto. Pese al prestigio atribuido a su cargo hereditario, su autoridad se

6. John V. Murra, «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas», en Inigo Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia de León de Huánuco* [1562], en J. V. Murra, ed., 2 vols., Huánuco, 1967-1972.

7. Dick Edgar Ibarra Grasso, *Argentina indígena y Prehistoria americana*, Buenos Aires, 1967, p. 659.

8. Pedro Marino de Lovera, *Crónica del reino de Chile* [1595], Santiago de Chile, 1867, pp. 54-55.